

Enrique Molina

DE CALIFORNIA

:: A HARVARD ::

Estudio sobre las Universidades Norteamericanas
:: :: y algunos problemas nuestros :: ::

SOCIEDAD IMPRENTA
LITOGRAFIA UNIVERSO
AGUSTINAS 1250
1921

DE CALIFORNIA A HARVARD

OBRAS DEL AUTOR

Filosofía Americana. — Ensayos. — París. — Garnier.

Educación Contemporánea. — Santiago de Chile. — Imprenta Universitaria.

La Cultura y la Educación General. — Conferencias. — Santiago de Chile. — Imprenta Universitaria.

Las Democracias Americanas y sus Deberes. — Santiago de Chile. — Imprenta Universitaria.

La Filosofía de Bergson. — Santiago de Chile.

Por las dos Américas. — Notas y reflexiones. — Santiago de Chile. — Editorial Minerva.

En preparación:

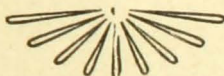
Filosofía francesa: Guyan-Bergson.

Nuevos ensayos sobre filosofía americana.

Enrique Molina

DE CALIFORNIA A HARVARD

Estudio sobre las universidades norteamericanas y algunos problemas nuestros



SANTIAGO DE CHILE
SOC. IMP. Y LIT. UNIVERSO
Agustinas 1250

—
1921



86820

PRÓLOGO

ANTECEDENTES HISTÓRICOS GENERALES DE LAS UNIVERSIDADES NORTEAMERICANAS

Desde Octubre de 1918 hasta Junio de 1919 visité detenidamente, en cumplimiento de una comisión que me confiara el Gobierno de Chile, algunas de las principales universidades de los Estados Unidos. Estas fueron las de California, Leland Stanford Junior, Wisconsin, Chicago, North Western, Columbia, Yale, Filadelfia, Princeton y Harvard. Conocí además el Instituto de Tecnología de Massachussett, el City College de Nueva York y varios colegios para niños situados en los alrededores de Boston.

Estoy cierto de que me quedó un buen número de institutos importantes por visitar y de que los que conocí no he podido estudiarlos en todos sus aspectos. Para lo primero faltóme el

tiempo y para lo segundo habría sido menester una preparación enciclopédica que no poseo.

No tienen las universidades americanas la tradición de las viejas universidades europeas; pero las más antiguas, que cuentan con poco más de dos siglos de vida, y otras de fundación más reciente, conservan en sus anales recuerdos interesantes y característicos que revelan cómo la obra que se presenta en nuestros días con proporciones imponentes tuvo comienzos precarios, difíciles, vacilantes. Fuera de una que otra universidad improvisada y opulentamente dotada en el siglo XIX por la varilla mágica de algunos millonarios, todas han tenido que luchar, al empezar, contra las más variadas y abrumadoras dificultades. No fué la riqueza la que creó las primeras universidades; fué el anhelo de cultura, la conciencia, el valor espiritual. De esos hechos se desprende una enseñanza alentadora.

El primer instituto, que pronto llevó el nombre de su benefactor John Harvard, fué creado en 1638 en el seno de la colonia puritana que no hacía aún veinte años se había establecido en las agrestes tierras de Massachusetts. La colonia era pobre. Sus habitantes no formaban más de cinco mil familias que ocupaban una angosta faja de territorio entre la salvaje incultura por el oeste y el océano por el este. La lucha constante y ruda por lo más indispensable para la

vida reclamaban a cada instante sus actividades. «Jamás se ha visto en el mundo, dice Thwing, una devoción tan grande y triunfante hacia los más nobles ideales y en condiciones tan desfavorables».

Estos puritanos no eran, sin embargo, hombres de mucho vuelo intelectual en quienes latiera vivamente el deseo de adquirir conocimientos. Durante los primeros veinte años que siguieron a la fundación de Harvard, toda la producción literaria se redujo a un volumen insignificante y a dos sermones. En cambio, daban pruebas de una vigorosa contextura moral y religiosa. La Biblia era el libro por excelencia de la comunidad, y las autoridades civiles, sin la menor idea de tolerancia, perseguían las heregías mejor de como pudiera haberlo hecho la iglesia misma. Los puritanos tomaban la vida muy en serio; la ley reglamentaba las diversiones y sus placeres eran pocos y sobrios. Los dados, las cartas y el baile estaban prohibidos, como asimismo los trajes demasiado vistosos, las mangas muy grandes y los gorros bordados. Los cabellos largos eran objeto de especial abominación y considerados como una perniciosa proligidad femenina. El vino y el ron no se hallaban prohibidos; pero al tabaco se le miraba como instrumento del demonio y su humo cual imagen del que sale del

fuego y azufre que arden en el insondable abismo del infierno.

No cuesta comprender que semejante sociedad señalara como principal fin a su instituto de educación superior la formación de ministros para la iglesia. En efecto, tanto Harvard como las demás primeras universidades no fueron en un principio más que seminarios de sacerdotes. Al lado de esta carrera ocupaban un lugar apreciable las de derecho y medicina y es de advertir que era muy frecuente caso que una misma persona se graduase en teología y medicina, recibiese las órdenes religiosas y practicara el arte de curar. Era una especie de restauración de los hechiceros o magos primitivos hecha bajo los auspicios de la ciencia. Una misma persona se encargaba tanto de la salud del cuerpo como de la del alma y no cabe negar que algunas ventajas resultarían de esta concentración de funciones: el médico ganaría con la práctica de los procedimientos psicológicos que entran en los recursos del sacerdote, y éste a su vez aprendería el arte de aliviar dolencias morales mejorando las condiciones del cuerpo.

Cuál sería la pobreza de la colonia puritana en el siglo XVII y cuáles las penurias económicas de la hoy opulenta Universidad de Harvard se puede apreciar con traer el recuerdo de que bastó que John Harvard legara al naciente ins-

tituto su biblioteca, que no constaba de más de trescientos volúmenes y la mitad de su fortuna que no ascendía a más de ochocientos dólares, para que la dirección considerara justo recompensar ese rasgo de generosidad dando el nombre del benefactor al establecimiento recién fundado. Y en verdad que, fuera de la grandeza relativa que tiene, el rasgo no era pequeño: Harvard dejaba una viuda y la hacía contentarse con la mitad de su escasa hacienda por servir al progreso de la colectividad. Pero pocas veces ha encontrado el altruismo humano un galardón más brillante y grandioso que el que ha inmortalizado el nombre de Harvard.

No fué un rasgo semejante el que hizo que la Universidad de Providence lleve el nombre de Brown; pero lo ocurrido permite calcular cuáles serían los apuros de la dirección de la universidad cuando se vió obligada a anunciar que se daría a la institución el nombre de quien le regalara cinco mil dólares antes de un año. Mr. Nicolás Brown envió dicha suma dentro del plazo indicado (1803) y su nombre es hoy día el de una de las grandes universidades americana.

Como Harvard, todos los colegios del éste pasan en sus primeros tiempos por largos años de dificultades y ansiedades financieras, historia que a fines del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX se repite en los nuevos colegios que

se van fundando en el centro y en el oeste del país. Creados casi todos por iniciativa particular, aunque su funcionamiento fuera autorizado por constituciones o estatutos sancionados por los gobiernos coloniales, recibieron, no obstante, en un principio muy escasos obsequios en dinero. Muchas de las donaciones consistían en libros y aparatos científicos y no pocos, en su afán de servir a la instrucción, contribuían con lo que podían, con trigo, con cebada, con avena, con retazos de paño. Se vió el caso de que un señor enviara un barrilito de whisky, otro un par de aros de oro avaluados en un dólar y otro una cadena también de oro, avaluada en siete dólares (1). Un misionero, que no tenía dinero, dió para el colegio de Carleton en Minnesota, un potro, que fué apreciado en cuarenta dólares.

Las loterías constituyeron un recurso de que se echó mano muy a menudo hasta mediados del siglo XIX. Particularmente los primeros edificios se construyeron de esa suerte.

Los más de los colegios, no obstante las inmensas dificultades con que tuvieron que luchar, contaron con la base que pueden prestar comunidades existentes desde algunos años antes. No fué este el caso del colegio de Darmouth creado

(1) Personas hubo que mandaron un frasquito de metal de valor de diez chelines, una frutera de plata, cucharas de plata.

en New Hampshire a fines del siglo XVIII. Aquí la fundación del colegio y de la aldea fueron simultáneas. El colegio y la comunidad compartieron en íntima igualdad los rigores y sufrimientos que acompañan ordinariamente los primeros pasos de toda colonización. Las bestias salvajes eran tan numerosas como los animales domésticos. Las casas se construyeron de vigas de pino, sin piedras, sin clavos y sin vidrios. El primer escudo del colegio era una expresión clamorosa de las circunstancias. Representaba a algunos indios bajo la sombra de los pinos y sobre ellos la leyenda de «Vox clamantis in deserto»; pero, como testimonios de la fe de los pobladores, una figura a la derecha del escudo representaba a la religión y otra a la izquierda a la justicia, y en un triángulo por encima del conjunto se hallaba escrito «Dios Todopoderoso».

El primer presidente del colegio tenía que ser por la fuerza un hombre enciclopédico y universal. Era director, tesorero, ecónomo, mayordomo, profesor de teología dentro del instituto, y, más aún, pastor de la iglesia del pueblo.

Los alumnos, en las horas que les dejaban libres sus estudios, debían labrar el campo y trabajar en los talleres y molinos de la población.

En razón de la pobreza general no era raro que los estudiantes pagasen los derechos de matrí-

cula y el costo de las pensiones, en mantequilla, trigo, centeno, gallinas, huevos, corderos, maderas y otras especies. Los presidentes y profesores, cuyos sueldos eran bastante reducidos, solían también ser pagados en especie. Así los profesores del colegio de Virginia recibieron muchas veces sus honorarios en cargas de tabaco.

Las penurias también alcanzaban a lo que podríamos llamar la vitalidad de los colegios en cuanto a población escolar. El colegio de Rhode Island contó en 1765 sólo con un estudiante; el año siguiente fueron seis; en 1767, diez; en 1770, veintiuno, y en 1773, apenas llegaban a treinta y cinco. Columbia, que hoy contiene cerca de una decena de miles de estudiantes, no tenía en 1821 más que ciento treinta y cinco, y treinta y seis años más tarde, en 1857, ese número había subido sólo a ciento cincuenta y cuatro. Cuando la Universidad de Michigan—hoy grande y gloriosa—inició sus funciones en 1841, la ceremonia de inauguración fué presidida por toda la facultad, que se componía de dos miembros, y con asistencia de todos los estudiantes, que eran seis.

* * *

Como era natural, las primeras universidades americanas fueron organizadas siguiendo principalmente los modelos de las viejas univer-

sidades inglesas de Cambridge y Oxford. A fines del siglo XVIII y en las primeras décadas del XIX se dejó sentir vivamente la influencia francesa. Fué ella una consecuencia en primer lugar del apoyo prestado por la Francia a la independencia americana. En los espíritus más cultos y en los estudiantes se avivó el entusiasmo por el conocimiento de la lengua francesa, que desde 1780 llegó a ocupar un lugar relativamente permanente en los planes de estudio de Harvard. La Enciclopedia y los filósofos franceses fueron una lectura favorita; pero la influencia del espíritu francés se manifestó sobre todo por la acción de hombres tan representativos como Juan Adams en Massachusett, Benjamín Franklin en Filadelfia y Tomás Jefferson en Virginia. Franklin fué el fundador de la Universidad de Pennsylvania y le cabe la gloria de haber sido el primero que concibió en América la creación de un instituto de esta clase, no con fines religiosos sino señalándole objetivos ampliamente humanos. Jefferson fué el ilustre fundador de la Universidad de Virginia y al organizarla procedió inspirado por el modelo de las universidades francesas.

A principios del siglo XIX se empezó a dejar sentir al mismo tiempo la influencia de la cultura alemana, que se acentuó considerablemente a mediados de la centuria.

A Coleridge se debe en primer lugar el haber llamado la atención de las naciones de habla inglesa sobre la importancia de las letras alemanas. La Universidad de Harvard recibió en 1819 del propio Goethe el obsequio de treinta volúmenes de sus obras. En 1840 Emerson escribía a Carlyle: «Me he propuesto leer todos los volúmenes de Goethe... y tengo cincuenta y cinco; pero no leo otra cosa». Mas la penetración del espíritu alemán en la vida americana y en los cursos académicos fué debida en parte principal a la influencia personal de los muchísimos profesores americanos que fueron a beber la savia de una nueva ciencia y de una nueva filosofía en las universidades de Leipzig, de Berlín, de Gottinga y de Halle. Entre éstos como los más eminentes podemos citar al historiador Jorge Bancroft, y al poeta Enrique Longfellow y Jorge Ticknor, que fueron profesores de Harvard.

* * *

Los planes de estudio eran sencillos y poco variados. En Harvard y Yale se seguían más o menos los mismos cursos. Durante el primero y segundo años no se estudiaba otra cosa que griego y hebreo, a lo cual se agregaba un poco de lógica desde fines del primer año. En el tercer año entraba como ramo principal la física y en

el cuarto la metafísica y las matemáticas. Durante los cuatro años debían dedicarse algunas horas de los dos últimos días de la semana a la retórica, a la ética y a la teología. El latín era el idioma obligatorio en todas las conversaciones.

Estos planes se mantuvieron con muy pocas modificaciones hasta fines del siglo XVIII. Entonces se verificaban en cien años menos cambios que los que ocurren en diez de nuestra época.

En la tercera década del siglo XIX se empezó a enseñar la historia con regularidad, incorporada en el departamento de estudios clásicos o teológicos. Hacia el mismo tiempo se introdujeron los estudios económicos en Harvard, Yale, Columbia y Princeton.

Por la relativa dificultad de encontrar libros que se hacía sentir en aquellos tiempos, consecuencia de la poca difusión de la imprenta, se daba mucha importancia a la comunicación oral de la cultura literaria. De aquí el lugar privilegiado que ocupaban las discusiones académicas teñidas por lo común de un marcado escolasticismo. Para muestra, los siguientes temas de algunas de ellas: «La prudencia es la más difícil de todas las virtudes», «La justicia es la madre de las virtudes», «No se puede cometer pecado a menos que uno sea un agente libre», «¿Supo Adán que sufriría una condenación eterna si comía de la manzana prohibida?»

Se ve que lo que nosotros llamamos espíritu colonial también se respiraba en la atmósfera de las universidades americanas en los siglos XVII y XVIII.

* * *

Los estudiantes vivían sometidos a una austera disciplina de carácter social y religioso. Las reglas de conducta llegaban a pormenores que hoy nos hacen sonreír; pero es menester confesar que algunas de las penas que se aplicaban no eran para la risa. En Harvard se enseña a los jóvenes que deben tener siempre presente que el principal fin de su existencia es conocer a Dios y Jesucristo, que son la vida eterna. Se les ordena orar en secreto y leer las Sagradas Escrituras dos veces al día, a fin de que alcancen el conocimiento más perfecto posible de su lenguaje, como asimismo para que puedan obedecer más fielmente sus preceptos. Toda palabra ociosa, frívola, amarga, de burla o provocativa y todo gesto inconveniente son prohibidos. No se permite comprar, vender o cambiar artículos de un valor de más de seis peniques sin el permiso de los padres, apoderados o tutores. Nadie puede salir del pueblo sin autorización de los padres o de alguno de los jefes del colegio. Las riñas de gallos y los juegos de cartas, de dados y de billar

eran prohibidos. Hasta mediados del siglo XVIII se mantuvo para muchas faltas la pena de azotes. Un estudiante, convicto de haber blasfemado en contra del Espíritu Santo, fué condenado en 1674 a ser azotado delante de todos los estudiantes. Antes y después de la azotaina el presidente oró con mística unción.

En las demás universidades y sobre todo en Yale imperaban prácticas tan severas como las de Harvard y a veces más aún.

Así como el espíritu religioso de la comunidad se reflejaba en el ambiente de los colegios, otro tanto ocurría con las antidemocráticas preocupaciones de distinciones sociales que en las mismas colectividades anglo-americanas imperaron como algo natural hasta que fueron barridas por las doctrinas de las postrimerías del siglo dieciocho y del diecinueve. Los estudiantes eran colocados en las clases de acuerdo con la distinción o rango oficial que sus familias tenían en el estado. Los hijos de clérigos y de funcionarios coloniales eran mirados como de una condición muy superior a los de agricultores, comerciantes o mecánicos. Aquellos ocupaban las mejores piezas y gozaban del derecho de servirse primero en las comidas.

Fuera de estas diferencias, hay que notar en el terreno de las desigualdades las de que eran víctimas los *freshman* o estudiantes del primer

año. Algo de esto subsiste todavía; pero los tratamientos de ahora son meras bromas comparados con los de aquellos tiempos. Al *freshman* se le recibía y trataba con desprecio y crueldad. Había dos procedimientos para iniciar al recién llegado en la vida académica. Conforme a uno de ellos, el más suave digamos, el novicio era llevado al *hall* del colegio en medio de los demás estudiantes, donde se le pedía que hiciese una especie de improvisación. El que con ánimo e ingenio suficientes salía del paso bien y divertía a sus compañeros con su buen humor, era invitado a beber una copa de vino, de cerveza o de licor. A los tímidos que se cortaban, y eran los más, se les obligaba a tomarse un vaso de agua con sal. El otro procedimiento, que no se puede negar era medio salvaje, consistía en que un *senior* o estudiante del curso superior le hiciese con la uña al recién llegado una incisión en el labio o desde la mejilla al labio. Después se le tomaba un juramento sobre un zapato viejo que, para conclusión, debía besar.

De dos importantes progresos universitarios debemos hacer mención antes de terminar este prólogo. A mediados del siglo XVIII se cambió el sistema de profesores de cursos o enciclopédicos, que desempeñaban todas las asignaturas de un año, por el de profesores de ramos, que es una condición ineludible para la especialización

que deben poseer los catedráticos de institutos superiores. Hacia el tiempo de la guerra de la independencia fué introducido en el colegio de Guillermo y María, de Virginia, el sistema denominado electivo. Luego lo hicieron suyo las universidades de Virginia, de Harvard y de Brown. Contribuyeron principalmente a implantarlo las poderosas personalidades de Tomás Jefferson y Jorge Ticknor. En el curso de este estudio nos ocuparemos de ese sistema destinado a tan brillante desarrollo en la vida de las universidades americanas.

En esta breve reseña de las condiciones y caracteres generales de los institutos superiores americanos hemos tomado principalmente en cuenta a los del norte. Réstanos sólo decir que los del sur nacieron y se desarrollaron en condiciones más desfavorables y precarias aún. Las poblaciones meridionales manifestaban menos entusiasmo por la educación que las del norte, menos disposición, por consiguiente, para hacer algún sacrificio en favor de los nuevos institutos; los profesores se sentían en un ambiente desoladamente inculto, y los estudiantes eran levantisos, indisciplinados y rebeldes.

CAPÍTULO PRIMERO

UNIVERSIDADES DEL OESTE. CALIFORNIA

California no es el legendario *Far West*, semi-bárbaro, de atrevidos *cow-boys* y desalmados buscadores de oro. Es un país admirablemente cultivado, riquísimo, de hermosas y florecientes ciudades como San Francisco, Oakland, Berkeley, Sacramento y Los Angeles, y de pintorescos y sonrientes pueblos como Pasadina, San Diego, Santa Bárbara y tantos otros. La recorren en todas direcciones, caminos magníficos, perfectamente asfaltados. Aun en las empinadas sierras, en medio de bosques de pinos y de eucalip-tos, es posible andar por carreteras tan lisas, tersas y bien tenidas como las mejores calles de Santiago, Valparaíso y Concepción.

California cuenta con dos grandes universidades situadas no lejos del gran puerto de San Francisco; son la de California, del Estado, que se halla en Berkeley, y la de Leland Stanford Junior, que es privada, en Palo Alto. Se podrían nombrar todavía la Universidad del Sur de California, cerca de la importante ciudad de Los Angeles, y algunos dos o tres colegios más, que confieren grados universitarios y en la seriedad de cuyos cursos es posible confiar.

California que se permite estos lujos en materia de instrucción superior, es relativamente pequeña tanto en su extensión como en su población: tiene una superficie de ciento cincuenta y ocho mil doscientas noventa y siete millas cuadradas y no más de tres millones de habitantes.

* * *

Berkeley, asiento de la Universidad, como hemos dicho, es un pueblo pintoresco que se levanta sobre suaves colinas en la orilla oriental de la hermosa bahía de San Francisco. Para ir a él se toma en este último puerto un amplio *ferry-boat*, que parece más casa que vapor, y en veinte minutos se atraviesa la bahía. Desde a bordo—y en días claros también desde San Francisco—se divisa a Berkeley como una ciu-

dad que se destaca de entre árboles y flores. Las alegres casitas, de estilo de *chalet* en su mayor parte y rodeadas de jardines, resaltan pintorescamente sobre el tapiz de verdura de las colinas. Y sobre todos los edificios del pueblo, y aún sobre la inmensa bahía, se alza el hermoso, blanco y altísimo campanil de la universidad, como un faro espiritual, como un emblema del benévolo señorío de la cultura universitaria.

Desde casi todas las partes del pueblo se ve el campanil, se ve desde San Francisco y se ve desde Oakland, otra gran ciudad vecina; y el viajero que no sabe su camino puede orientarse por la superior enseña de la Universidad.

Los diversos edificios de ésta ocupan varias hectáreas de terreno ondulado en uno de los extremos del lugar.

Para construirlos se abrió el año 1898 un concurso en Europa y San Francisco. Los arquitectos debían presentar un plan completo de edificación que se iría ejecutando gradualmente. Fué premiado el proyecto del arquitecto parisiense M. Emile Bénard.

La principal entrada la constituye un hermoso triple arco de hierro, que es como la gran puerta de un parque; pero que sólo se puede cerrar en su parte central con cadenas para impedir a ciertas horas el tráfico de automóviles y otros carruajes. Las entradas laterales, para la gente

de a pie, son sin puertas y no se cierran nunca. Este triple arco se llama la *Sather Gate*, o sea la Puerta de Sather y fué obsequiada por la señora Jane Sather para perpetuar la memoria de su esposo Mr. Peter Sather.

Avanzando, la impresión de hallarse en medio de un parque lo acompaña a uno sin cesar. Los pabellones universitarios son los palacios del parque. A la izquierda se levantan la Escuela de Derecho y el Pabellón de la Administración (California Hall), donde también se hacen algunas clases y se halla instalado el Departamento de la Extensión Universitaria. A la derecha se encuentran el Colegio de Letras y Ciencias (Wheeler Hall) y el magnífico edificio de la biblioteca, que ha costado alrededor de un millón doscientos mil dólares y se inició gracias a un cuantioso legado dejado por Mr. Charles Franklin Doe. Estos pabellones son de granito blanco y en muchas partes revestidos de mármol en el interior. Ha sido hecha también del mismo material la Escuela de Minería, que se halla no lejos de la biblioteca y lleva el nombre de *Hearst Mining Building*, en recuerdo del millonario que proporcionó los fondos para su construcción.

Los edificios nombrados y el Colegio de Agricultura, que se alza a cierta distancia de este grupo, son los más nuevos de la universidad. Los demás, sin ser propiamente antiguos, ya que

sólo el año pasado (1918) cumplió este instituto cincuenta años de existencia, son de apariencia menos sólida y menos imponente. Un buen número es de madera y muchos se hallan cubiertos de hiedras y otras plantas trepadoras, lo que les da un aspecto alegre y campestre.

En el centro de este campo de pabellones de granito y de chalets revestidos de verdura, se yergue el hermoso campanil de que hemos hablado, como un gigantesco obelisco blanco, como un símbolo de idealismo. A cualquiera hora que se le contemple produce una refrescante impresión de belleza y eleva los pensamientos a las regiones más altas de la vida espiritual. Uno se siente inclinado a ir a mirarlo a todo momento, en la mañana, en la tarde, en noches oscuras o a la luz de la luna.

Pero, sobre todo a mediodía en un claro día de otoño, es extraordinario y embelesador lo que la presencia del campanil, su acción por decirlo así, presta al cuadro que ofrece en esos instantes la universidad. Han terminado las últimas clases de la mañana. Bajo el cielo transparente y azul de California un sol tibio reparte alegría sobre la tierra. De los diferentes *halls* salen los estudiantes y junto con ellos las estudiantas de tez clara, sonrosada o pálida, de cabellos rubios, que difunden en el ambiente efluvios de belleza, o de juventud y salud. Muchos

de ellos y de ellas se recuestan a gozar del sol en el césped de los prados inmediatos o en las escalinatas de los edificios. La plazoleta del campanil se llena de niñas que se sientan a comer su sobrio almuerzo o *lunch* de frutas y sandwiches. Como las palomas son el adorno vivo de la plaza de San Marcos, las niñas son ahí a esas horas las palomas que regocijan el corazón del *Alma Mater*. En esos instantes las dulces e incomparables campanas de la torre dan las doce y el anuncio del mediodía que se extiende sobre la universidad y el pueblo, y se prolonga en notas de suavísima armonía, parece la expresión sonora de algo que palpita en la atmósfera asolada y en las almas juveniles: es un vigoroso himno a la vida y a la esperanza.

No terminaré de hablar de las construcciones sin detenerme en el bello Teatro Griego, obsequio de William Randolph Hearst. Como su nombre lo indica, es un anfiteatro al aire libre, hecho a imitación de los lugares en que los griegos celebraban sus fiestas dionisiacas. Es de piedra y cemento y tiene capacidad para unas seis mil personas. Constituye una de las manifestaciones del espíritu de magnificencia, generosidad y lujo con que se está procediendo en el desenvolvimiento de esta universidad. Habría sido más práctico tal vez construir un gran teatro cubierto, porque en California suele llover

bastante; pero así como está, tiene el anfiteatro un sello de originalidad atrevida y de arte, que de otra manera no habría tenido. En él representan a menudo los estudiantes tragedias clásicas griegas, y por lo menos una vez a la semana se dan ahí conciertos y conferencias. La gente de Berkeley concurre a estas fiestas con cariño porque quiere a la universidad y celebra a los estudiantes como lo mejor que tiene.

¡Qué serena belleza se desprende del anfiteatro cuando se le contempla sólo en una hora de silencio, rodeado de su tupida corona de pinos y eucaliptos que, a la par que perfuman el aire, lo encierran como en un blando lecho de verdura. En esas horas de serenidad, el alma tranquila e inclinada al ensueño, siente que los espíritus de Sófocles, Esquilo, Eurípides y Aristófanes discurren por las hermosas graderías; y, pensando en el movimiento rotatorio de los focos de civilización, surge en la mente la idea de que en esta tierra privilegiada se va a levantar alguna de las Atenas del porvenir.

Esta breve descripción nos ha permitido ver como la Universidad de California, no obstante ser del Estado, ha sido objeto de la más espléndida generosidad de parte de los particulares. He olvidado decir que el campanil también fué construído gracias a una donación de la misma señora Sather que he nombrado con motivo de

la puerta de entrada, por lo cual se le suele llamar igualmente Torre de Sather.

* * *

Una característica de las universidades del Estado en Norte América, es que consagran una preferente atención a los estudios relacionados con las industrias fundamentales y la vida económica de su respectivo país. Así en la de California sobresalen sus colegios de Minería y Agricultura. En conexión con este último se hallan los cursos prácticos que se dan en la quinta experimental de Davis, verdadero fundo que la universidad posee en el interior, en el valle de Sacramento, y las investigaciones que se hacen en Riverside, establecimiento destinado al estudio de la agricultura tropical.

Pero la Universidad de California no limita su interés a los asuntos de importancia práctica y técnica sino que ofrece un cuadro casi completo de cursos encaminados a proporcionar la más variada preparación profesional y la más elevada y desinteresada cultura, cuadro que comprende desde los estudios técnicos que he mencionado hasta el griego, el latín, el hebreo, la filosofía y todas las principales lenguas orientales modernas (1). Esta circunstancia se debe

(1) Véase el apéndice núm. 1.

en parte a que la Universidad de California se fundó sobre la base del Colegio de California creado en 1855, por iniciativa del Rev. Enrique Durant. La ley Morrill de 1862 estableció concesiones de terrenos en gran escala para que los estados erigiesen y sostuviesen con su renta institutos destinados principalmente a la enseñanza de la agricultura y de las artes mecánicas. Los propietarios del colegio propusieron al gobierno que en lugar de crear en California, aprovechando la ley nombrada, sólo un instituto técnico, dieran vida a una universidad. Se comprometían ellos a ceder todas sus propiedades, siempre que el nuevo plantel tuviera al mismo tiempo un carácter literario y cultural. La proposición fué aceptada y así nació la universidad en 1868.

* * *

No es posible pensar en conocer todo el personal de una universidad que cuenta con más de quinientos profesores. Considérese todavía que muchas de sus secciones se hallan fuera de Berkeley, como el Observatorio Astronómico de Lick en Monte Hamilton, las escuelas de Medicina, Farmacia, Dentística y los cursos superiores de Leyes en San Francisco, y otro departamento de Medicina en Los Angeles.

Asistí a algunas clases de historia del profesor H. Morse Stephens, decano del Colegio de Letras y Ciencias. Era un anciano muy ilustrado. Poseía una rica biblioteca histórica de más de diez mil volúmenes. Sus clases hechas con animación no me ofrecieron sin embargo ninguna novedad ni en cuanto al método ni en cuanto a la materia. Leía durante toda la hora, alternando la lectura con cortos espacios de peroración libre. Los estudiantes tomaban apuntes.

Concurrí varias veces al seminario de educación dirigido por el profesor Guillermo W. Kamp. Los asistentes, en su mayor parte graduados y algunos también maestros en ejercicio, presentaban resúmenes de obras pedagógicas recientes, y luego se discutían entre todos las conclusiones y opiniones vertidas.

Me pareció que por el título con que se anunciaba sería muy interesante un seminario de inglés que estaba a cargo del jefe del departamento M. Carlos Mills Gayley. Debería versar sobre «Prosa de la era de Victoria». Esperaba yo aprovechar sustanciosos comentarios y estudios sobre Macaulay, Dickens, Carlyle, Thackeray y Elliot, hechos o dirigidos por un maestro como Gayley. Había tenido ocasión de oír a éste algunas veces y me había dejado la impresión de un anciano enérgico, vivísimo, inteligente y elocuente. Pero no hubo nada de lo que yo de-

seaba. La germanofobia imperante en aquellos momentos barrió a los grandes prosadores nombrados para que cediesen su lugar a plumas de más actualidad. Ni una palabra sobre ninguno de ellos. El profesor llegaba con su carpeta cargada de folletos anti-germánicos relativos a la guerra y los repartía entre los estudiantes para que disertaren, sobre ellos en alguna de las próximas reuniones. El mismo Gayley tomaba parte con calor en los comentarios (1).

Tuve oportunidad de tratar y apreciar a los profesores de leyes Orriuck Mc-Murray y Francis J. Philbrick, que habla muy regularmente el español; y al profesor de filosofía Jorge P. Adams, autor de una obra intitulada *El Idealismo y los tiempos modernos*, y de la cual hablaremos en un estudio especial sobre la filosofía americana.

Por el estudio del idioma español existe en California un gran interés. Es verdad que el recuerdo de la época del dominio español e hispano-americano se encuentra vivo en tantos nombres de pueblos, lugares y calles. Fuera de

(1) Un caso de germanofobia, indigno de una nación culta, fué la proscripción de todas las librerías norteamericanas de las obras clásicas alemanas. En las más importantes de San Francisco, Chicago, Nueva York, Boston, Filadelfia, etc., era imposible encontrar un libro de Goethe, de Schiller o de otros autores de mérito sobresaliente e igualmente extraños al conflicto actual.

los que he ido mencionando, encontramos San Diego, Vallejos, San José, Concepción, Palo Alto, Santa Bárbara; pero pronunciados de una manera que la vista se resiste a creer que sea ese el nombre que el oído ha percibido poco antes. En la mañana del último día de viaje de New Orleans a San Francisco se detuvo el tren en una simpática estación. Le pregunté al negro camarero del carro-dormitorio cuál era el nombre de esa estación. Todos los camareros, asistentes o mozos de los trenes norteamericanos son negros. El interrogado me contestó en una forma que no pude coordinar dos letras y me quedé sin entender nada, imaginándome que sería un nombre sajón antiguo, céltico o algo semejante. Paseándome poco después por el andén, encuentro que la estación llevaba el para nosotros conocidísimo nombre de «Santa Bárbara».

Durante y después de la guerra, que ha traído como consecuencia el boycoteo del alemán, ha aumentado considerablemente «en este país, el entusiasmo por el estudio del español y del francés. En todas las universidades que he visitado he encontrado cursos de español; pero en ninguna parte alcanzan el desarrollo que en California. Las razones históricas que he insinuado y la situación geográfica del estado explican este mayor interés.

Asimismo cuenta la Universidad de California con el mejor departamento que existe en los Estados Unidos de estudios hispánicos e hispano-americanos, especialmente históricos. Tiene también la biblioteca más completa que hay en este país sobre la materia, la Biblioteca Bancroft, que encierra más de 65,000 volúmenes y más de 200,000 manuscritos relativos a España y a la América Española. Por desgracia ellos se refieren principalmente a los estados septentrionales del lado del Pacífico. Al amparo de la biblioteca funciona la Academia de la Historia de la costa del Pacífico. El departamento se halla a cargo de los distinguidos profesores Herbert E. Bolton, Charles E. Chapman y Herbert I. Priestley.

No obstante la amplitud con que la Universidad de California ha tratado de comprender en sus cursos todas las ramas del saber humano es de notar que no tiene ninguno de sociología. También carece de cursos de teología, con lo cual no hace más que conformarse a la regla sin excepción en este país de que las universidades del Estado no tengan ni facultad ni cursos de esa disciplina. Los estudios teológicos se hacen sólo en algunas universidades y colegios privados.

* * *

La Universidad de California llama continuamente profesores afamados de otras universidades y les encarga cursos extraordinarios de uno o dos semestres. En el segundo semestre de 1918 se encontraban desempeñando tales cursos los profesores Holborn, de Oxford, y Dewey, de Columbia. Holborn es un hombre brillante, elocuente, original y de temperamento artístico; pero, como suele ocurrir muy a menudo con tales espíritus, los sofismas se deslizan frecuentemente en medio de la rica fraseología. Sus conferencias versaban casi siempre sobre asuntos estéticos y atraían un considerable público, especialmente femenino.

John Dewey goza de la reputación de ser a la fecha en los Estados Unidos la primera autoridad en materias filosóficas y pedagógicas. Es un hombre de una bondad y sencillez admirables, de mucha sagacidad y serenidad de juicio; pero no es orador ni conferencista: escribe muchísimo mejor de lo que habla. Sin embargo, en razón del prestigio del profesor, sus conferencias se veían siempre muy concurridas.

Dewey ha actuado como profesor de filosofía de la fundación Mill. Mr. Mill fué un buen señor que hizo en vida a la universidad una donación

como de ciento cincuenta mil dólares para que con sus intereses se estableciera una cátedra sobre ética y problemas sociales. No es un mal ejemplo. La universidad aceptó la donación y al curso se le llama «Curso Mill de Filosofía».

Profesores extraordinarios, como Dewey y Holborn, hacen más intensa la continua correlación que existe entre la universidad y el pueblo, porque sus conferencias están destinadas especialmente al gran público.

La universidad cuenta también con un importante departamento de Extensión Universitaria que, sin ser tan variado y amplio como los de Wisconsin y Michigán, que son las mejores de los Estados Unidos, lleva la acción de la universidad, por medio de conferencias, correspondencia y cursos cortos, a San Francisco y a todo el estado de California. De esta suerte reciben instrucciones más de ochenta mil personas.

Completa el ciclo de sus actividades la universidad dando tiempo y oportunidad a los profesores para que se dediquen a investigaciones científicas y lucubraciones filosóficas, frutos de las cuales son los numerosos volúmenes que publica anualmente la prensa universitaria y la revista de la corporación que aparece trimestralmente con el nombre de *The University of California Chronicle*.

La biblioteca, cuyo hermoso edificio he men-

cionado, cuenta con 360,000 volúmenes y su presupuesto anual es de 85,680 dólares.

* * *

Durante los meses que asistí a la universidad se hallaba ésta dominada en gran parte por las exigencias de la guerra europea. Ya hemos visto un caso de cómo soplaban las pasiones bélicas en las aulas. Más de cuatro mil estudiantes estaban enrolados en el ejército y en la marina; muchos habían partido al frente y los que quedaban (casi todos matriculados a la fecha) se hallaban adquiriendo la preparación militar necesaria para ir también a luchar al otro lado del Atlántico, a fin de «salvar el mundo para la democracia», según las palabras de Wilson.

Por todas partes no se veían más que estudiantes en uniforme caqui o azul.

Una vasta extensión del parque y de los campos de juego habían sido convertidos en campamento, con el suficiente número de barracas de madera y tiendas de campaña para abrigo de los jóvenes guerreros.

Además de la enseñanza militar, naval y aeronáutica, que se ha proporcionado a los jóvenes, cada departamento universitario ha creado cuanto curso se ha considerado eficiente para el éxito de la guerra, como ser de radio-electricidad

aplicada, de enfermeras, de procedimientos de la Cruz Roja, etc. Se ha establecido también por el Senado Académico el grado de Bachiller en Ciencias de Ingeniería Militar.

Los estudiantes debían repartir su tiempo entre las clases y los ejercicios militares; pero mucho me temo que los estudios se llevaran la menor parte. Sin cesar resonaban en el campo universitario los acordes marciales de las bandas formadas por los estudiantes y se les veía a estos en pelotones aquí y allá haciendo ejercicios de rifle u otros análogos.

Por otra parte, dedican bastante tiempo a los deportes y al *entrenamiento* (perdóneseme el término si no es castizo) para las partidas de foot-ball americano en que compiten frecuentemente con la muchachada de otros institutos. Era muy interesante ver a medio día y sobre todo en la tarde, a gran número de jóvenes, casi desnudos, sin otra vestimenta que algo semejante a un traje de baño más corto que los ordinarios. Corren libremente por las avenidas del parque o juegan a diversos juegos en el estadio; y es hermoso contemplarlos ágiles, alentados, cantando sus entusiastas coros y con los musculosos brazos y piernas sonrosados por el fresco viento de fines de otoño o de invierno.

Estos jóvenes son sencillos. No he encontrado hasta ahora en ninguna parte un estudiante ele-

gante, lo que me parece muy digno de ser tomado en cuenta y muy recomendable. Es verdad que son al mismo tiempo un poco rudos y no de muy finas maneras. Pero se puede agregar todavía en favor de ellos la sobriedad entre sus viriles virtudes. No toman más que agua, leche, limonadas o helados y, aunque quisieran otra clase de bebidas, no podrían hallarlas, porque en Berkeley y a una milla de distancia de la universidad hay prohibición absoluta de toda bebida alcohólica.

A los jóvenes les gusta bastante el baile, el descoyuntado y descompasado baile americano; tienen muchas oportunidades para practicarlo, y gozan de toda libertad en sus relaciones con las compañeras de la universidad y con las niñas en general. Así las amistades femeninas son fáciles y fácil es también que se conviertan en amores.

CAPÍTULO SEGUNDO

UNIVERSIDADES DEL OESTE (continuación)

LELAND STANFORD JUNIOR

Hasta hace no mucho tiempo Florencia y Nüremberg ocupaban en mis recuerdos un sitio exclusivo como lugares donde había experimentado una sensación de belleza que no había recibido en otras partes.

Debo agregar ahora Stanford University.

Aquellas dos ciudades, que pueden ser llamadas pequeñas en comparación con las grandes capitales europeas, presentan como pocas al viajero un cuadro completo de la vida de los siglos del Renacimiento y anteriores a él.

Sus calles estrechas, torcidas y en parte sin aceras, sus edificios de piedra y con ventanas revestidas de gruesas rejas, sus fuentes, sus monumentos de concepción artística admirable,

sus palacios, y sus maravillosos templos, que son más museos que lugares de devoción, conservan en medio del mundo moderno el recuerdo vivo de edades pasadas. En la ciudad italiana uno siente a su lado a la sombra del Dante, de Beatriz, de los Médicis, de Miguel Angel, y percibe el ambiente de aquellos tiempos de vida arriesgada, de tenebrosas aventuras, de sombrías persecuciones y de hondo estímulo artístico. En la ciudad alemana el alma se penetra de la devoción ingenua y ferviente al arte que mostró la generación de Hans Sachs y Alberto Durer; y evoca al mismo tiempo, al contemplar el empinado burgo y las macizas murallas de piedra de las fortalezas de la villa condal, la figuras atrevidas y crueles de los caballeros bandidos del feudalismo germánico.

En ambas ciudades uno se siente apartado de la hora presente y se sumerge en un plácido e intenso recogimiento espiritual, producido por la contemplación de la belleza y la convivencia momentánea con las experiencias, angustias y dolores de las grandes almas de otros siglos.

Leland Stanford no tiene la historia de Florencia y Nüremberg. Data sólo de ayer, fué fundada en 1891. Tampoco es una pequeña ciudad en el sentido relativo con que hemos aplicado esta expresión a esos dos centros. Es menos que esto; es un pueblecito formado exclusivamente

por la universidad y las residencias de algunos profesores y de los estudiantes. No hay que buscar aquí, pues, las sombras, los monumentos y las evocaciones de un pasado remoto. Sin embargo, el ambiente y las construcciones de la universidad californiana son de tal naturaleza que me produjeron una impresión que no he podido comparar sino a las que había recibido antes en Florencia y Nüremberg, impresión de grato y hondo recogimiento espiritual.

—¿Qué mayor gloria, qué mayor triunfo para una universidad que despertar en el alma un recogimiento profundo y activo?

* * *

Leland Stanford University debe su origen al dolor y alto espíritu cívico de un noble matrimonio americano. En 1884 falleció en Roma de fiebre maligna el joven de dieciséis años de edad Leland Stanford Junior, hijo único del ex-gobernador de California y senador de la República Mr. Leland Stanford y de su esposa Mrs. Jane Stanford. Los padres acordaron levantar un monumento casi sin precedentes en la historia de la cultura para inmortalizar la memoria de su hijo, y fueron a California a buscar un sitio adecuado donde fundar una universidad

que llevaría su nombre. «Después de la dolorosa pérdida que he sufrido, dijo Mr. Stanford, todos los niños de California serán mis hijos».

Los esposos Stanfords eligieron la vasta propiedad de Palo Alto como asiento para el hogar de la juventud que iban a fundar con la fortuna que debía haber sido de su hijo, lugar rodeado de onduladas y verdes colinas, y de clima suave y uniforme.

Con lo que los esposos Stanford dieron en tierras, dinero y otros bienes, y las donaciones que la universidad ha recibido después, su capital sube a la fecha a cerca de treinta y cinco millones de dólares.

A la sombra del instituto universitario se han formado el pueblo de Palo Alto y el pueblecito de que hemos hablado de Stanford University.

Palo Alto, donde se encuentra la estación del ferrocarril, se halla a hora y cuarto de San Francisco. De esta suerte, la universidad goza de comunicaciones muy fáciles por tren y por automóvil con la metrópoli californiana, teniendo al mismo tiempo la ventaja de que la agitación y los ruidos de la City no llegan a perturbar su tranquilidad de mansión del estudio.

El camino es hermoso. Va acompañado en grandes extensiones por bosques de pinos y eucaliptos, que ofrecen a la vista sus manchas verdinegras y el encaje de sus hojas perennes.

La universidad se levanta en medio de un bellissimo y dilatado parque. Para llegar a ella desde Palo Alto hay que atravesar una amplia avenida de palmeras, perfectamente asfaltada y de cerca de dos kilómetros de largo. Al acercarse a los jardines y a las elegantes escalinatas de la entrada, el visitante se pregunta:—¿Qué es esto? ¿Es una casa universitaria la que tengo por delante, o la vivienda solariega de un gran señor opulento y soñador, o tal vez el claustro envidiable de monjes artistas?

Se presenta a la vista el principal cuadrángulo de los edificios de la universidad, sencillos y bajos, porque no tienen mas de dos pisos; y los techos rojos, como de viejas casas de campo, caen casi sin cornizas sobre las murallas de color amarillo claro. Se ve que se ha querido imitar el sencillo estilo de las misiones españolas de California en el siglo XVIII. Ha sido una concepción arquitectónica, original, animada de color local que ha resultado un éxito artístico.

El viajero ha llegado al peristilo y mira hacia atrás. Contempla en una hermosa perspectiva los jardines, el parque y las avenidas y al momento lo que ve le evoca el recuerdo de las bellezas de Versalles y Saint-Cloud. No hay aquí la magnificencia refinada de los palacios construídos para el placer de los monarcas de siglos de despotismo; pero sí, dentro de mayor sencillez,

—«Ah! no, me contestó, en la universidad impera absoluta libertad de conciencia. El templo tiene sus puertas abiertas a todos como un monumento conmemorativo y como un hogar del espíritu religioso sin consideración a ningún dogma».

* * *

Fuera del gran cuadrángulo de edificios de que he hablado y de otro más pequeño que está incorporado en él, la universidad comprende muchos pabellones *construidos dentro de las líneas generales del mismo estilo y de los mismos materiales y colores.

Entre ellos se hallan los gimnasios, el departamento de química, dos museos y los *dormitorios*, o sea lugares de residencia para estudiantes y estudiantas.

Ambos museos son de bellas artes y se llaman «Leland Stanford Junior Museum» y «Art Gallery».

El primero fué creado por los fundadores de la universidad y ocupa un vasto edificio. En medio del amplio vestíbulo de mármol se alza un grupo en bronce de porte natural que representa al matrimonio Stanford y a su hijo; y desde la parte superior de la escalinata, que

conduce al segundo piso, domina el hall una Atenea, también de porte natural y de mármol. El museo contiene una rica colección de cuadros al óleo, especialmente de paisajistas ingleses; però, al mismo tiempo, hay muchas malas copias. Se encuentran además valiosísimas colecciones de arte antiguo, de objetos de cristal, de porcelana, de laca con incrustaciones de oro.

La *Art Gallery* fué obsequiada a la universidad por Mr. Tomás Walton Stanford, hermano del fundador, fallecido recientemente en Australia. Es muy rica también en cuadros al óleo y en objetos de arte oriental. Contiene algunas admirables telas chinas y japonesas que representan animales. En los pavos reales y monos pintados parece que el artista hubiera reproducido cada fibra de la brillante piel o del plumaje, habiendo sabido simultáneamente comunicarle al conjunto la impresión total de cosa viva.

* * *

La gente de Leland Stanford se halla hondamente penetrada de las bellezas de la universidad y de los encantos del lugar. Cuando uno les habla del asunto contestan al punto con una espontaneidad admirable: «En efecto, esto es hermoso, así lo pensamos nosotros también». En

tal estado de espíritu se hallan desde el Presidente hasta los profesores y los empleados administrativos, lo que es una suerte para todos, y especialmente para la institución a que sirven.

Me imagino que pueda encontrarse en relación con esta circunstancia cierta grata disposición de ánimo que observé aquí. Por lo general, los universitarios norteamericanos dan pruebas de la más pura y franca buena voluntad para ayudar a los que solicitan su cooperación en lo que es del resorte de sus actividades; pero en ninguna parte he podido notar esta característica con más feliz acentuación que en Leland Stanford. No es esta una cosa de poca monta. La disposición para entregarse a servir inteligentemente y con absoluto desinterés a los demás es uno de los mejores frutos de la cultura espiritual y un exponente de la eficiencia de los medios que obran en un instituto que cuenta con un personal uniformemente animado de tales propósitos.

Recordaré un caso. Deseaba visitar los *dormitories*, que he mencionado antes, y le manifesté lo que quería a la secretaria del Presidente, porque este no se hallaba en la universidad el día en que llegué a ella. La secretaria no tenía más conocimiento de mi que el que se desprendía de mi propia tarjeta, que yo le había presentado. «Oh! es muy fácil, me contestó, vamos a la oficina de la Decana de las Mujeres y ella lo va a

llevar primeramente al *dormitory* de las niñas». La decana, que no era ninguna señora mayor de edad sino una distinguida joven, se hallaba atareada en su escritorio en medio de montones de papeles.

«El señor... profesor de Chile, me presentó la secretaria, ha venido a visitar la universidad y desea conocer los *dormitorios*».

—«Tanto gusto, contestó la decana, sonriendo francamente, vamos en el acto».

Dejando todos sus papeles, interrumpió su labor y se puso de pie inmediatamente.

Esta perturbación del trabajo que yo causaba, me produjo cierta desazón, adelanté algunas excusas y la proposición de volver a otra hora más conveniente.

—«Oh! no, no, si es un placer», repetía la decana. A todo esto se había puesto su paltó de pieles y los guantes y me invitó a que la acompañara. En sus movimientos ágiles y elegantes manifestaba una espontaneidad encantadora, sus ojos claros e inteligentes revelaban bondad y pureza íntimas y el conjunto de su persona dejaba la impresión de que viviera animada por un inagotable y elevado *elan* espiritual.

Salimos afuera y Mss. Bratford, nombre de la decana, me condujo en su propio automóvil a la casa de las estudiantas.

Recorriéndola le dije: «Darían ganas, Miss B., de ser *Stanford girl* para vivir y estudiar aquí».

Es una residencia de lo más completo que puede imaginarse en todo sentido. Fuera del *hall* o *lobby* de la entrada, que es ya un amplio salón con muebles blandos y confortables, piano y una magnífica chimenea, hay salones de música, biblioteca y salas de lectura, salas para coser y salitas especiales de recibo, en que las niñas pueden estar con las personas de su familia o relaciones que vengan a verlas. Las niñas viven generalmente en departamentitos de tres piezas, que son una sala de estudio al medio y las alcobas a ambos lados. Cada cierto número de piezas hay baños de tina y lluvia, preciosamente instalados con tinas de mármol y pisos de mosaico. Los comedores son elegantísimos. Se hallan revestidos de madera de color claro hasta el techo. Las estudiantas comen en mesitas redondas en que caben cinco o seis. El valor del alojamiento y pensión para cada niña es de 30 a 35 dólares mensuales según la pieza que tome.

Por un acuerdo vigente, no pueden matricularse más de 500 niñas en los cursos universitarios; y como se presentan muchas más solicitudes de admisión que ese número, es posible llevar a cabo una gran selección del personal estudiantil femenino.

Fuimos en seguida a visitar el baño de natación y el gimnasio.

—«Aquí les enseñamos, me dijo Miss B., bailes nacionales a las niñas».

—«¿Fox-trot, one-step, two-steps?»

—«Ah! no».

—«Pero esos son bailes genuinamente norteamericanos».

—«Sí, pero muy feos, añadió sonriendo graciosamente. Lo que nosotros enseñamos son algunos hermosos bailes populares que no están de moda en los salones».

Bien podía haber agregado también Mss B. que los bailes que ella llamaba feos los practicarían las niñas por sí solas y con mucho gusto en las fiestas estudiantiles.

Las anteriores observaciones me confirmaron en la idea de distinción espiritual que me había formado de la decana.

Antes de despedirnos, Miss B. me presentó al Decano de los Hombres, quien me llevó a ver los dormitorios de los jóvenes. Aunque instalados con todas las comodidades esenciales, no son éstos ni tan nuevos, ni tan bellos ni tan confortables como los de las niñas. Los estudiantes pagan de 5 a 6 dólares mensuales por la pieza y comen afuera.

* * *

La casa del Presidente de la Universidad ha sido hecha en una forma que constituye una prueba del valor que se le da a la vida social en este instituto.

Es una magnífica mansión de dos pisos, situada en una colina de donde se domina todo el campo universitario. Construída en forma de U, goza de abundancia de sol, luz y aire por todos lados. De cualquiera de sus balcones se disfruta de hermosas perspectivas y paisajes. Cuenta con todo el confort moderno y tiene algo nuevo que vale la pena de mencionar. Una de las alas del primer piso está ocupada por un gran salón, un correspondiente comedor, repostero y cocina con toda clase de servicios, destinados exclusivamente a las recepciones oficiales que el Presidente estime conveniente dar. En estos casos no hay para qué tocar nada ni usar nada del resto del edificio en que vive el Presidente.

—«Aquí puedo recibir y atender, me dijo el inteligente y amable doctor Willbur, hasta mil personas, sin desorganizar mi casa. Es muy cómodo para reunir de cuando en cuando a los profesores y grupos de estudiantes».

* * *

La Universidad de Stanford es más pequeña en todo sentido que la de California. Sus estudiantes no llegan a 3,000 mientras que los de esta última pasan de 6,000. Stanford no tiene un Departamento de Extensión Universitaria ni cuenta con escuelas de agricultura, dentística y farmacia. Aunque no ha descuidado el lado técnico e industrial de las actividades universitarias, como lo prueban sus departamentos de ingeniería mecánica y eléctrica y de química industrial, creo que Stanford ha consagrado más atención a algunos departamentos de preparación profesional y a las disciplinas de cultura general y de investigación científica. Así cuenta con una Escuela de Medicina y un hospital propio en San Francisco. Tiene además una Escuela de Leyes y otra de Educación, que es sin duda una de las mejores de los Estados Unidos. Se halla dirigida por el profesor Ellwood P. Cubberley, autor de muchas obras pedagógicas importantes.

En el campo de las facultades de cultura liberal y científica encontramos las más variadas asignaturas, desde las matemáticas puras, la biología, la entomología, la geología, la botánica hasta la historia, el griego, el latín, el ruso,

las ciencias económicas, la psicología, la sociología y la filosofía (1).

En el estudio de las ciencias sociales se da mucha importancia a su aplicación práctica. Esto se deja ver por ejemplo en el nombre de uno de los cursos: se llama de «Sociología y servicio social».

En los cursos de inglés encontré uno que constituye una prueba más, entre tantas, de la aplicación de la enseñanza a la vida que saben hacer los norteamericanos. Se refiere a instruir en el arte de hablar improvisando (*Estemporaneous Speaking*).

En el departamento de historia se consagra bastante atención a la de la América Española. El profesor Percy A. Martin, que es el titular de las asignaturas correspondientes, es un entusiasta por todo lo que se refiere a los países latino-americanos y bastante versado en su historia.

La universidad cuenta a los orillas del océano Pacífico con una estación marítima (*Hopkins Marine Station*) para investigaciones y experimentos biológicos. Se halla abierta todo el año, y los investigadores y estudiantes encuentran en ella las comodidades necesarias para sus trabajos. Clases se dan ahí en los trimestres de primavera y verano.

(1) Véase apéndice N.º 2.

La biblioteca universitaria tiene más o menos 300,000 volúmenes, y, aunque al parecer, se hallaba perfectamente instalada en uno de los ángulos del cuadrángulo principal, se estaba construyendo al tiempo de mi visita un magnífico pabellón aparte para ella, con espacio suficiente para un millón de volúmenes.

En relación con el gabinete de psicología se encuentra una sección de investigaciones psíquicas. Mr. Tomás W. Stanford, el donante de *Art Gallery*, de que hemos hablado, que era espiritista, dejó también a la Universidad un legado de cincuenta mil dólares, para que con sus intereses se llevaran a cabo investigaciones en el misterioso mundo de los espíritus.

Interrogado por mi al respecto el profesor Angell, que me hablaba de estas cosas en los gabinetes mismos, que me estaba mostrando, me señaló un grueso volumen de más de setecientas páginas que contenía los detalles de la labor realizada. Y agregó sonriéndose:

—Pero dudo mucho de que los resultados hubieran sido del gusto de Mr. Stanford si hubiera tenido conocimiento de ellos. *No hemos llegado a ninguna conclusión favorable a la existencia de mediums ni de espíritus en la forma concebida por los espiritistas, ni a la confirmación de nada de lo que tanto interesa a esta clase de creyentes.*

* * *

En el templo conmemorativo de que he hablado antes se dan ordinariamente conciertos de órgano a eso de las cuatro de la tarde. No se lleva a cabo ninguna ceremonia del culto; no hay coros ni oraciones ni prédicas. Se hace simplemente música.

Antes de alejarme de la universidad tuve la suerte de poder asistir a uno de ellos.

¡Qué hora de encanto divino! La luz suave de la tarde que caía y la de las lámparas discretamente empañadas difundían en la nave una claridad tenue y agradable. La gente entraba silenciosamente y se acomodaba en los asientos con entera libertad, sin *pose*, sin preocuparse del vecino; y buscando sólo lo que podríamos llamar el confort para su mayor abstracción mental. Seguramente muchos cumulgaban en diferentes credos, ¡quién sabe cuántos no tenían ninguno! pero en todos había de común que iban tras un momento de reposo y elevación espiritual. Las notas del órgano bajaban, subían, llenaban la sala en ondas de emoción que arrastraban a todos en una dulce cabalgata de ensueños inefables. Experimenté en esos instantes el sentimiento de la religiosidad como un estado psíquico en que la conciencia, gracias a las sugerencias

del templo, a la acción de la música y de las maravillas del arte, a la quietud de los demás, abandona todos sus deseos, sus ansias, y se abstrae en el goce de la belleza pura y en una especie de realización del valor de la vida en sí misma y moralmente vivida. Entonces el ser siente que se dilata su horizonte espiritual y que se halla plácidamente en comunión con las almas bien inspiradas que han existido, que existen y que han de venir después. Se apodera de uno la feliz sensación de formar parte de algo eterno y de ir en la imperecedera corriente en que se van elaborando los mejores destinos de la humanidad.

Salí afuera, recorrí una vez más los plácidos corredores, y a la moribunda luz del crepúsculo sentí cómo se hacía más intenso su hechizo de mansión del pensamiento, su hechizo claustral.

Me despedí con pena de estos lugares en que había pasado algunos de los días mejores de mi vida, días de idealismo, de admiración, de paz interior.

CAPÍTULO TERCERO

UNIVERSIDADES DEL CENTRO—CHICAGO— WISCONSIN.

Chicago.—Chicago vista en invierno es una ciudad misteriosa y monstruosa. Bajo un cielo casi siempre negruzco se sabe de la existencia del sol por algunos tímidos resplandores rojizos y amarillentos que suelen teñir la pesada bóveda que se cierne sobre la ciudad. Los bloques gigantescos de los rascacielos y demás edificios, generalmente cuadrangulares, uniformes, monótonos, ennegrecidos por el humo y el hollín, pringados de humedad, pierden sus cúpulas entre las nubes en la obscura bóveda del cielo. A través de la bruma apenas se divisa el lago Michigán, a cuyas orillas se levanta la urbe, adormecido, petrificado bajo una capa de hielo gris lleno de ligeras ondulaciones. Por las calles sopla un viento que parte las carnes. Las aceras y las calzadas de las más de ellas se hallan cu-

biertas, a causa del deshielo y de la humedad, de un líquido fangoso y presentan un aspecto sucio.

Pero Chicago es la gran metrópoli del Middle West. En el centro del escenario que hemos esbozado, o *loop*, se agita un mundo activísimo; febril, y el extrajero se siente mareado en medio del ir y venir de millones de transeuntes atareados y los ruidos ensordecedores de centenares de tranvías, autos, camiones y trenes que pasan al lado y por encima de uno. Chicago es después de Nueva York el centro industrial y comercial más importante de la Unión. Esta ciudad colosal que hoy cuenta con tres millones de habitantes era poco antes de 1850 una aldea insignificante de cuatro mil almas.

* * *

El progreso estupendo en el orden material y económico, que revelan estas cifras, ha ido acompañado de notables adelantos sociales y culturales. Una ciudad de tal importancia no podía carecer de un centro de estudios superiores. Existió una primera universidad de Chicago, fundada por iniciativa de la secta anabaptista, que funcionó durante más de veinte años y hacia 1886 tuvo que cerrar sus puertas a causa de dificultades financieras.

La misma secta tomó al poco tiempo en sus manos el empeño de abrir una nueva universidad con igual nombre que la anterior. La tarea no era fácil, sobre todo si se considera la desconfianza que podía suscitar la empresa a causa del reciente fracaso. Pero los anabaptistas se pusieron a la obra con ardor infatigable. El multimillonario J. D. Rockefeller ofreció contribuir con seiscientos mil dólares siempre que se juntaran otros cuatrocientos mil en el término de un año. Esto se consiguió y sobre la base de un millón de dólares la universidad quedó fundada en 1890. Rockefeller continuó favoreciendo a la institución con incesantes y magníficas donaciones, por lo que el Consejo Directivo le discernió con justicia el título de fundador. Hasta hace poco el acaudalado protector había obsequiado alrededor de treinta y cinco millones. Al lado de él han allegado valiosas contribuciones no menos de diez mil personas en los primeros doce años de vida de la universidad. No ha faltado quien haya dado de a dos millones, de a un millón; y más de ocho millones se han juntado por la acción de pequeños benefactores.

*
* * *

La universidad ocupa un vasto espacio rodeado de amplias avenidas en un barrio apar-

tado y silencioso del sureste de la ciudad. El terreno es plano y no se pueden admirar aquí las hermosas perspectivas que hacen el encanto de Leland Stanford, Cornell, Princeton y Wisconsin. Pero los edificios universitarios, que suman más de cuarenta, son bellos. Visité los principales de ellos, guiado por el amable secretario del presidente de la universidad, M. David A. Robertson. Como en todas las universidades americanas forman pabellones separados en medio de dilatados parques. Todos han sido construídos con sujeción a un plan uniforme dentro del estilo gótico inglés y evocan reminiscencias de las históricas casas de Oxford y Cambridge. Por doquiera se puede notar el confort y el buen gusto a que han obedecido las instalaciones interiores. En algunas secciones, como ser en las oficinas del Presidente y en el Mandel Hall, sala o teatro destinado a las asambleas universitarias más importantes, las instalaciones han sido hechas con lujo y magnificencia. Dejando una impresión de cosa venerable, de belleza severa y augusta. Comunicándole mi sentir al secretario, me dijo sonriéndose:

— Todos admiran aquí nuestro *ready made antique*.

Se refería a que la universidad, a pesar de lo nueva que es ha sabido darle a sus construcciones un sello de respetable antigüedad.

* * *

La organización de la universidad comprende las cuatro siguientes divisiones:

- 1.^a Las Escuelas y Colegios;
- 2.^a La Extensión Universitaria;
- 3.^a Las bibliotecas laboratorios y museos;
- 4.^a La prensa de la universidad.

Las principales escuelas son la de Educación de Medicina, de Leyes, de Comercio y Administración, de Teología, y de Artes, Literatura y Ciencia. Casi todas comprenden cursos para no graduados y graduados. La clasificación de las escuelas es, como se ve, del todo empírica. No obedecen en su distribución a ningún principio científico orgánico. Según puede observarse en el apéndice correspondiente, la Escuela de Artes, Literatura y Ciencia comprende todos los cursos imaginables que no caben en las otras escuelas. Existen además cursos por correspondencia.

Entre las escuelas una de las más bien reputadas es la de Educación. Tiene a su cabeza a un hombre de personalidad vigorosa, Carlos H. Judd. Judd es jóven, vivo, inteligente, perfectamente preparado en asuntos de educación

y autor de varios libros pedagógicos de importancia.

Fuí a verlo y hablamos sobre escuelas secundarias, sobre universidades y los fines sociales que estas trataban de llenar.

—La actividad de las universidades, dijo Judd, ha ido modificándose de acuerdo con la evolución de las colectividades a que han servido. Harvard empezó por ser una escuela de teología. Después se fueron creando los cursos de derecho, de medicina, de agricultura, de comercio, etc. Hoy día el treinta por ciento de los estudiantes de las universidades americanas busca en los estudios superiores la eficiencia para los negocios.

En la orientación de las universidades, continuó, ha resultado también una diferencia de que sean privadas o del Estado. Las primeras, cuando han contado con fondos propios suficientes, se han dedicado de preferencia a las investigaciones científicas desinteresadas, ha predominado en ellas el carácter académico y especulativo. En este grupo figuran las de Harvard y otras del Este, de Chicago y Leland Stanford. Las universidades del Estado, en cambio, han debido encaminar sus actividades principalmente en el sentido de las necesidades prácticas y técnicas del país: de aquí la importancia dada en ellas a los cursos de agricultura,

minería e ingeniería. En este grupo se encuentran las de Illinois, Michigan y Wisconsin.

Visité aún en aquella ocasión otros dos eminentes profesores. Uno de ellos fué Albion W. Small, hombre muy fino, jefe del departamento de sociología de la universidad, autor de la importante obra *General Sociology* (1) y uno de los más caracterizados representantes de la ciencia social americana.

El otro fué James H. Tufts, del departamento de filosofía, autor de un tratado de ética en colaboración con Juan Dewey (2). Me pareció notar en la personalidad de Tufts aquella serenidad y vida espiritual alerta que deben ser propias del verdadero universitario y del filósofo. Me dijo que el pragmatismo era una de las corrientes mas poderosas aún de la filosofía americana, que él mismo figuraba en ella y que las ideas de esta escuela habían sido últimamente expuestas en un libro publicado por Dewey, él y otros colaboradores con el título de *Creative intelligence* (3).

* * *

La biblioteca cuenta con cerca de seiscientos mil volúmenes.

(1) The University of Chicago Pres.

(2) *Ethics*.—New York.—Henry Holt.

(3) New York.—Henry Holt.

Entre los museos debemos mencionar el Museo Walker de Historia Natural y el Museo Oriental Haskell: ambos llevan los nombres de los filántropos que con sus donaciones hicieron posible la fundación de ellos.

El Museo Oriental cuenta con ricas colecciones relativas a la historia del Egipto, de la Asiria, de Babilonia, de la Palestina y de otros países del Asia Anterior. Tiene alrededor de novecientos documentos cuneiformes que, junto con numerosos utensilios y objetos ornamentales antiguos, han sido obtenidos por medio de excavaciones llevadas a cabo con los fondos de la universidad destinados especialmente a las exploraciones orientales. La colección egipcia se compone aproximadamente de diez mil monumentos originales, correspondientes a todas las grandes épocas de la historia del Egipto, y de los cuales muchos han sido obtenidos gracias a las excavaciones hechas en el valle del Nilo por el director del museo a fines del siglo pasado.

Contiene, además, el museo colecciones valiosas para el estudio comparativo de las religiones de la India, del budismo japonés y del sintoísmo.

* * *

La prensa de la universidad ocupa un hermoso pabellón propio. Su destinación principal

consiste en la impresión y publicación de libros, monografías y revistas científicas y educacionales. Se halla ricamente instalada y cuenta con un completo surtido de tipos y signos griegos, sirios, árabes, hebreos y etiópicos. Entre las revistas que edita podemos citar la *Botanical Gazette*, *Journal of Geology*, *Journal of Theology*, *Biblical World*, *Classical Philology*, *Journal of Political Economy*, *American Journal of Sociology*, *Journal of Ethics*.

* * *

Para los estudiantes hay casas confortables, donde pueden vivir, y espléndidos clubs.

Entre estos últimos es de justicia mencionar en primer lugar el *Ida Noyes Hall*, destinado a las niñas de la universidad. Es una fundación magnífica debido a la generosidad de M. La Verne Noyes que quiso perpetuar de ese modo la memoria de su esposa. El edificio, como todos los de la universidad, es de estilo gótico inglés, pero lo distinguen principalmente los rasgos y caracteres de una mansión noble del período de los Tudores. El *Ida Noyes Hall* ofrece a las estudiantas cuanto puede ofrecer un club confortable a sus socios, y no tienen que pagar para usar de estas ventajas ni cuota de

introducción ni cuotas mensuales: salones elegantemente instalados, donde recibir a sus amigos, pianos para hacer música y estudiar, biblioteca, gimnasio, baño de natación, comedores, salas de toilette y de costura, etc. El día en que visitamos el Hall las niñas ofrecían una recepción a sus amigos estudiantes. Era un encanto ver el salón, amplio y elegante, lleno de parejas jóvenes que bailaban alegremente.

Destinado a los estudiantes existe el Reynold Club, con biblioteca, billares, baños, etc., y del cual pueden hacer uso todos los que paguen una cuota anual de seis dólares.

* * *

La universidad cuida de que haya conciertos sinfónicos semanales en el Mandel Hall, precioso teatrillo a que ya he hecho referencia. Invitado por el secretario del Presidente me tocó asistir a uno de ellos. Una de las damas que se encontraban en el palco con nosotros me dijo que Chicago iba en camino de ser la primera ciudad de la música de los Estados Unidos. La admirable impresión que me produjo el concierto me hizo pensar que talvez no era exagerada esta pretensión.

* * *

Un rasgo final y fundamental.

La universidad de Chicago ha sido fundada por una secta religiosa, la anabaptista, y sostenida principalmente por personas de esta creencia; pero los profesores gozan de entera libertad en el desempeño de sus cátedras y ninguno de los benefactores de la institución ha tratado de hacer sentir la menor influencia sobre la enseñanza.

Wisconsin.—La Universidad de Wisconsin se halla instalada en la capital del Estado, la pequeña ciudad de Madison. Es lo más sobresaliente que la capital tiene: la universidad y la vida universitaria la dominan. La acción de la universidad se extiende por todo el estado, y uno piensa: que universidad tan grande en un Estado tan diminuto. Es verdad que las aulas de Wisconsin albergan estudiantes de toda la Unión y aún del extranjero; pero ha sido un mérito de la pequeña colectividad crearse un instituto superior como el que tiene.

Madison no cuenta con más de treinta y cinco mil habitantes. Se encuentra admirablemente situada en una región muy pintoresca, donde abundan los árboles, y pequeños y numerosos lagos dan variedad al paisaje. Entre dos de és-

tos, llamados con nombres muy poco ingleses *Mendota* y *Monona*, se levanta la ciudad en un estrecho istmo que va de este a oeste. El terreno no es plano y sus suaves ondulaciones sirven para dar belleza a la perspectiva de las calles y edificios. En una colina que ocupa el centro del istmo alza su cúpula gigantesca el capitolio del estado, la más hermosa construcción de la ciudad. Aquí como en otras partes de los Estados Unidos se han levantado para mansión del gobierno y de las cámaras locales, edificios hechos a imitación del capitolio de Washington. Del palacio oficial parten en todas direcciones en forma de radios amplias avenidas orladas de árboles. Al fin de la que se dirige al oeste y corre al medio del istmo se destacan en otra colina los pabellones principales de la universidad. El que sirve de asiento a la administración universitaria, (*University Hall*) se alza al término de una amplia esplanada cubierta de césped, y, por encima de la avenida, mira frente a frente al capitolio. Delante del pabellón, en medio del prado, se encuentra como único adorno una hermosa estatua de Lincoln sentado. El *University Hall* es como el centro de todos los edificios universitarios, algunos de los cuales se elevan a ambos lados de la antedicha esplanada, y van escalonándose en la pendiente que desciende hacia la ciudad.

No distingue a los edificios de Wisconsin la originalidad arquitectónica que uno puede admirar con arrobamiento en Leland Stanford y en Princeton; pero algunos son verdaderamente hermosos y todos adecuados a su objeto. Entre los primeros debemos mencionar el Colegio de Agricultura, el pabellón de la Extensión universitaria y de Economía Doméstica, y, sobre todo, la Biblioteca, bella construcción de estilo renacimiento, la más rica e imponente de todas las casas de la universidad. Por lo demás, al lado de las otras universidades que hemos nombrado y de Cornell, Wisconsin es una de las que ofrece un conjunto más pintoresco y atrayente en su ambiente, instalaciones y alrededores.

* * *

Siguiendo una previsoramente norma establecida, los primeros *pioneers* que llegaron al territorio de Wisconsin en 1836 se preocuparon inmediatamente de la fundación de una universidad; y conforme también a una sabia práctica ya tradicional recibieron del Gobierno una cantidad de tierras para ayudar al mantenimiento del nuevo instituto.

Pero a pesar del interés de los pobladores y de los terrenos otorgados las cosas no anduvieron por muchos años ni ligero ni con facilidad. Wis-

consin fué admitido como estado en la Unión sólo en 1848 y al año siguiente abrió sus puertas la universidad. Mas, hablando seriamente, estaba muy lejos todavía de merecer el nombre de tal: no era en realidad más que una escuela preparatoria con veinte alumnos. Aún diez años más tarde la facultad universitaria se componía únicamente de siete miembros que daban instrucción, al parecer muy poco sistemática, en algunas lenguas antiguas y modernas, literatura inglesa, arte de enseñar, agricultura, matemática y filosofía.

La ley Morrill vino dar un poderoso impulso a la universidad. Esta ley como ya he dicho en el capítulo primero dispuso el otorgamiento de terrenos y otros recursos para el establecimiento de un colegio de agricultura y artes mecánicas. En lugar de fundar estos colegios fuera de la universidad, como ocurrió en otras partes, en Wisconsin fueron incorporados al instituto existente, que no era hasta ese momento más que un pequeño colegio literario.

Después de haber pasado la gran crisis que significó la guerra de separación, la universidad continuó desarrollándose lentamente, agregando nuevos cursos a los que ya tenía, hasta que el incremento dado a fines del siglo pasado a los estudios de agricultura, le permitió tomar el vuelo que la ha hecho famosa. Ha sido este el

fruto de la íntima relación en que vive la universidad con el estado y de la acción recíproca que han ejercido entre sí las dos entidades. El perfeccionamiento y difusión de los conocimientos agrícolas en sus diferentes ramos han enriquecido al estado y éste ha sido generoso para atender al crecimiento y prosperidad de la institución que le ha dado la riqueza.

* * *

Me sirvió de principal cicerone en mis andanzas por la universidad el profesor Edward A. Ross, hábil e ilustrado sociólogo, con quien había trabado relaciones de amistad pocos años atrás en un viaje de estudio que él hiciera a Sud-América.

Al tiempo de mi visita la universidad había estado de duelo reciente por el fallecimiento ocurrido dos meses atrás de su gran presidente el doctor Carlos Ricardo Van Hise. Ha sido éste uno de los más eminentes universitarios americanos. Vinculó su vida entera al instituto superior de Wisconsin; recibió aquí todos los grados académicos, fué profesor, brilló como hombre de ciencia, y le tocó dirigir durante los últimos quince años de su existencia los destinos del plantel universitario, época de señalado progreso debido en gran parte a las cualidades de

su personalidad. «Fué un verdadero demócrata. dice la Facultad en el homenaje que le rindió. Simple en sus gustos, buscaba en sus horas de descanso el deleite de las excursiones al campo y de las suaves voces de los bosques silvestres. Era accesible a todo el mundo y escuchaba los consejos de todos los que quisieran dárselos; respetaba a los opositores honrados y trabajaba con ellos después de cualquier conflicto tan armoniosamente como antes; y soportaba con perfecta serenidad aún ataques maliciosos de carácter personal. Su tolerancia era sorprendente y fluía, no de indiferencia o desdén, sino de una inspiración de su corazón sencillo, del anhelo de servir a los hombres amplia y benignamente».

Ross me presentó al nuevo presidente Ch. H. Vilas, al profesor de psicología J. Jastrow, al de economía política R. I. Ely, al de química Luis Kahlenberg, y a muchos otros; Jastrow es uno de los psicólogos más bien reputados del país y autor de varias obras importantes (1). Los departamentos de economía y química figuran entre los más acreditados de la universidad. Kahlenberg me dejó la impresión de un hombre muy inteligente, espontáneo y vivaz, y me dió

(1) The Psychology of conviction; The Qualities of men; The Sub-concions; Fact and Fable in psychology.—Houghton Mifflin C. I. New York.

valiosas informaciones sobre la enseñanza y las actividades universitarias.

He podido observar algunas manifestaciones de la vida social que hacen los profesores.

Fuí invitado a un *smoker*. Se designa con este nombre una reunión que se celebra después de comida y en que el anfitrión ofrece cigarros, *cakes*, galletas y algún ponche sin alcohol. Este a que concurrí era un *smoker* de decanos. A medida que van llegando los invitados se les pasa en primer lugar la cajita de cigarros o cigarrillos. Todos fuman y muestran gran sorpresa al verme sin cigarro a mí, profesor sud-americano y, por añadidura, invitado especialmente a un *smoker*. Creen que los sud-americanos somos todos grandes fumadores y se admiran de encontrar uno que no lo es ni siquiera en pequeña escala. En esta creencia asoma la preocupación de que en cualquier sud-americano debe haber algo del tipo tropical... y como el tabaco es un producto de la zona tórrida... La sala se llena de humo y charlamos con toda libertad en pequeños grupos durante cerca de dos horas.

Algunos profesores han formado el *Saturday Club*, cuyo objeto es comer juntos el último sábado de cada mes. Convidado por mi amigo Ross asistí a la comida correspondiente al mes de Enero. Los comensales no pueden ser más de doce y deben ir de rigurosa etiqueta, de frac

o *smoking*. Dentro de estos límites del protocolo establecido nos sentamos a una mesa redonda bien guarnecida de flores, de dulces secos, de nueces, de almendras y pasas. No notamos en el servicio la sobriedad espartana que suele caracterizar a los *lunch* y *dinner* escolásticos o académicos de este país. Sin tener los relieves de un banquete a la chilena la comida fué buena y abundante. En cuanto a bebida no había más que agua y al fin se sirvió una especie de ponche o chicha de manzana sin alcohol. Todos los asistentes fumaron desde el principio hasta los postres; yo mismo fumé un cigarrillo dándome momentáneamente por convencido por las palabras de mi vecino de mesa que me decía no ser concebible un profesor que no fumara. Después pasamos a tomar el café a una pieza contigua, donde seguimos conversando hasta media noche. Se habló de educación, de política, de Wilson, de Shakespeare, de Dickens, de religión, de metafísica, de los Jóvenes Cristianos, etc. Me pareció notar que Dickens no gozaba de simpatías entre los norte-americanos. Las pinturas y sátiras de *Martín Chuzzlewit* han de tener la culpa.

* * *

Aquí la iniciativa particular no se ha manifestado tan espléndida como en California para

atender con regios presentes y construcciones magníficas al desarrollo de la universidad del Estado. En Wisconsin ésta vive principalmente de las subvenciones del Gobierno, de sus propias rentas y de los derechos que pagan los estudiantes. Hay unos pocos premios y becas establecidos por filántropos o instituciones privadas en favor de estudiantes distinguidos. La universidad gasta al año cerca de tres millones de dólares.

Trata ella de servir los intereses de la comunidad ante todo de una manera práctica. De aquí que sus principales departamentos, los que forman su núcleo, sean los de agricultura, química industrial, economía política, economía doméstica y la extensión universitaria.

Los estudios, según me decía Ross, se mantienen en contacto directo con la vida del estado. Los profesores de sociología, economía y legislación son consultados continuamente por el Gobierno, reciben comisiones de él, aplican sus doctrinas a la solución de los problemas públicos, o, a la inversa, modifican sus teorías de acuerdo con las enseñanzas que van resultando de nuevas experiencias. Es un bella armonía debida a un régimen democrático en que no hay partidos o agrupaciones religiosas que lleven aún como bandera la limitación de las libertades del pensamiento científico y filosófico y el

sometimiento de las universidades a principios dogmáticos; régimen en que, por lo mismo, la universidad vive ajena a preocupaciones políticas y sectarias. Los laboratorios universitarios están al servicio de la higiene pública, examinan las substancias alimenticias que se expenden en el comercio y analizan gratuitamente las muestras de tierras y de piedras que los agricultores envían para saber qué destino más útil se les puede dar.

El Colegio de Agricultura ocupa un hermoso y grande pabellón central y además otros muchos pequeños en que se hallan instaladas las secciones de horticultura, química agrícola, lechería, ingeniería agrícola, suelos, aves, exposición de animales, zoología y varias otras. Más allá de estos edificios se extiende el fundo de la universidad que es explotado por el colegio y aprovechado para sus experimentos.

En el pabellón de química agrícola encontramos un departamento con mas de ochocientos ratones cuidadosamente mantenidos para probar en ellos las calidades y condiciones de alimentos que se quieren ensayar. En una pieza vecina hay muchísimos cuyes destinados a servir de *ánima vilis* para el estudio de algunas enfermedades.

La industria de la fabricación de quesos y de mantequilla ocupa un lugar importantísimo en

la economía del estado y la sección correspondiente del Colegio vive atenta a todas las necesidades de la educación técnica en estas materias. En el pequeño vestíbulo de la entrada se ven muchos diagramas, y en uno de ellos se dice en grandes caracteres, con justificada satisfacción que se adivina, que las leches de Wisconsin producen un valor casi igual al de todas las minas de oro de los Estados Unidos. Y esta valiente afirmación se prueba con el siguiente cuadro que se ve ahí mismo:

Producto en un año de las lecherías e industrias conexas de Wisconsin.....	93.500,000 dólares	
Producto en el mismo tiempo de las minas de oro de California.....	23.005,800	»
Id. de Nevada.....	11.314,100	»
Id. de Colorado.....	22.191,200	»
Id. de Alaska.....	16.626,700	»
Id. del resto de los Estados Unidos.....	25.752,700	»
Total.....	98.891,100 dólares	=====

Es de advertir que los productos de Wisconsin en los ramos indicados deben subir a la fecha a más de 100.000,000 de dólares anuales.

* * *

Según Kahlenberg, el inteligente jefe del departamento de química que he mencionado antes, el gran desarrollo alcanzado por el Colegio de Agricultura se debió en un principio al establecimiento de cursos cortos, cursos de dos inviernos para los empleados de las haciendas. Esta sencilla idea fué propuesta a fines del siglo pasado al Consejo de Regentes de la universidad por M. W. F. Vilas, que era uno de sus miembros; pero, como ocurre siempre con toda innovación, empezó por encontrar una resistencia tenaz. M. Vilas persistió en sus propósitos. Probó que sería una gran ventaja ilustrar en las cuestiones agrícolas a los jóvenes que trabajaban actualmente en el campo y sólo estaban desocupados en invierno. Era menester ajustar la enseñanza a la vida de la comunidad. Por fin la reforma triunfó y comenzaron a llegar todos los inviernos a las aulas universitarias centenares de jóvenes de los campos, jóvenes rústicos que, después de algunas semanas, volvían a aplicar en la tierra los conocimientos que habían recibido. El resultado fué un gran progreso para la agricultura: se enriqueció el país, y la riqueza pública vino, de reflejo, a favorecer la prosperidad de la universidad. M. Vilas mismo fué uno de

los primeros beneficiados con la revolución verificada y el mayor valor que adquirieron las tierras. Era al tiempo de esta transformación propietario de grandes extensiones de terrenos y de la noche a la mañana se encontró rico. Creyendo que él debía su fortuna, como todo Wisconsin, a la enseñanza universitaria, tuvo un hermoso rasgo. Dispuso en su testamento que, después de la muerte de su viuda, sus bienes pasaran a la universidad. Era, en su concepto, pagar una deuda de gratitud, o, más bien, restituir un tesoro a su verdadero dueño.

El Colegio ofrece además los siguientes cursos:

1.º Uno para graduados.

2.º Uno de cuatro años, después del cual se puede obtener el título de Bachiller en Ciencias, en Agricultura; y

3.º Uno de dos años que conduce a la obtención del título de graduado en Agricultura.

En estrecha relación con el Colegio de Agricultura funcionan los cursos de Economía Doméstica. Para obtener en ellos el grado de Bachiller en Ciencias es menester seguirlos durante cuatro años.

La Universidad de Wisconsin carece de escuela de dentística, y la de medicina que posee no puede figurar entre las mejores del país. Una pequeña ciudad como Madison no ofrece ni la cantidad ni la variedad de enfermos ne-

cesarios para la formación de grandes hospitales y, por consiguiente, no hay oportunidades para la práctica de la medicina en el grado que requiere una completa escuela de esta ciencia.

Nombro especialmente aparte otras tres escuelas: de periodismo, de bibliotecarios y de música. De las dos primeras carecemos en nuestro país en absoluto; la última la tenemos, pero no como un organismo universitario. Las tres otorgan los títulos de bachiller en artes en sus respectivas asignaturas.

La Escuela de Periodismo cuenta ya con catorce años de vida y fué una de las primeras establecidas en los Estados Unidos. Da instrucción en todo lo relativo a las diferentes secciones que comprende el manejo de diarios, revistas y magazines, como ser administración, arte de avisar y redacción de editoriales, artículos de fondo y de crónica. Tiene salas que aquí llaman muy técnicamente *laboratorio*, como las oficinas de un diario, con gran número de máquinas de escribir, mapas, libros de consulta, y colecciones de los principales diarios nacionales y extranjeros.

El Departamento de Extensión es una de las secciones más admirables de la universidad. Lleva la acción universitaria a todas las partes del estado donde puede hacer falta obra cultural en cualquier forma y de esta suerte se deja

sentir la influencia de la universidad en cada habitante del país, concurra o no a las aulas.

Comprende los siguientes departamentos, que son otras tantas maneras de enseñar:

- 1.º De estudios por correspondencia;
- 2.º De conferencias;
- 3.º De discusiones y debates públicos; y
- 4.º De informaciones generales y bienestar.

La Extensión invierte al año más o menos doscientos setenta y cinco mil dólares, de los cuales alrededor de setenta y cinco mil son pagados por la gente que recibe instrucción en sus cursos.

* * *

Cada uno de los departamentos que he mencionado cuenta generalmente con su biblioteca especial, algunas de ellas bastante ricas como ser la de la Escuela de Leyes que tiene 27,000 volúmenes. La Biblioteca General, de cuyo hermoso edificio he hablado, comprende un total de 253,000 volúmenes y 52,000 folletos. Anexas a ella se encuentran además la biblioteca de la Sociedad Histórica de Wisconsin con 201,000 volúmenes y 209,000 folletos, y la de la Academia de Ciencias, Artes y Letras con 5,000 volúmenes.

No son pocos libros para una ciudad de treinta y cinco mil habitantes y se ve de cuanta amplitud de recursos en esta materia disponen los profesores y estudiantes.

CAPITULO CUARTO

UNIVERSIDADES DEL ESTE

Las universidades del Este gozan ya del prestigio que da a las instituciones por sí solo el tiempo cuando éste ha sido aprovechado en un crecimiento progresivo. Los muchos años que no van acompañados de un proceso de perfeccionamiento continuo sólo confieren categoría de momia. Los nuevos institutos universitarios del Centro y del Oeste, por más ricos, completos y sobresalientes que sean, no llevan sobre sí aún la aureola de centros de cultura tradicionalmente superiores de que disfrutaban los de las costas atlánticas. Pero, por lo mismo, se suele decir de éstos que son más conservadores y aristocráticos que aquéllos.

Tienen el renombre de ser las tres principales las de Harvard, Yale y Princeton, *The Three Bigs* (1), como me decía un ex-alumno de Yale.

(1) Las tres grandes, poderosas, de más peso.

Pero esta valorización no es enteramente justificada y se nota en ella el peso de una tradición inerte. A Harvard y Yale cabe darles esa preeminencia con justicia, pero Princeton, que es, no obstante la belleza de sus edificios y de sus instalaciones y el encanto de su ambiente, demasiado pequeña, no puede ocupar ese lugar eminente cuando en la misma sección del territorio se encuentran instituciones de primer orden que son colosos en su género, como las de Cornell, Columbia y Pensilvania.

THE THREE BIGS

Harvard.—Ya hemos hablado en el prólogo de los evangélicos y humildes comienzos de Harvard.

Hoy goza de la merecida fama de ser la primera universidad norteamericana. Luego iremos puntualizando sobre todo por qué departamentos es acreedora a esta primacía.

Su centro se alza en el pueblo de Cambridge, que viene a ser nada más que un barrio apartado de Boston, de la cual lo separa el pequeño río Charles. De esta suerte la metrópoli académica, artística e intelectual, pero a la vez grave, sombría y triste, sirve de emporio inmediato y fácil a la universidad: emporio en que los estudiantes no encuentran las tentaciones de Nueva York.

Amplitud de espacios libres, parques, prados y árboles no faltan entre los diferentes pabellones de Harvard; pero no se destacan con esa belleza pintoresca, con ese relieve independiente que forma el ambiente propio y encantador de las universidades situadas en pueblos muy pequeños o casi en el campo como Leland Stanford Junior, Cornell y Princeton.

Harvard posee la mejor biblioteca universitaria de los Estados Unidos y aún la mejor del país si exceptuamos la del Congreso de Wáshington y la pública de Nueva York. Cuenta con más de un millón ochocientos mil volúmenes. ¡Cómo ha fructificado espléndidamente la pequeña semilla arrojada al surco por el modesto clérigo puritano del siglo XVII! Ocupa un vasto y noble edificio rectangular, cuya fachada ostenta elegantes columnas jónicas y una amplia escalinata de mármol: el conjunto evoca recuerdos de templos griegos. Al penetrar en el vestíbulo una lacónica inscripción en plancha de mármol nos hace saber cuál fué el origen de esta hermosa construcción. En el naufragio del *Titanic*, hace de esto poco menos de diez años, pereció el joven Havry Elkins Widener, y su madre, la señora Eleanor Elkins, que también venía en el vapor y se salvó, buscó un lenitivo para su dolor en la erección de un monumento grandioso a la memoria de su hijo. El joven Havry era graduado

de Harvard y muy amante de la lectura. La madre encontró con razón que nada podía corresponder mejor al espíritu de su hijo que levantar en su *alma mater* una magnífica «casa de los libros». Invirtió en esta obra más de dos millones de dólares. Una de las secciones del departamento está destinada a la biblioteca particular del joven Elkins: contiene libros valiosísimos, especialmente raros y curiosos, ediciones de mucho lujo, y ha sido avaluada en un millón de dólares.

Entre los departamentos que afirman la reputación de Harvard figuran sus escuelas de leyes (considerada la primera del país), de medicina (también la primera al lado de la de John Hopkins), de filosofía y de letras. Además mencionaremos las escuelas de ingeniería, de ciencias, de dentística, de bellas artes, de arquitectura, de agricultura, de administración de negocios y de teología.

La escuela de filosofía se halla instalada en un sencillo pabellón de tres pisos, llamado *Emerson Hall*. En el vestíbulo se destaca una hermosa estatua en bronce de Emerson, justo tributo rendido al gran filósofo y conferencista, que era un graduado de Harvard. El segundo piso lo ocupan el departamento de Ética Social y el Museo Social. Contiene éste ricas colecciones de láminas, grabados, diagramas relativos a los movimientos

de bienestar social, progreso industrial y progresos municipales; planos de habitaciones para obreros, datos relativos a salarios y huelgas, estadísticas de seguros de vida, reformas de las prisiones, etc.; en fin, todo lo que de alguna manera sea atinente a los problemas sociales.

En el tercer piso encontramos el Laboratorio de Psicología fundado en 1891 por el célebre William James. Cuenta con una sala de conferencias provista de aparatos para demostraciones, un gabinete fotográfico y quince salitas para investigaciones.

Deseaba escuchar un buen orador de Harvard, —un orador académico se entiende, no un político,—y me recomendaron que asistiera a la clase de literatura inglesa del profesor Kittridge. La daba en el Harvard Hall, que data de 1766 y es uno de los pocos que quedan en pie de los antiguos edificios universitarios. El mobiliario de la sala no podía ser más vetusto. Los escritorios estaban formados por una simple tabla, larga y gruesa, sostenida por toscas patas de madera. La superficie aparecía rugosa, dispareja, rayada, tallada y hendida en todas direcciones a cortapluma: eran verdaderos arabescos, semejantes a los que había encontrado en un liceo de Chile, famoso por su desorganización hace quince años. ¡Y esto en Harvard! El profesor, un anciano que conservaba fresca su juventud espiritual, vestía

un bien cortado traje plomo claro y llevaba pautillas blancas, esponjadas y muy bien cuidadas. Delgado, ágil, manifestaba en todos sus movimientos una apostura atildada, correcta y desenvuelta al mismo tiempo. Parecía que se le traslujera cierta conciencia satisfecha de su renombre. Por la naturaleza de la clase no pude apreciarlo propiamente en cuanto orador, en un discurso. Leía y comentaba la pieza de Shakespeare intitulada «*All is well that ends well*»; pero se veía con cuánto amor, y a veces también con que *humour* iba desenvolviendo y analizando la creación del genial dramaturgo. Los estudiantes, sonrientes, seguían la lectura y tomaban apuntes.

* * *

Una cosa notable son los museos de Harvard. Los posee en un número superior a cualquiera otra universidad y cada uno de ellos supera también a sus congéneres por la riqueza y variedad de sus objetos. Solo el museo de artes y antigüedades de la universidad de Pensilvania podría parangonarse lucidamente con el similar de Harvard. Fuera del de artes, ya indicado, tenemos aquí el museo germánico, el de zoolo- gía comparada, el botánico, el mineralógico, el geológico, el de arqueología y etnología americanas, el semítico y el de medicina.

Este último, como es natural, forma una de las secciones de la escuela de medicina, que se halla instalada en Boston mismo, en un barrio apartado y cuenta con magníficos edificios. Son éstos de una sencillez y grandiosidad indiscutibles: cuatro pabellones de mármol plomizo se alargan dispuestos de a dos por cada lado y dejando en medio una ancha avenida, y un quinto pabellón del mismo material se alza al frente como presidiendo el majestuoso conjunto. Estas construcciones costaron más de cinco millones de dólares, que fueron juntados por suscripción, dando entre otros Pierpont Morgan y Juan Rockefeller alrededor de un millón cada uno.

En el museo es dado contemplar una colección de restos de miembros heridos y mutilados en la gran guerra europea y otras curiosidades relacionadas con ella.

Extraordinario en alto grado es el caso ofrecido por un cráneo que ahí se exhibe de un sujeto que dió pruebas de la más extraña resistencia. Se halla horadado en la parte superior de la frente. En 1848 un campesino recibió un barretazo que le atravesó la cabeza desde la mandíbula hacia arriba. Lejos de morir inmediatamente el individuo se repuso pronto del desmayo que el golpe le causó, recobró la conciencia, fué curado y vivió cuatro o cinco años más. Según me dijo el director del museo, se conservaba el recuerdo

de que el campesino no había sufrido otra alteración en su manera de ser que la de haberse tornado de carácter más irritable.

Harvard ha sabido aliar el prestigio de su antigua tradición con la excelencia de sus progresos modernos y son parte no pequeña de su renombre el haber contado entre sus profesores, con personalidades de fama universal, como Jorge Ticknor, Longfellow y William James.

* * *

Yale.—Por diversas circunstancias vime obligado a pasar rápidamente por New-Haven, asiento de la universidad de Yale, y, en consecuencia, no pude visitar este gran instituto con la detención que hubiera querido.

New-Haven es, dentro de las poblaciones que se gastan los Estados Unidos, una ciudad pequeña. Cuenta sólo con ciento cincuenta mil habitantes. El principal cuerpo de los edificios universitarios se levanta a un lado del *Green*, núcleo primitivo de la comunidad, plaza histórica y vasta que ocupa una extensión como de cuatro manzanas y se halla cubierta de prados y robustos árboles seculares. En esta parte sobre todo tiene New-Haven el aspecto de una aldea simpática, espaciada y grande.

Según la tradición, un día de 1701 media do-

cena de clérigos de Connecticut llegaron con los brazos cargados de libros a la casa de un colega de ellos en Branford, diciendo: «Damos estos libros para la fundación de un colegio en esta colonia». Tales serían los legendarios orígenes de la famosa universidad. Pocos años después se le dió el nombre que lleva, en honor de Elihu Yale, que obsequió en beneficio de ella quinientas sesenta y dos libras esterlinas, doce chelines y algunos libros. Sólo el caso de Harvard es comparable a éste por la magnitud del monumento levantado al nombre de un modesto benefactor.

La universidad está formada principalmente por dos grandes colegios: el de Yale propiamente dicho, que es de artes liberales y el Colegio científico de Sheffield, donde se siguen los cursos de ciencias matemáticas y aplicadas y se prepara en especial para las diversas carreras de ingeniería. Sus instalaciones y gabinetes de ingeniería mecánica y eléctrica figuran entre las mejores de los Estados Unidos.

Tenemos además los siguientes departamentos:

La Sección de Graduados, dirigida por las facultades de los colegios ya nombrados y donde se pueden obtener los grados más altos de Maestro en Artes y de Doctor en Filosofía;

La Escuela de Derecho;

La Escuela de Medicina;

La Escuela de Religión;

La Escuela de Bellas Artes;
La Escuela de Música; y
La Escuela de Selvas y Bosques.

Princeton.—Una sola calle ancha orlada de árboles, de esas calles formadas por casas que se van alineando, estirando a lo largo de un camino y que, al parecer, se han colocado ahí buscando el reflejo de la vida que pasa, obedeciendo a un movimiento de curiosidad e inquietud, al anhelo del trato humano y de mayor seguridad: esto es Princeton, pequeña aldea de seis mil habitantes situada en un ramal del ferrocarril de Nueva York a Filadelfia.

La tarde en que llegué llovía copiosamente y el hotel en que me instalé, el único o el principal del pueblo, era tan destartado y desprovisto de confort, que no me costó nada creermelo por un momento en uno de los pueblos de nuestra frontera araucana.

A la mañana siguiente le pregunté al administrador del hotel dónde estaba la universidad.

—Ahí al frente, me dijo.

En efecto, al otro lado de la calle pude columbrar, tras una reja alta y señorial, algunos de los edificios universitarios. El día se presen-

taba bellísimo, radiante; era el primero en que se lucían las galas de la nueva estación primaveral. Los corpulentos y frondosos árboles del parque, lavados por la lluvia de la noche anterior, ostentaban un verde brillante, luminoso, como si estuvieran cubiertos de un esmalte de esmeraldas.

Esta espléndida decoración vernal daba réalce a lo hermoso y pintoresco de las casas de la universidad, señaladas con razón por estas características como entre las más notables de la Unión. Predomina en ellas el estilo ojival,—gótico escolar, según me dijera un profesor,—han sido hechas en su mayor parte de una piedra plomiza, de superficie toscamente labrada; y diseminados en los parques y escondidos a medias tras la espesa fronda, semejan palacios, castillos y templos medio-evaes.

La biblioteca, que cuenta con unos cuatrocientos mil volúmenes, ocupa un edificio cuadrangular de piedra rosada clara, con gran patio al medio, de manera que hay abundancia de luz. Los seminarios de los diferentes departamentos se hallan instalados a inmediación de la correspondiente sección de la biblioteca, de suerte que el material de lectura se puede usar con la mayor facilidad posible. El salón de lectura, alto, claro, situado en un extremo del edificio, tiene forma octogonal, lo que permite establecer comparti-

mientos independientes y muy cómodos para los lectores.

El gimnasio de Princeton es uno de los más amplios y mejor equipados de todo el país. En lo que podríamos llamar su piso inferior o subterráneo, y tan dilatado como éste, se halla un hermoso estanque enlozado para baños.

La universidad ostenta al aire libre un gran estadio de piedra y cemento. Una extensa arcada forma su contextura exterior; parece un medio anfiteatro o un teatro clásico restaurado y, en la llanura verde, ligeramente ondulada y de dulce horizonte, el conjunto evoca perspectivas de la campiña romana. Tiene capacidad para treinta o cuarenta mil personas, porque a las partidas de *foot-ball* que los estudiantes de Princeton sostienen con Harvard, Yale u otras universidades, acuden espectadores de toda la Unión. Esto ocurre, por lo demás, en todos los torneos que se verifican en los principales centros universitarios.

Continuamos nuestra visita con el profesor que nos servía de cicerone.

Luego, desde alguna distancia, atrajo mis miradas una construcción que se presentaba como una hermosa catedral gótica guarnecida de empinada y elegante torre.

—¿Qué es eso? pregunté.

—La residencia de los graduados, *Graduate*

College, contestó mi guía sonriéndose. Había comprendido mi sorpresa.

¡La residencia de los graduados! Imaginaos una mansión regia del siglo quince o dieciséis, dotada además del confort moderno más completo. Cada estudiante dispone de su cómoda habitación particular y para todos hay salas y comedores elegantísimos, adornados de bellos cuadros y ricos tapices. Mientras discurríamos por los salones en esos momentos desocupados, no me vino la idea de que estudiantes pudieran vivir y moverse en ese medio. Vi en cambio la figura de un conde, algunos barones feudales, un trovador, y princesas soñadoras en el marco de una vidriera ogival.

Una prueba de la poca precisión con que se suelen usar algunos términos entre los norteamericanos es que den a esta casa de estudiantes el nombre de «Colegio» cuando en ella no hay nada propiamente escolar fuera de que ahí vivan jóvenes dedicados al estudio.

—La torre, observó mi acompañante al salir afuera, se llama «Torre de Cleveland» en homenaje a la memoria del ex-presidente de la República Grover Cleveland, que fué miembro directivo de esta universidad durante un buen tiempo.

—Esta es una de las glorias de la universidad, agregué.

—Seguramente, y él fué quien inició a Woodrow Wilson en la política. Era frecuente verlos paseándose juntos bajo los árboles por nuestras tranquilas avenidas.

Vi en el gran salón de la universidad el retrato de cuerpo entero de Wilson, revestido de la toga de presidente de la corporación. Si el renombre de Cleveland puede ser un recuerdo glorioso para Princeton el de Wilson tendrá que serlo mucho más. Su idealismo y su grandeza moral lo han elevado a la categoría de los más altos gobernantes humanos. Puede su administración haber despertado violenta oposición entre buen número de sus connacionales; pero esto, fuera de ser contingencia aneja a las luchas políticas, no amengua la pureza de su espíritu ni quita a su obra el valor de humanidad que la enaltece.

* * *

La universidad fué fundada en 1746 con el nombre de Colegio de Nueva Jersey, y la denominación que ahora lleva data sólo de 1896. Debió su existencia a la iniciativa de algunos clérigos presbiterianos y, como Harvard, al deseo de formar ministros para la iglesia.

Ella es la joya del pueblo y los estudiantes los niños mimados: mimados, pero buenos. Se les

ve en la calle ancha y apacible alegres, altos, sonrosados y sanotes, discurrendo despreocupados, sin sombrero, como si anduvieran por las dependencias de su casa de campo. En la universidad viven bajo ciertos respetos en un régimen de *self-government*. Los *seniors* o estudiantes del último año forman un consejo que coadyuva en buena forma al mantenimiento de la disciplina y fomenta el contacto entre los estudiantes y las facultades. A los estudiantes que rinden examen por escrito se les deja solos en su sala de trabajo. Ellos saben que deben llevar a cabo su labor con toda corrección. Si alguno no procede bien y, por ejemplo, copia cualquier cosa de un compañero en lugar de trabajar por sí mismo, es sometido a juicio ante un tribunal de los propios alumnos que puede llegar hasta condenarlo a la expulsión por atentar al honor de la universidad.

Como he dicho anteriormente, este instituto es pequeño. Carece de escuelas de medicina, derecho, dentística y farmacia. Particular atención se consagra aquí a los estudios clásicos y liberales. Hasta hace poco era la única universidad que confería el grado de *Bachiller en Letras*; pero ha sido recientemente suprimido. Ocupan también un lugar muy importante los estudios de ciencias físicas y químicas y los de ingeniería civil y eléctrica. La universidad dispone de una

de las mejores instalaciones del país en materia de gabinetes y laboratorios de física.

Una característica de las prácticas educativas de Princeton es el llamado «método *preceptorial*». Tiene por objeto sacar al estudiante no graduado de su condición de alumno de escuela secundaria y hacerlo pasar al goce de lo que es propio de la madurez e independencia, poniéndolo en condiciones de que una parte apreciable de sus estudios la lleve a cabo por medio de sus propias lecturas y no sólo pasivamente oyendo conferencias y lecciones. Pero lo importante está en que el joven no queda abandonado a sí mismo para que lea a tontas y a locas lo que se le ocurra. Semana a semana, los estudiantes, divididos en pequeños grupos de cuatro o cinco, deben asistir a una reunión con uno de sus profesores. Éste conversa con ellos, sin ninguna formalidad de clase, sobre las materias de sus estudios, oye sus dudas, les dirige preguntas sobre las lecturas que han hecho, pesa sus diferentes opiniones, los aconseja y les recomienda nuevas lecturas para la semana siguiente. Se establece de esta suerte el más íntimo contacto posible entre maestros y discípulos. No es tal vez un procedimiento económico porque reclama el trabajo de muchos profesores o bastante trabajo de cada profesor; pero no cabe dudar de las excelencias de semejante método.

UNIVERSIDADES DE METRÓPOLIS

Pennsylvania.—Filadelfia, la ciudad de los cuáqueros, es una urbe inmensa, industrial y comercial, de cerca de dos millones de habitantes. Pero no es hermosa: sus calles, derechas y generalmente cortadas en ángulos rectos, son por lo común, fuera de cuatro o seis grandes avenidas centrales, bastante estrechas y muy a menudo sucias. Los altísimos edificios, frecuentemente de color rojo oscuro, se elevan y alargan en una monotonía interminable.

Los negros abundan en la población como en ninguna otra ciudad del norte. Forman más o menos el treinta por ciento de ella. ¡Y cómo se visten! Buscan los colores más chillones para sus trajes: relucen en ellos los relumbrones de las plumas de los papagayos y los matices de la flora mas variada.

Filadelfia posee muchas sociedades de cultura, como la Academia de Bellas Artes, la Academia de Música, la Sociedad Americana de Filosofía, la Sociedad de Historia y la Sociedad de Ciencias Naturales, que mantiene un excelente Jardín Zoológico. La ciudad cuenta con cuatro escuelas de medicina, sin nombrar la de la universidad de Pennsylvania; pero a ninguna la acompaña el

renombre de que gozan las de Harvard y John Hopkins.

La Sociedad de Historia ha formado una magnífica biblioteca y un museo. Entre las curiosidades que en éste llaman la atención cabe mencionar un amoblado del escritorio de Lincoln, de una sencillez espartana, que recuerda los muebles de tosco palo del Rey Sargento que se conservan en el Museo Hohenzollern de Berlín.

En Filadelfia subsiste, por lo menos exteriormente, el austero espíritu de la secta fundadora. Los domingos los teatros se cierran y no hay diversiones ni espectáculos públicos de ninguna especie: ni los biógrafos funcionan.

Como se sabe, la Universidad de Pennsylvania fué fundada a mediados del siglo XVIII por iniciativa de Benjamín Franklin. Hoy ocupa vastos terrenos en un hermoso barrio apartado del oeste de la población. Aquí se levantan, para los distintos departamentos universitarios, más de setenta edificios diseminados entre prados y jardines: predomina en ellos el estilo inglés del tiempo de los Tudores; muchos presentan sus paredes cubiertas de yedra y se ofrecen a la vista como mansiones risueñas y hospitalarias.

Visitando la Escuela de Derecho me llamó la atención la siguiente inscripción escrita con grandes caracteres pintados en una galería:

«Verdad, sencillez e integridad: éstas son las virtudes cardinales de un abogado» (1).

Y, cosa curiosa, a un abogado astuto se le llama en los Estados Unidos *Philadelphia lawyer*.

En la Escuela de Medicina encontramos amplias salas en que se mantienen más de sesenta mil ratones para los experimentos. Se les alimenta y se les cuida muy bien. En el momento en que entramos a uno de los gabinetes, un profesor se ocupaba en lavar unos cuantos de estos animalitos con un líquido desinfectante. Tenía tomado del cuello uno de un color rosillo y le pasaba tranquilamente por la piel un peine que luego sumía en el agua. Fuí presentado a él y,—dejando por un momento el peine, más sin hacer amago de lavarse las manos,—me ofreció la derecha. Sentí cierto recelo, pero no hubo más remedio que estrechársela, sonriéndome de la *sans façon*.

El Museo de la universidad ocupa el más hermoso de los edificios del instituto y es entre todos los museos universitarios el mejor del país. Son notables sus colecciones de antigüedades egipcias, de tabletas babilónicas, de esculturas y vasos griegos y romanos, de restos de Creta y de Micenas y de obras de alfarería sacadas de tumbas etruscas y de Chipre. Todos estos pre-

(1) «Truth, simplicity and candor, these are the cardinal virtues of a lawyer».

ciosos objetos han sido obtenidos por medio de excavaciones hechas en el valle del Nilo, en los sitios que otrora ocuparan Menfis y Denderah, en Nippur en la Mesopotamia y en los demás países indicados por comisiones enviadas por la universidad misma.

Fuera de todas las escuelas profesionales organizadas hasta ahora para atender a las necesidades del desarrollo social, desde la de derecho hasta la de veterinaria; fuera de todos los cursos de cultura liberal, desde los relativos a las lenguas clásicas hasta los que se ocupan de las principales lenguas europeas modernas, en la universidad se dan lecciones de asirio, hebreo, arameo, sirio, árabe, etiópico, iráneo, armenio, filosofía judía, epigrafía semítica y egiptología. Deja este instituto la impresión de algo gigantesco y enorme. Sólo se nota la falta de una escuela de periodismo.

Al despedirme del rector, que aquí llaman preboste, le dije:

—Su universidad es un microcosmos, señor Smith.

Los ojos del señor Smith tienen la mirada clara, amable, risueña y serena, como la he encontrado en pocos hombres: se adivina un espíritu de una amplitud dulce y tranquila.

—Efectivamente, me contestó, éste es un pequeño mundo. Aquí tenemos de todo... menos

teología. Y no hay otra universidad que pueda decir algo semejante en los Estados Unidos: las demás universidades privadas mantienen sin excepción un departamento de teología y las del Estado, que también sin excepción han eliminado esta disciplina, no cuentan con todas las escuelas y cursos con que contamos nosotros.

Columbia.—Hace pocos años un periodista francés decía de la universidad de Columbia: «Tiene no sólo clases, salas de lectura, laboratorios y bibliotecas sino también iglesias, jardines, médicos, oficinas de correos y telégrafos, estaciones, peluquerías, restoranes, habitaciones para vivir, etc., etc.: esto no es una universidad, es una *cité*.»

El periodista francés tenía razón. Sólo que lo expresado por él no es característico únicamente de Columbia. Lo mismo podía haber dicho de todas las grandes universidades norteamericanas. Pero respecto de Columbia hay que agregar que es la mayor de ellas.

Fundada en 1754 por un grupo de neoyorquinos con el nombre de Colegio del Rey (King's College), no fué durante un siglo nada más que un pequeño instituto de enseñanza secundaria con algunas escuelas profesionales anexas. Aún de 1820 a 1856 no pasó de ciento cincuenta el número de sus alumnos. En 1889 contaba sólo con 1,768 estudiantes; pero desde esta fecha ha

crecido con más rapidez que sus otras hermanas del país, llegando hace dos años a albergar en su seno la enorme cantidad de cerca de trece mil estudiantes y un cuerpo docente de un millar de personas.

Sus recursos económicos son asimismo cuantiosos. Su riqueza está avaluada en unos cincuenta y cuatro millones de dólares de los cuales treinta han provenido de donaciones particulares y los demás de tierras cedidas por el Estado de Nueva York y otras corporaciones. Ha habido un benefactor anónimo que durante una década mandó anualmente a la universidad treinta mil dólares que podían ser invertidos con toda libertad.

Pero a Columbia le falta lo que podríamos llamar esa personalidad material que distingue a las universidades erigidas en el campo o en pueblos pequeños. No puede levantarse como se alzan la de California en Berkeley, la de Wisconsin en Madison y la de Cornell en Ythaca, señeras, soberanas y dominantes, desde lo arquitectónico, por la originalidad y belleza de sus construcciones, hasta lo espiritual por el lugar preponderante que ocupan en la conciencia de las poblaciones que las rodean. Columbia en Nueva York es algo grande al lado de muchas otras cosas grandes. Establecida definitivamente en *Morningside Heights* en un lugar que pareciera

un tiempo enteramente apartado de la ciudad, se encuentra hoy, a causa del inmenso crecimiento de ésta, en uno de los barrios más densamente poblados de *Uptown*, estrechada por residencias colosales, y al lado de Broadway, la arteria gigantesca donde deslumbran y atraen al transeunte brillantes tiendas y almacenes de toda especie, teatros, restoranes, biógrafos y cabarets.

A media cuadra de Broadway levanta su cúpula renacentista la hermosa biblioteca de la universidad, obra hecha gracias a una donación del presidente Seth Low en homenaje a la memoria de su padre. Es el corazón alrededor del cual se agrupan los edificios universitarios y pasa con razón por uno de los diez monumentos de más perfecta belleza arquitectónica de los Estados Unidos. Una esplanada amplísima con juegos de agua y cuadros de césped lo separan de la calle; una dilatada y triple escalinata conduce al monumento que se destaca libremente, en una perspectiva adecuada y a conveniente altura, ostentando su clásica fachada de columnas, en forma parecida al Panteón de Agripa de la Roma cesárea. En la parte media de la escalinata se halla la estatua dorada del *Alma Mater*, sentada en su trono, presidiendo el conjunto, con la majestad hierática de una diosa de Fidias.

Los demás edificios no tienen carácter.

A la belleza exterior de la biblioteca corresponde su magnificencia interna. Hermosas columnas de mármol, sostenes de la techumbre, decoran la rotunda que sirve de salón de lectura. Bustos de personalidades célebres se encuentran regularmente distribuídos en el recinto. Artísticas incrustaciones de metal en la piedra se ofrecen como adornos o son inscripciones conmemorativas.

La biblioteca cuenta con quinientos cincuenta mil volúmenes.

A la izquierda de la entrada principal se halla la secretaría de la universidad, en cuyas mesas el público encuentra toda clase de folletos informativos sobre la vida universitaria. En el segundo piso se ha instalado el despacho del presidente, al cual no se puede llegar sino subiendo un ascensor, cuya llave maneja el secretario: hábil disposición que debe permitir, en pleno centro de Nueva York, trabajar con gran tranquilidad y limitar mucho el número de los importunos.

El presidente actual es el señor Nicolás Murray Butler. Hasta este momento los presidentes que había visitado me habían dejado la impresión de hombres sencillos, alegres o estoicos, pero satisfechos con la llama interior de su vida espiritual. El señor Murray Butler me pareció ante todo un *gentleman*, un hombre de mundo. Esto

no quita que haya tenido una activa vida universitaria: fué primeramente presidente del Colegio de Maestros anexo a la universidad, es publicista de mérito en materias sociales, políticas e internacionales y dirige personalmente la *Educational Review*, una de las publicaciones periódicas de la universidad.

Si Columbia carece de lo que he llamado personalidad material, goza, en cambio, de las ventajas que resultan de estar en medio de un gran centro de cultura, del primer centro del Nuevo Mundo. A esta circunstancia debe además su enorme crecimiento. «Si Columbia, dice a este respecto Slosson, continúa progresando como lo ha hecho en los últimos años, probablemente ocupará un lugar entre las universidades del país semejante al que tiene Nueva York entre las ciudades» (1).

Como de Pennsylvania se puede decir también de Columbia que es un microcosmos, agregando además que entre sus cursos tiene teología, y bastante teología, y que cuenta con una escuela de periodismo, creada gracias a un millón de dólares dejados con tal objeto por M. José Pulitzer. Columbia ha sido *pioneer* en la enseñanza del derecho. Los famosos *Comentarios* del canciller Kent no fueron más que un desarrollo de las conferencias dadas por él en la universidad.

(1) Great Americana Universities.

* * *

Su Escuela de Minas, fundada en 1863, fué la primera de los Estados Unidos.

Las facultades de la universidad son las del Colegio de Columbia, de filosofía, derecho, medicina, ciencias puras, ciencias aplicadas y ciencias políticas. Los cursos de periodismo, arquitectura y agricultura se hallan bajo la dirección, no de facultades sino de consejos administrativos.

Columbia ha crecido en gran parte no en virtud de un desenvolvimiento natural y de creaciones de su propia dirección, sino por la anexión e incorporación a ella de diversas instituciones afines, que habían sido fundadas antes independientemente. De esta suerte funcionan ahora dentro del organismo de la universidad varios seminarios de teología, la Escuela de Farmacia, la Clínica Vanderbilt, el Hospital Sloane para Mujeres, la Escuela de Filantropía de Nueva York, el Hospital Presbiteriano y el Colegio de Maestros.

Pasa éste por uno de los institutos pedagógicos más acreditados del país. El decano Russell, que lo dirige, es competentísimo y cuenta con profesores eminentes como Paul Monroe, Edward Thorndike y David Snedden.

En otras facultades pude apreciar a profesores distinguidos como Franklin H. Giddings, del departamento de sociología, William R. Shepherd, del de historia, y Wendell T. Bush, del de filosofía.

* * *

Cornell.---Ninguna de las universidades del Este ha sido levantada en un lugar más pintoresco que la de Cornell. Se encuentra aquí una nueva confirmación del buen gusto, de la devoción con que los norteamericanos han buscado, donde les ha sido posible, la cooperación de las bellezas de la naturaleza en favor de la educación.

Se halla situada en Ithaca, pequeña población de veinte mil habitantes del norte del estado de Nueva York y que dista ocho horas por ferrocarril del gran puerto de este nombre. La región es montuosa, quebrada y abundante en bosques: numerosos y alargados lagos realzan la agreste belleza de la comarca que con razón la llaman de los «lagos dedos», por la forma y orden simétrico en que ellos se presentan. Parecería en efecto que en alguna de las épocas de mayor plasticidad de la corteza terrestre un gigante de la corte de Odín hubiera pasado por el país y, deteniéndose a mirar hacia el polo, inclinado

sobre la tierra, hubiera, al afirmarse con su pesada mano, hundido la blanda arcilla y dejado ahí la huella imperecedera de sus dedos colosales. Lo que debe haber de cierto es que esta región ha sido en eras geológicas teatro de grandes cataclismos, historia atormentada que ha dado a su superficie la nobleza de un escenario de tragedia primitiva y ha quedado escrita en rasgos de belleza grandiosa. Al tender el tiempo sobre las desgarraduras de la tierra su manto de serenidad hecho de corrientes benéficas y de plantas y árboles consoladores, ha dulcificado, humanizado esas bellezas.

Ithaca se alza en el extremo sur de uno de aquellos lagos, el llamado Cayuga. La ciudad comprende una parte baja (Downtown) y otra alta (The Hills), donde ha sido erigida la universidad. Para llegar a ella hay que efectuar una pesada ascensión si no se toma un auto o el tranvía eléctrico. ¡Pero qué sitio tan admirable! Los edificios universitarios se levantan diseminados con desahogo en la vasta extensión de un terreno amplio y de ondulaciones suaves. Los bordes de esta especie de meseta hacia el lado que mira a la ciudad son escarpados, lo cual no quita que pintorescos *chalets* envueltos en nidos de verdura marquen el descenso. Desde lo alto se contempla el pueblo y el lago Cayuga, alargado, tranquilo como la luna de un espejo

que sugiere arrobos nostálgicos, haciendo pensar en goces juveniles y sanos o en horas de ensueño. Más allá se pierde la vista en el valle y en las montañas lejanas.

La meseta universitaria o *campus* se halla entre dos esteros, el Cascadilla y el Fall, que bajan al llano por cauces quebrados, angulosos y hondos, formando bulliciosas cascadas. Sus orillas acantiladas, casi verticales, manchadas de verde por las plantas que en ellas aparecen mirando a las aguas, ofrecen a cada paso rincones de fronda sombría que semejan glorietas sonrientes.

Parques dilatadísimos se extienden entre los edificios: Hay momentos en que, al mirar tanto espacio libre y recordando lo que ocurre en algunos países hispano-americanos, donde las instalaciones escolares se hacen por lo general con tan aplastante sordidez, se le ocurre a uno que con un criterio, también hispano-americano, se podría pensar que aquí se ha perdido el terreno. Pero la verdad es que el pueblo norteamericano, —tan denostado por su exceso de practicismo y por su falta de sentido de la belleza,—dando prueba de adoración de ella en las formas en que nos la brinda la naturaleza, ha dispuesto generosamente de la tierra sin mezquindades, como si hubiera de tener siempre toda la que quisiera y ha sabido dar por lo común a las

construcciones universitarias una hermosura de perspectivas y una amplitud de horizontes que maravillan. Tal ocurre en Cornell, al salir del *hall* en que se encuentran la oficina del presidente y otras de la administración. Algunos de los principales *halls* o pabellones, de tres y cuatro pisos, de sencilla y adecuada elegancia, se levantan alrededor de una plaza de más de dos cuerdas de superficie. A la derecha se alza el elegante campanil de la biblioteca, de piedra gris y coronado con un puntiagudo bonete cuadrangular de tejas rojas. Al frente, en el fondo de la plaza, a la entrada del Goldwin Smith Hall se destaca como único adorno la estatua sentada, venerable, del primer presidente de la universidad, Andrés D. White. El suelo en todo su ámbito se halla cubierto de un verde tapiz de césped blando, que invita al descanso, al abandono, a tenderse en él de espaldas y mirar cara a cara al cielo de luz suave; los senderos de anchas baldosas o de fina tierra amarillenta se dilatan nítidamente en el manto de esmeralda como cintas claras, rectas y curvas que se cruzan; árboles gigantescos y corpulentos orlan los caminos u ofrecen aquí y allá aislados el don de sus troncos sólidos, de su sombra y de sus inmensos follajes tranquilizadores y pensativos; falta el ajetreo material y hay paz y silencio. Todo envuelve al alma en un ambiente de pla-

cidez y serenidad que es como el pórtico, la invitación para una amplia i rica vida espiritual.

* * *

La universidad fué fundada por Ezra Cornell, buen tipo de yanqui, hombre de alientos generosos y de carácter enérgico. En sus retratos se destacan la alta frente, los ojos vivaces, los rasgos angulosos de una fisonomía viril y, bajo unos labios rapados, una barba atrevida, larga como de emperador asirio, flexible como un pendón que el viento ondula. Cornell, recibió muy poca educación. El mismo contaba que lo que le habían enseñado en materias geográficas se reducía a que el estado de Nueva York limitaba por el oeste con regiones desconocidas. Pero en el curso de su vida no dejó jamás de instruirse por sí mismo y llegó a adquirir un vasto caudal de conocimientos útiles.

Talvez en medio de esta lucha contra la ignorancia concibió la idea de crear un plantel de educación con ciertos caracteres que él imaginó y compendió en una sentencia que pasó a ser el lema de la futura universidad. «Deseo, decía, fundar una institución donde toda persona pueda encontrar instrucción en cualquier orden de estudio». No cabe planear de una manera más amplia y menos sujeta a trabas regla-

mentarias las funciones de un emporio del saber. Una circunstancia vino a apresurar la ejecución de sus proyectos. Viendo que el gobierno de Nueva York tardaba en aprovecharse de las ventajas acordadas por la ley Morrill, Cornell ofreció, a fin de que se fundara el establecimiento que se necesitaba, un fundo de doscientos acres y quinientos mil dólares. ¡Hermoso rasgo de desprendimiento y de civismo! Así fué erigida en 1865 la universidad que lleva su nombre. Los cursos se iniciaron sólo en 1868.

* * *

Fuí a ver al presidente de la institución, Mr. Jacob Gould Schurman. Aunque se encuentra en este cargo desde 1892 me pareció un hombre joven aún. Charlamos un buen rato. Con amabilidad, y más, con bondad natural, me dió muchas informaciones sobre el establecimiento.

La universidad comprende los siguientes departamentos:

La Escuela de Graduados.

El Colegio de Artes y Ciencias.

La Escuela de Derecho.

El Colegio de Medicina (cuyo primer año se sigue en Ithaca y los demás en Nueva York).

El Colegio de Veterinaria (del Estado de Nueva York).

El Colegio de Agricultura (del Estado de Nueva York).

El Colegio de Arquitectura.

El Colegio de Ingeniería Civil.

El Colegio Sibley de Ingeniería Mecánica y Artes Mecánicas.

La Escuela Militar (del Estado Federal).

Los Cursos de Verano (University Summer Session).

Como se ve en este cuadro, en la universidad, no obstante ser privada, funcionan una escuela (la Militar) sostenida por el Estado Federal y dos colegios mantenidos por el Estado de Nueva York, en los cuales invierte alrededor de un millón de dólares anuales.

Es más frecuente de lo que se suele creer que en las universidades norteamericanas marche de consuno la satisfacción de las aspiraciones idealistas del espíritu con la de las tendencias prácticas. En Cornell encontramos un nuevo y elocuente ejemplo de este caso. Figuran entre los departamentos más acreditados de la universidad los de ingeniería y química; el colegio de agricultura es justamente famoso; sólo en la difusión de los conocimientos agrícolas por medio de la extensión correspondiente se invierten al año de cuatrocientos a quinientos mil dólares;

y al mismo tiempo la escuela de filosofía es una de las mejores y más activas del país.

Confirmando esta observación me dijo el presidente:

—Toda la historia de nuestra universidad muestra que ella ha considerado siempre la educación general como una de sus funciones fundamentales y directivas; nunca la ha confundido con la preparación profesional o vocacional, a la que ha consagrado a la vez sus más constantes desvelos.

Así ocurre que al estudiante del *College*, o no graduado, lo sujetamos en los dos primeros años a ciertas reglas en la formación de su plan educativo, es decir, el plan no es para él entonces enteramente electivo, con el objeto de mantener durante ese período despierta en su mente la idea de una educación liberal. En los dos últimos años se le permite efectuar cierta moderada concentración y especialización dentro de la materia que él elija.

—Descuidar, agregó, el lado económico de la vida sería locura; pero no reconocer otros valores sería degradar la humanidad. Nosotros tratamos de combinar aquí el realismo de América con el idealismo de Atenas.

Mr. Schurman hizo llamar a Mr. Sturgis, profesor en el departamento de español, y me presentó a él para que me sirviera de cicerone en

mis visitas a las diferentes secciones universitarias.

* * *

Ya he dicho que el Goldwin Smith Hall se levanta en el gran cuadrángulo frente a las oficinas del presidente. Lleva el nombre del generoso donante que facilitó los fondos para su construcción, y, según las palabras de este mismo grabadas en amplia plancha de mármol en el vestíbulo, debe ser «destinado a los estudios liberales, tales como lenguas antiguas y modernas, historia, filosofía y ciencias políticas»: palabras que confirman la importancia que se da a las disciplinas culturales en Cornell.

En el primer piso se encuentra un museo de copias en yeso de esculturas griegas y romanas. Es bastante regular.

Visitamos en seguida el departamento de filosofía, que cuenta con algunos profesores mantenidos por los legados hechos por Henry W. Sage, quien dejó además doscientos mil dólares a favor de la escuela. De esta suerte la enseñanza de la filosofía se halla amparada en Cornell contra las vicisitudes y eventualidades que suelen traer consigo los cambios de los tiempos.

Las paredes de las salas de clases se encuentran adornadas con retratos de los principales

filósofos y en una de ellas, la más amplia de todas, pudimos admirar una estatua en mármol de Aristóteles, sentado y de porte natural. ¡Cómo da carácter, elevación y dignidad la presencia de esta estatua!: el local toma el ambiente de un templo erigido para rendir culto a la antigua Grecia. Me acordé del Pensador de Rodin. Confieso ingenuamente que la obra del gran maestro francés, con su poderosa musculatura y su cuello taurino, me ha dejado siempre la impresión, no de un pensador, sino la de un atleta o de un boxeador que descansa después de reciente refriega. En cambio ante la estatua del sabio helénico pasé algunos momentos de ensueño ofreciendo mi homenaje silencioso al pensador y... al pensamiento.

En el departamento tuve ocasión de conocer al profesor Frank Thilly, decano también del Colegio de Artes y Ciencias.

Hablamos de problemas educacionales y universitarios.

—Los estudiantes, dijo, nos dan a veces bastante que hacer por su falta de interés intelectual. Suelen perder mucho tiempo en sus fiestas sociales y en las atenciones que reclaman de ellos las hermandades o *fraternities* a que pertenecen. No es posible concebir una escuela universitaria sino como un lugar de trabajo intenso y las de Cornell han gozado siempre de la buena

reputación de cumplir con este requisito. ¿Qué hacer para despertar en los que no lo sienten el interés por las cosas de la inteligencia? No conozco otro medio que el trabajo mismo. Unicamente en virtud de nuestra acción podemos aprender algo; pero, lo que es más, al obrar no sólo enriquecemos nuestra mente con nuevos conocimientos sino que sentimos no soñados estímulos para proseguir en nuestra actividad.

—En cuanto a la enseñanza de la filosofía, continuó, en nuestro departamento la hacemos animados de un espíritu histórico y de investigación no sectaria. No queremos precisamente hacer escuela, formar prosélitos, ofrecer una interpretación más del mundo, sino invitar a los estudiantes a que piensen por sí mismos (1).

Thilly ha quedado en mi recuerdo con el relieve de un hombre fino, ilustrado y sereno. A su lado y dentro del encanto de su charla sonriente se sienten la tranquilidad y el estímulo que comunican las almas de bien cuando son a la vez inteligentes.

* * *

La universidad posee también un rico laboratorio de psicología experimental. Se ocupa,

(1) El profesor Thilly es autor de un buen manual de historia de la filosofía.—History of Philosophy.—New York. Henry Holt and Co.

como todos los de su género, en el estudio de las operaciones de los sentidos y en la medición de las reacciones psíquicas elementales. No existe cooperación entre este departamento y el de filosofía y aún me pareció notar que se menospreciaban un poco mutuamente.

Al profesor que nos mostraba las instalaciones le pregunté cuál era en su concepto el mejor libro de psicología publicado últimamente en los Estados Unidos.

—Hay muchos y bastante buenos, fué su respuesta; pero yo prefiero la obra de José Ingenieros.

Mi amor propio de latino-americano se sintió íntimamente halagado con estas palabras.

* * *

La biblioteca universitaria cuenta con 575,000 volúmenes más o menos. Ocupa un edificio de cierto aire campestre y realzado por un elegante campanil. Fué construído con fondos donados por el generoso Henry W. Sage ya mencionado, quien además legó trescientos mil dólares para que con su renta se atendiese al fomento de esta sección.

Se conservan aquí muchos tesoros bibliográficos, libros raros, manuscritos de Wáshington, de Franklin y de Lafayette; panfletos, asignados

y otras hojas del tiempo de la Revolución Francesa, etc., etc. Visitando una vez la biblioteca el archimillonario Andrés Carnegie encontró que esos tesoros no se hallaban bien resguardados en una estantería común y obsequió diez mil dólares a fin de que se hiciera una bóveda especial para ellos. Cualquier banco, si bien pudiera no apetecer la bóveda por lo pequeña, envidiaría la puerta que la cierra, que es una maravilla de mecánica en que se han agotado las precauciones de seguridad.

Ostenta asimismo la biblioteca una colección de obras de arte y de objetos curiosos, legados por el primer presidente de la universidad ya nombrado Andrés D. White y traídos por éste de Europa después de haber desempeñado el cargo de embajador de los Estados Unidos ante el gobierno del Imperio Alemán.

* * *

Hasta hace pocos años, de los cinco mil estudiantes de Cornell mil más o menos vivían en *fraternities* y los restantes se acomodaban principalmente en casas de pensión (1).

El presidente Schurman creyó ver graves inconvenientes en este estado de cosas, llamó sobre

(1) Sobre las *fraternities* véase más adelante el capítulo de «La vida estudiantil».

él la atención y propuso remedios en sus memorias anuales. Las *fraternities* fomentaban cierto espíritu aristocrático; a ellas no podían ingresar sino los jóvenes de familias acaudaladas; y los demás estudiantes se mantenían deprimidos, en malas condiciones. La solución estaba en dotar a Cornell de *dormitories*, como ya existían en otras universidades, casas que el presidente prefería llamar *Residential Halls*. Siguiendo métodos muy americanos se llevó a cabo una clamorosa propaganda para difundir la noticia de la necesidad en que se encontraba Cornell de levantar confortables residencias para sus estudiantes. El efecto, no se hizo esperar. Mr. Jorge F. Baker, de Nueva York, donó las sumas requeridas y se han construído ya varios Baker Halls, de piedra plomiza, de arquitectura sencilla, severa y elegante, y dotados con todas las comodidades a que puede aspirar un joven.

Hay también muy buenos *Residential Halls* para niñas (1). Visité uno y me pareció regio. Fuera de los elementos de confort de que he hablado ya al describir las residencias de las niñas de Leland Stanford Junior noté que ésta de Cornell se distinguía por la mayor magnificencia de los salones. Baste saber que en una de las galerías inmediatas al vestíbulo se desta-

(1) Por pieza y pensión pagan las niñas trescientos cincuenta dólares al año.

caba como adorno una copia del Moisés de Miguel Angel en bronce y de porte natural. En uno de los salones pude contemplar un hermoso busto de Marco Aurelio, también de porte natural y en bronce y con la toga de jaspe.

Me quedé admirando al emperador filósofo. Antes Aristóteles, pensé, y ahora Marco Aurelio; ambos envueltos en nimbo de majestad y belleza: el más sólido espíritu de Grecia y el más noble corazón de Roma sirviendo de dioses tutelares a esta universidad moderna.

* * *

El último día que pasé en la universidad me invitó el profesor Sturgis a tomar el lunch en el Club de la Facultad. No había tenido yo más que felicitarme de la idea del presidente de darme como guía a Mr. Sturgis para mis deambulaciones cornelianas. Mr. Sturgis hablaba con toda corrección el español; y era muy culto y muy atento. Tenía un ojo de vidrio que daba un tono de dulce tristeza a su amabilidad.

Como todos los clubs universitarios, era el de Cornell muy sencillo, casi pobre en sus instalaciones.

—Ya ve usted, me dijo Sturgis, los profesores vivimos en un islote de modestia en medio de la opulencia. Según le expresó el otro día el presidente Schurman, el dinero se ha gastado

en nuestro país a manos llenas en edificios universitarios, en gabinetes, gimnasios, bibliotecas y casas de estudiantes; pero nadie se ha acordado todavía de los profesores; sus sueldos son por lo común bastante bajos y su situación deja mucho que desear (1).

—Y lo peor del caso es,—observó el profesor Creighton, del colegio de filosofía, y ahí presente,—que tal situación amenaza de decadencia a las universidades. Es de temer, si esto no mejora, que los espíritus más preparados y capaces se alejen de las labores universitarias para dedicarse a actividades donde sus esfuerzos sean más bien apreciados y recompensados. Las universidades tendrán que reclutar su personal entre profesionales de segundo orden. Resultado total: decadencia de las universidades y de la ciencia, de la cultura y del país.

El lunch fué sobrio como es de rigor en toda comida de colegio norteamericano. Nos sirvió una estudianta empleada del Club. Circundaba a su persona un halo de modestia y suavidad: suave era el rubio de sus cabellos y el azul de sus ojos; suave el color de su tez, y suave su andar y sus ademanes. Solo se adivinaba la energía interior que necesitaría para luchar por la vida en la forma en que lo hacía.

Al confirmar al fin del lunch que yo no fumaba

(1) En los apéndices se encontrarán detalles de los sueldos.

y que ordinariamente no tomaba bebidas alcohólicas, me dijo Sturgis:

«Al que no fuma ni bebe vino
El diablo lo lleva por otro camino».

Celebré la ocurrencia y me reí de que me tocara oír por primera vez en un lugar remoto de la Nueva Inglaterra y de labios de un profesor norteamericano ese adagio español, que no conocía.

—Según eso, contesté, usted cree que el hombre se halla necesariamente condenado a ser presa de algún encadenamiento sensual.

—Así parece, repuso, por lo menos conforme a la sabiduría popular.

—Tal vez sea cierto en general; pero el estoicismo y otras doctrinas morales realmente practicadas niegan que tal sentencia envuelva un destino fatal para los hombres.

Al día siguiente tomé el tren para regresar a Nueva York por el pintoresco valle de Lehigh. Iba encantado de Cornell (1).

(1) Habría sido justo hablar también en este capítulo de la Universidad de John Hopkin, célebre especialmente por su Escuela de Medicina, de la Universidad Católica de América, situada en los alrededores de Washington y la primera entre las de su confesión en los Estados Unidos, y del colegio de la ciudad de Nueva York, mantenido por la municipalidad de la metrópoli; pero la falta de espacio no me lo permite.

CAPITULO QUINTO

ADMINISTRACIÓN DE LAS UNIVERSIDADES

Las universidades norteamericanas, sean del Estado o sean privadas, poseen ciertos caracteres comunes en su organización.

Todas tienen a su cabeza como autoridad suprema un consejo directivo bastante poderoso, llamado generalmente *Board of Regents* en las primeras y *Board of Trustees* en las segundas.

El número de miembros de estos consejos es muy variable: en algunos llega sólo a siete o nueve y en otros alcanza hasta veinte o cuarenta.

La constitución y renovación de los Consejos de Regentes se halla determinada por las constituciones políticas de los respectivos estados y contienen de ordinario un buen número de miembros de oficio. En California forman parte de los Regentes en esta categoría el Gobernador

del Estado, el Lugarteniente del Gobernador, el Presidente de la Asamblea, el Superintendente de Instrucción Pública, el Presidente del Consejo Oficial de Agricultura, el Presidente del Instituto de Mecánica de San Francisco y el Presidente de la Universidad. Hay además otros dieciséis regentes nombrados por el Gobernador con aprobación del Senado. Se ve que la dirección superior de esta universidad se halla enteramente en manos del gobierno y no tiene nada de democrática.

Algo semejante ocurre en Wisconsin donde todos los regentes son nombrados por el Gobernador, debiendo ser dos mujeres y corresponder uno a cada una de las once circunscripciones electorales del estado. El Presidente de la Universidad y el Superintendente de Instrucción Pública forman parte del Consejo como miembros de oficio.

En Michigán, en cambio, radica en el pueblo la designación de ocho regentes que los renueva eligiendo dos cada dos años.

Los primeros miembros o *trustees* de los consejos de las universidades privadas han sido sin excepción nombrados en los documentos organizadores de cada instituto. Se les ha conferido casi siempre la facultad de llenar las vacantes que se vayan produciendo en su seno, de manera que son cuerpos que se mantienen gene-

rándose a sí mismos. En Harvard el consejo directivo se llama la Corporación, compuesta de siete miembros que son el Presidente y los *Fellows* de la Universidad. Tiene también el poder de renovarse a sí mismo. Una ligera excepción a esta regla ofrece Princeton donde corresponde a la sociedad de ex-alumnos elegir tres de los *trustees*. En Cornell puede la Facultad Universitaria desde 1916 designar tres de sus miembros para que formen parte del consejo directivo o del comité de administración general, gozando de todas las prerrogativas de los miembros de estos cuerpos, pero... sin derecho a voto. No cabe negar que se brinda a los profesores favorecidos con esta distinción una situación algo desairada para catedráticos universitarios.

Los consejos directivos gozan de enormes atribuciones. Tienen el gobierno superior en el manejo de las propiedades universitarias, distribuyen los fondos entre los diferentes departamentos de instrucción e investigación, nombran por regla general todos los funcionarios y profesores, fijan los sueldos y pensiones de retiro, determinan la constitución y poderes de las facultades y otros cuerpos académicos, fijan los deberes del presidente, de los decanos y de otros empleados administrativos, y señalan los períodos anuales de estudio y de vacaciones. Muchas de estas fun-

ciones las desempeñan por medio de comités que ellos designan. Así el consejo de Cornell nombra un comité de administración general, otro de finanzas y otro de edificios y tierras. En Leland Stanford Junior funcionan los siguientes comités permanentes: siete administrativos que son de asuntos estudiantiles, atletismo, ejercicios públicos, controversias literarias, salud pública, delincuencia escolar y entretenimientos públicos; y nueve académicos, a saber, comité ejecutivo del consejo, comité de admisión, de matrícula, de graduación, de exámenes, de estudios superiores, de biblioteca, de publicaciones universitarias y de recomendación de profesores.

En Harvard encontramos sobre la Corporación o consejo directivo ya nombrado una institución bastante original, de raigambre democrática y que ha dado muy buenos resultados. Es el Consejo de Vigilantes o Veedores (*Board of Overseers*) que se compone de treinta miembros, que duran seis años en sus funciones, y son elegidos por los ex-alumnos en número de cinco cada año. El presidente y el tesorero forman de oficio parte de este cuerpo.

Muy pocas cosas puede hacer la Corporación sin el beneplácito de este consejo. Debe contar con su consentimiento para la elección de cada uno de sus miembros, de profesores, de profesores asistentes y de los empleados administra-

tivos. Los *Overseers* dejan sentir igualmente su acción en todas las ramas de las actividades universitarias por medio de comités de visita o inspección que van a los diferentes departamentos y que son, por supuesto, integrados con personas cuya especialidad corresponde a la inspección que deben practicar. Los comités se componen por lo menos de tres miembros; algunos han llegado a constar de once. Ha habido años en que han funcionado cerca de cincuenta de estos comités.

* * *

Sólo en la Universidad Católica de América, encontré que al jefe del establecimiento se le llamara rector como entre nosotros. En Pennsylvania se le denomina preboste, pero en todas las demás partes sin excepción lleva el título de presidente.

«A todo visitante europeo, dice Bryce, le llama la atención la elevadísima posición que ocupa el presidente de una universidad o colegio americano y la autoridad casi monárquica que suele desplegar respecto de los estudiantes y de los profesores. Ni el pro-rector de una universidad alemana, ni el vice-canciller de Oxford o Cambridge, ni el principal de una universidad escocesa, ni el preboste del Trinity College en Dublín,

«i el jefe de ninguno de los colegios de Oxford o Cambridge es un personaje tan importante».

En efecto, el presidente de una universidad norteamericana no es el funcionario designado, como acontece entre nosotros y en Alemania, por un corto espacio de tiempo y en un claustro pleno más o menos democrático de todos los profesores universitarios. El presidente norteamericano es elegido por los consejos directivos y generalmente por toda la vida; tiene que sentirse así representante de estos consejos y no de los profesores.

Le corresponden al presidente las funciones ejecutivas de jefe y conductor de la universidad, debiendo velar por la buena marcha de todos los servicios. Debe presidir las reuniones del consejo universitario, de los colegios, departamentos y facultades. Propone al consejo directivo las personas que considere idóneas para los cargos administrativos superiores de secretario, tesorero, superintendente de edificios y tierras, contralor, oficial de registros, etc. Propone también para que sean nombrados por el consejo al director de los cursos de verano, al director de la extensión universitaria, a los profesores y decanos de las facultades. En algunas universidades el presidente debe consultar al respecto la opinión de las facultades; pero no tiene lugar por parte de éstas una elección propiamente

dicha para llenar los puestos indicados. Una de las funciones capitales del presidente es la formación del presupuesto universitario. A este respecto, N. Murray Butler, presidente de Columbia, ha sintetizado en términos de política inglesa de la manera siguiente las actividades de un jefe de universidad: «Es un primer ministro con dos carteras. Primer ministro en cuanto responsable de todas las medidas administrativas, y consultor, consejero y amigo de cuanta persona tiene una función académica. Lleva la cartera de negocios extranjeros porque tiene que cuidar personalmente de las relaciones exteriores de la universidad con el público que la rodea, con otras universidades y con el país en general. Lleva también la cartera de hacienda, por cuanto si son necesarios más gastos que los que encuadran dentro de los ingresos establecidos tiene que buscar nuevos recursos. Y, pobre ministro, hasta la fecha no ha sido constitucionalmente facultado para cobrar contribuciones por métodos legales».

No es posible desconocer que el gobierno de las universidades norteamericanas es más autocrático que democrático; pero es una autocracia temperada por la suma de poderes que los *trustees* confían a los consejos académicos y a las facultades. Por otra parte, si el presidente es un monarca, lo es del tipo de los del despotismo

ilustrado, o, más bien, de la familia Antonina. Casi todos los que traté me parecieron hombres buenos, que consagraban su existencia entera a la universidad y vivían rodeados del respeto general y con el nimbo que presta una noble actividad espiritual. A muchos de ellos una larga presidencia de veinte años o más, lejos de menoscabarles su prestigio, se lo había acrecentado. Basta con citar a Carlos W. Eliot, de Harvard, y a Van Hise, de Wisconsin.

* * *

En todas las universidades se advierte la existencia de un organismo amplio, representativo del profesorado en conjunto y encargado, bajo la autoridad del consejo directivo, de resolver y proponer medidas en todos los asuntos académicos y aún administrativos de carácter general.

Es un cuerpo que viene a atenuar, como he dicho, el carácter autocrático del gobierno universitario. En su nombre y constitución se observan ligeras diferencias de una universidad a otra.

En California se le llama Senado Académico y se halla formado por todos los profesores e instructores de la universidad. Debe celebrar reuniones a intervalos regulares; le corresponde entender en materias de administración general,

presentar peticiones al Consejo de Regentes y servir de tribunal de apelación para fallar sobre medidas disciplinarias adoptadas por las facultades.

En Leland Stanford Junior se le denomina Consejo Académico y son sus miembros el presidente, todos los profesores, el bibliotecario y el oficial de registros. Es atribución del Consejo recomendar a los *trustees* los candidatos que se deben graduar. Todas las medidas y reglas de carácter general deben iniciarse o pasar por el Consejo.

En Cornell se le designa con el nombre de la Facultad de la Universidad. Son de su jurisdicción los asuntos que conciernen a más de un colegio o facultad y los que se refieren a la disciplina de los estudiantes.

En Columbia y en Harvard se le llama Consejo Universitario. Me ha parecido que en Harvard su composición y funciones son semejantes a las de Cornell.

En Columbia lo integran el presidente, los decanos de las facultades, el preboste de la universidad, el preboste del Colegio Barnard, los directores de los Cursos de Verano, de la Extensión Universitaria, de las Escuelas de Periodismo, Arquitectura y Negocios y dos representantes de cada facultad. Corresponde al Consejo fijar, de acuerdo con las respectivas facultades,

las condiciones que se deben llenar para otorgar los grados de Doctor en Filosofía, Maestro en Artes, Maestro en Ciencias y Maestro en Leyes; y recomendar los candidatos para tales grados. Son atribuciones suyas igualmente establecer las reglas a que debe ajustarse la instrucción en los cursos de verano y en la extensión universitaria, estimular las investigaciones originales y fijar el calendario universitario del año.

* * *

Dentro de lo que se puede llamar la política educativa propiamente dicha, los órganos más importantes son las facultades. Es verdad que, como el Consejo, deben de obrar bajo la autoridad de los *trustees*; pero estos son generalmente hombres de cultura general y de negocios que confían en las facultades y sancionan lo que ellas determinan en asuntos de su particular incumbencia.

Forman por lo común parte de las facultades todos los profesores de sus respectivos departamentos menos los instructores y tutores.

Toca a las facultades determinar los requisitos de admisión, los cursos de estudio, las condiciones dentro de las cuales se deben conferir los grados, fijar las fechas de los exámenes con

excepción de los iniciales y finales, e intervenir en lo concerniente al gobierno de los estudiantes en todo sentido.

En algunas universidades las facultades pueden proponer a los *trustees* el nombramiento de profesores. Ellas eligen su secretario, pero no su decano, quien es nombrado por los *trustees* a propuesta del presidente.

No hay nada de sistemático ni de científico en la clasificación de las facultades de las universidades norteamericanas.

El mismo Carlos W. Eliot, ya mencionado, presidente *emeritus* de Harvard, que es una de las eminencias universitarias de aquel país, señala como facultades fundamentales las cinco siguientes: de artes y ciencias, teología, derecho, medicina y ciencias aplicadas (1). Salvo el agregado de las ciencias aplicadas es exactamente la misma clasificación con que empezaron a funcionar las universidades medioevales hace más de diez siglos.

Así no es raro que en la universidad nombrada encontremos la siguiente distribución de facultades, con las dependencias que se indican:

De Artes y Ciencias (que tiene a su cargo el Colegio de Harvard y la Escuela para graduados de Artes y Ciencias);

(1) University Administration.—P. 81.

De Medicina (Escuela de Medicina y de Dentística);

De Arquitectura (Escuela de Arquitectura y de Arquitectura del Paisaje);

De Agricultura (Escuela del mismo nombre);

De Administración de negocios (Escuela del mismo nombre);

De Leyes (Escuela del mismo nombre); y

De Teología (Escuela del mismo nombre).

A menudo las facultades, por las vastas proporciones que alcanzan, necesitan dividirse en secciones que se llaman departamentos, a la cabeza de cada uno de los cuales se encuentra un *chairman*. Esto ocurre sobre todo en la de artes y ciencias, que suele ser desmesuradamente grande y contar con departamentos tan variados como los de filosofía, psicología, clásicos, lenguas modernas, historia, gobierno, física, geología, arquitectura, bellas artes, etc.

Estas divisiones y subdivisiones y las diferentes cosas que a veces se designan con una misma palabra hacen que la organización interna de las universidades norteamericanas presente frecuentemente cierto aspecto de confusión. Dicho sea desde luego que no creo que esta confusión dañe a su eficiencia y que me imagino que ella ha de ser sobre todo notable para los extranjeros.

Hemos visto que en Cornell, además de las

diversas facultades, se llama Facultad de la Universidad al cuerpo general que en otras instituciones hemos hallado con el nombre de Consejo Universitario y en alguna con el de Senado.

El término «colegio» en su acepción más propia sirve para designar aquellos establecimientos que abren sus puertas a continuación de la escuela secundaria y, después de cuatro años de estudio, conducen al grado de bachiller en artes o en ciencias. De esta clase son muchos institutos independientes denominados con tal nombre como el Colegio Vassar, el Colegio Williams, el Colegio de la Ciudad de Nueva York. En la base de toda universidad se encuentra un colegio de esta naturaleza que ofrece la mayor variedad de cursos para no graduados; así se habla del Colegio de Columbia, de Harvard o de Yale. Pero al mismo tiempo se llama en algunas partes Colegio de Letras y Ciencias a un conglomerado que contiene, tanto para no graduados como para graduados, los más diversos cursos, juntados bajo una denominación común solo talvez porque no ha sido posible colocarlos cómodamente en otros departamentos o en las escuelas profesionales; se llama Colegio de Agricultura o de Minería a escuelas profesionales que ofrecen asimismo cursos para no graduados y graduados. Hemos visto que en Princeton se ha llegado a llamar Colegio de Graduados a un departamento

que no tiene nada de docente en ningún sentido y es sólo una casa residencial para estudiantes de los cursos superiores.

Análoga imprecisión cabe notar en el empleo de la voz «decano». Fuera de los decanos de las facultades se nos da a conocer la existencia de un decano del Colegio de Letras y Ciencias, de otro de la Escuela Dental, de otro de la Escuela de Medicina.

Se ve que se denominan aquí decanos a funcionarios que nosotros llamaríamos directores. Además en universidades donde se halla en ejercicio la coeducación encontramos una decana de las mujeres que vela por todo lo relativo al bienestar y progreso de las alumnas y un decano de los hombres, que cuida de los jóvenes.

El puesto de profesor universitario no es jamás en los Estados Unidos desde el primer momento un empleo vitalicio, como pasa entre nosotros. Al que se inicia en la carrera docente se le nombra primeramente instructor o tutor sólo por un año, a veces por tres; el nombramiento se puede renovar en seguida por otro período. Después entra el catedrático a la categoría de profesor asistente por cinco años. En caso de que su inteligencia, preparación, actividad intelectual y aptitudes docentes satisfagan a la dirección de la universidad llega a ser profesor en la plenitud de sus derechos y permanente-

mente (*full professor*). Es claro que personalidades ya acreditadas en otros institutos pueden ingresar desde el primer día en estas condiciones a una nueva universidad.

El sistema norteamericano posee la indiscutible ventaja de que al aspirante al profesorado se le va sometiendo a pruebas graduadas antes de darle una situación definitiva. Si resulta incompetente se le despide al término de su contrato sin mayor dificultad. Entre tanto en nuestro país cualquier profesor alcanza desde su primer nombramiento una posición virtualmente inamovible. En los más de los casos nadie puede abrigar la seguridad de que haya de ser un buen o un mal catedrático. Se le ha elegido quizás en vista de sus antecedentes intelectuales, de sus títulos académicos o de las recomendaciones e influencias que haya hecho valer. Si resulta un mal profesor no queda más remedio que aguantarlo hasta que a él le dé la real gana de retirarse.

En compensación de todas las pruebas a que se someten no van a disfrutar los profesores norteamericanos de una situación brillante u opulenta. Son de ordinario gentes modestas y sencillas. Los sueldos que perciben son módicos y la jubilación no la alcanzan por regla general antes de los sesenta y cinco o setenta años de edad, después de veinte años de servicios por lo menos, y rara vez con más de los dos tercios

de los últimos emolumentos (1). En verdad no faltan quejas del profesorado y aún de algunos presidentes sobre su suerte. En otra ocasión he recordado como dos profesores de Columbia fulminaban a sus compatriotas como filisteos que sólo sabían apreciar el valor del dólar. Implícitamente decían que ellos no ganaban bastante ni eran apreciados como se merecían. En Cornell un profesor se lamentaba de que su situación no le permitiera ir más seguido a Nueva York; le temía, según sus palabras, al embrutecimiento que trae consigo una larga permanencia en una universidad del campo. Mas, por lo común, el profesor, en virtud de su disciplina, su vocación, su elevada cultura moral y los abundantes elementos de trabajo intelectual que se le ofrecen a su alrededor, encuentra suficiente satisfacción en llenar su vida con sus labores docentes o de investigación.

(1) Véase el apéndice correspondiente sobre sueldos.

CAPITULO VI

ORGANIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS.—SISTEMAS Y MÉTODOS

Frecuentes dudas se manifiestan sobre el valor de las universidades norteamericanas. Se teme al abuso de la libertad de enseñar de que disfrutaban en su país. No habría ninguna seriedad en sus estudios; no se podría confiar en los títulos que otorgan; serían establecimientos de explotación mercantil, fábricas de charlatanes. Es cierto que al amparo de la falta de control pululan en las grandes ciudades los doctores que no son otra cosa que charlatanes graduados quién sabe en qué colegios y universidades. En Nueva York le tocó a un amigo mío caer en manos de uno de ellos, a causa de equivocada dirección que le dieran. Yo le acompañaba. Tenía su oficina en un barrio central, en una buena calle, y en lugar visible la consabida plancha

con el título de «doctor» sin más especificación. Era un farsante; el tipo acabado del sabio de almanaque o cinematógrafo. De edad avanzada, completamente rapado, y con una inmensa melena blanca, algo leonina. Se notaban en ella destellos verdosos, como restos de pasadas teñiduras; pero no acusaba este rasgo más que un exceso de audacia, porque era postiza. Examinó a mi amigo, le tomó el pulso, lo palpó en diferentes partes, le dijo que encontraba su caso muy interesante, que lo iba a estudiar y que volviera. Por cortesía le preguntamos si le debíamos algo.—Sí, contestó, diez dólares. Estupefactos y sobrecogidos no tuvimos ánimo para resistir, pagamos y nos marchamos. Luego nos conformamos hasta cierto punto, pensando que bien podía habernos costado más caro el chasco.

Debo agregar que poco después encontró mi amigo, no lejos de ese mismo sitio, un buen facultativo que, sin pedirle nada anticipado, le indicó el tratamiento que necesitaba.

«De los quinientos y tantos institutos superiores de los Estados Unidos, dice James Bryce, muy pocos corresponden al concepto moderno de una universidad, no más de quince, talvez doce». Y hablando de cómo se constituyen algunas facultades agrega: «Recuerdo haber encontrado en el Far West a un presidente de colegio,—lo llamaré M. Johnson,—quien me dió

largos detalles sobre su joven universidad, establecida bajo el patrocinio de los poderes públicos y con una pequeña subvención acordada por la legislatura. Era un hombre activo, vivaz, y al explayar sus planes, se refería frecuentemente a la facultad, diciendo que contemplaba hacer esto o aquello. Al fin le pregunté de cuántos profesores consistía a la fecha la facultad. Bien, me respondió, precisamente ahora la facultad no cuenta con el número de miembros que deben formar su dotación.—¿Pero cuántos son? —Por el momento solo la componemos la señora Johnson y yo» (1).

Mi falta de tiempo no me permitía detenerme a husmear muchas de estas cosas. Consideré más acertado renunciar a rastrear defectos y concretarme a conocer universidades y colegios que figuran entre los mejores. Los que vi me parecieron serios, dignos de confianza, admirables.

Por otra parte, existe un dato objetivo para distinguir sin temor de equivocarse, las universidades de primera categoría de todas las demás. Aquellas han constituido la llamada «Asociación de las Universidades Americanas» y el hecho de formar parte de este conjunto es garantía suficiente de seriedad y eficiencia. Hasta hace dos años se hallaban incorporadas en la

(1) The American Commonwealth. Tomo II, P. 719.

asociación las universidades de California, Católica de América (Washington), Chicago, Clark, Columbia, Cornell, Harvard, John Hopkins, Leland Stanford Junior, Michigan, Pennsylvania, Princeton, Wisconsin y Yale. Alterando ligeramente un conocido decir, se puede expresar que si son todas las que están, talvez no están todas las que son. Creo que las mismas universidades asociadas reconocen este hecho. Según mis referencias, tendrían justos títulos para figurar en la lista anterior las universidades de Seattle, Illinois, Virginia, Brown y Jorge Washington. Cabría agregar también el Instituto de Tecnología de Boston, y algunos establecimientos conocidos con el nombre de universidades municipales, como son las de Cincinnati, Akron, Toledo y el Colegio de la Ciudad de Nueva York.

* * *

Para ser matriculado en una universidad se necesita o rendir un examen de admisión o presentar un certificado satisfactorio de la escuela donde se han terminado los estudios secundarios. El requisito del examen prevalece casi sin excepción en las universidades del Este, como Harvard, Yale, Columbia y Princeton. En las universidades del Oeste y del Medio Oeste, donde predominan las del Estado, no se exige por

regla general más que un certificado de promoción de una escuela bien acreditada. Parece que en Leland Stanford Junior se sigue el mismo procedimiento y en Wisconsin se practican los dos.

A causa de la variedad de planes que se siguen en las diferentes escuelas secundarias, y en virtud también de la diversidad de cursos que los alumnos pueden seguir por su propia elección, no se ha encontrado otra manera de apreciar el trabajo efectivo realizado por un estudiante de segunda enseñanza, que midiéndolo por medio de las llamadas *unidades*. Una unidad representa el curso de cualquier materia que constituya aproximadamente la cuarta parte de los estudios totales del año escolar. De esta suerte el curso completo de una escuela secundaria comprende dieciséis unidades. Los principales colegios, que se satisfacen con un certificado, exigen que se hayan completado por lo menos catorce unidades.

En algunas universidades, es de rigor el examen médico previo, cuyos resultados se conservan en el *record* del estudiante, para lo que pueda convenir más tarde.

No en todas partes se ofrecen las mismas franquicias a las mujeres. En el Oeste, donde han soplado con mayor vehemencia los vientos de las reformas más liberales y avanzadas, se ha

implantado la coeducación de la manera más completa. Así hemos visto que ocurre en la universidad de California, donde las niñas son admitidas en las mismas condiciones que los hombres, y gozan en sus relaciones con sus amigos estudiantes de una amplia libertad. Algo semejante acontece en Wisconsin y Chicago, pero talvez con más supervigilancia de parte de las autoridades universitarias. Las universidades del Este, tradicionalistas y conservadoras a este respecto, se han mostrado por lo común refractarias a la coeducación. En Princeton no entran mujeres y me parece que otro tanto pasa en Yale. En Harvard y Columbia se ha dado al problema una solución que podríamos llamar lateral. Se han abierto al lado de la universidad y en conexión con ella colegios especiales para niñas, donde ellas pueden seguir los cursos necesarios para graduarse de bachilleras: tales son el Colegio Radcliffe en Harvard y el Barnard en Columbia. En este último todas las clases son desempeñadas por profesores de la propia universidad. Columbia abre en seguida sus escuelas profesionales a las niñas, menos las de leyes, química, ingeniería y minas.

Confieso que no comulgo con estas prohibiciones y restricciones puestas a la educación de la mujer. Encuentro en ellas no sé que de injustificado y gazmoño y prefiero la coeducación,

las libres prácticas de Wisconsin y California. No quiere decir esto que el régimen coeducativo signifique algo absolutamente exento de peligros; pero así y todo la experiencia ha probado hasta ahora que, donde se le ha mantenido, las ventajas han superado a los peligros y que su condenación es solo obra de preocupaciones.

* * *

Una de las instituciones más característica hoy día de la universidad norte-americana es el sistema electivo. Como su nombre ya lo da a entender, consiste en entregar al estudiante mismo la facultad de elegir los ramos de estudio a que prefiera dedicarse. Esbozado este sistema por Jefferson en la Universidad de Virginia a principios de la pasada centuria, ha venido a implantarse en verdad hace unos cuarenta años. El movimiento partió de Harvard, donde tuvo como decidido campeón al presidente Eliot, que merece por este motivo los honores de un reformador. En lo esencial, es todo lo contrario del sistema de planes fijos a que sometemos a nuestros jóvenes desde el grado elemental hasta el superior de la enseñanza.

No faltaron en un principio, como era natural, impugnaciones, manifestación de inquietudes y controversias. «No se puede negar, me de-

cia el profesor Carlos Judd, de la Universidad de Chicago, que en el sistema electivo hay algo de caótico, pero esto no quiere decir que debamos volver al plan único, que dominaba en las escuelas secundarias hace veinticinco años, porque esto sería muchísimo peor». «Que buen número de estudiantes abusan del sistema electivo es obvio, dice Slosson, pero el otro sistema abusa de los estudiantes y esto es más grave».

De Harvard el sistema se extendió a los principales colegios y universidades de la Unión, y aún, como acabamos de verlo, a los establecimientos de segunda enseñanza. Sus ventajas sobre el plan fijo han parecido decisivas y a los inconvenientes que se han presentado, se les encara más bien como problemas administrativos que se pueden ir resolviendo poco a poco. La libertad de elección no significa que se deje al alumno escoger caprichosamente lo que ha de estudiar, ni que tome con facilidad la línea del menor esfuerzo. Antes de decidirse el joven, debe consultar a algún decano o profesor para que lo guíe; en muchas universidades hay consejeros especialmente señalados con tal objeto. Por otra parte, el estudiante debe realizar un *mínimum* de trabajo que se le mide por medio de los *créditos* que se le abonan. Un crédito es una hora semanal de clase o *lecture* durante un semestre. Para graduarse de bachiller se exigen

quince créditos en cada semestre, o sea ciento veinte en los cuatro años del colegio. A los estudiantes más capaces y fuertes se les permite abarcar hasta dieciocho créditos por año, lo que hace posible que se gradúen en tres años y medio en lugar de cuatro. Se presume que las quince horas semanales de clases requieren un trabajo doble de preparación y asimilación de parte del estudiante, o sea que, por término medio, se somete a éste a una labor de cuarenta y cinco horas semanales.

No cabe elección en aquellas disciplinas que se refieren a la educación democrática, cívica y moral, las que, por otra parte, se hallan bastante aseguradas y reforzadas por el ambiente y todas las prácticas de los colegios. La posibilidad de elegir encuentra su mayor amplitud en el primer año de la universidad. El joven acaba de ingresar en calidad de *freshman*, no se conoce quizás bastante a sí mismo, ignora sus aptitudes, no sabe qué carrera va a seguir; tantea; pero luego va saliendo de la nebulosa espiritual que lo envolvía al empezar; sus inclinaciones se le presentan con mayor claridad; toma caminos definidos; el ámbito de las elecciones por hacer se estrecha año a año, hasta que llega a su *mínimum* cuando el joven se incorpora a la escuela profesional que va a dar todos los toques cien-

tíficos y técnicos necesarios a su vocación definitiva.

Poner en manos de los estudiantes, dentro de las condiciones apuntadas, la elección del trabajo que deben tomar, es hacer un llamado a sus gustos e inclinaciones, a su iniciativa, a las fuerzas de su personalidad entera. La labor que desarrollan así es mucho más fecunda que la que puede resultar de obrai bajo un plan fijo impuesto desde afuera. En este caso no se toman en cuenta las diversas aptitudes individuales, y se establece una especie de comunismo intelectual, contrario al nacimiento y floración de ideas nuevas. Los jóvenes que reciben el poder de decidir sobre sus destinos, ejercitan y desarrollan el sentimiento de responsabilidad. Por todas las circunstancias anotadas el sistema electivo tiene que producir personalidades más eficientes que el plan fijo.

Si no cabe dudar de las ventajas indicadas tratándose de jóvenes normales, inteligentes o aventajados, ellas han quedado también de manifiesto en la aplicación del sistema a los débiles, perezosos y atrasados. Agreguemos que el sistema electivo ofrece las únicas maneras posibles de sacar de estos últimos algún provecho y de evitar muchos fracasos que dentro del plan fijo serían inevitables. Es más hacedero mover a un espíritu pobre y negado a la actividad ofre-

ciéndole un variado horizonte que señalándole una sola senda, que se le antoja talvez pesada y árida. Puede que dentro de la diversidad de objetos a elegir alguno despierte una tecla interior que ha permanecido hasta ese momento relajada y dormida.

Con el sistema electivo se reúnen en las mismas clases espíritus homogéneos, animados de gustos y propósitos intelectuales análogos. De ahí resultan asociaciones culturales para fines de investigación especial o fomento del estudio de alguna rama determinada de la ciencia, asociaciones que son hogares indispensables para el progreso y avance de las ideas. Se forman también, al calor de esa homogeneidad, amistades y lazos de compañerismo espiritual que suelen ser en la vida posterior uno de sus mayores encantos, resorte de fuerza moral y principio de una actividad fecunda.

Para los profesores y la universidad misma, trae consigo el sistema electivo talvez más beneficios que para los estudiantes. ¡Cuánta diferencia hay entre hacer clase a un corto número de jóvenes, agrupados alrededor del profesor por su libre decisión, y hacerla a una cincuenta o más de espíritus dispersos, reunidos ahí solo porque no pueden sustraerse a requisitos reglamentarios! En este caso el profesor difícilmente pasa de ser un repetidor rutinario. Y pen-

sar que entre nosotros los profesores trabajan no sólo sometidos a las trabas de un plan fijo, sino que muchas veces también a las prescripciones de programas minuciosos: esto no es ser profesor universitario, es ser casi maestro de escuela.

El sistema electivo, al contrario, tiende a hacer del profesor un *scholar*, un investigador, con lo que gana la universidad en eficiencia docente y en capacidad científica.

Es característico asimismo de muchas universidades norte-americanas, que no estén nunca totalmente cerradas. No hay largas vacaciones simultáneas para todo el personal, vacaciones en que clases, oficinas, galerías y laboratorios acumulen el polvo de dos meses de descanso. A evitar esto conducen el «sistema de los cuatro trimestres» y los «cursos de verano» (Summer Session).

En las universidades que han implantado el sistema de los trimestres, como Leland Stanford Junior y Wisconsin, por ejemplo, el año escolar se halla dividido en cuatro períodos que llevan los nombres de las estaciones. Entre uno y otro se dan vacaciones de una semana, de diez días o hasta de cuatro semanas después del trimes-

tre de verano. Un profesor debe hacer clases durante tres trimestres, que son determinados por el departamento respectivo; pero también se le permite economizar vacaciones; puede trabajar los cuatro trimestres consecutivos y quedar libre en seguida por un semestre o más, según las vacaciones que haya acumulado.

El sistema de los trimestres aumenta las oportunidades que se ofrecen a los estudiantes para graduarse.

Los cursos de verano traen gente nueva a la universidad, gente que no se halla en situación de concurrir a los cursos regulares. A los que se dan en Columbia acuden alrededor de cinco mil personas; los profesores que hacen clases en este período son unos doscientos cincuenta y funcionan más de cuatrocientos cursos. La instrucción dura seis semanas.

En casi todas las universidades los estudiantes pueden, siguiendo cursos de verano, avanzar en sus estudios y graduarse de bachilleres en menos de cuatro años.

* * *

El objetivo de los métodos universitarios debe ser que los estudiantes piensen y hagan por sí mismos lo que le corresponda hacer, y que no

se contenten con conocer y repetir los pensamientos y hechos de los demás.

De aquí que en las universidades norteamericanas los métodos sean ante todo prácticos y activos. Hasta hace cincuenta años o poco menos, predominaban como maneras de enseñar las recitaciones y las conferencias. En la misma Escuela de Medicina de Harvard no había laboratorios para los estudiantes; y durante cuatro meses en el año se les daban sobre diferentes tópicos cinco conferencias consecutivas a la semana. Lo que los salvaba de un fracaso inevitable eran los trabajos y observaciones que hacían en los hospitales y dispensarios, y el uso de algunos manuales y diccionarios de medicina y cirugía.

Las recitaciones se han seguido practicando únicamente en algunos casos de la enseñanza de idiomas.

Se ha visto ya con toda claridad que las simples conferencias, sin otros procedimientos que coadyuven al lado de ellas, significan un método muy incompleto: dejan al estudiante en una condición pasiva, sujeto sólo a esfuerzos espasmódicos de la memoria antes de cada período de exámenes. Para obviar estos inconvenientes, se señalan a los estudiantes lecturas que deben hacer privadamente y se les somete cada dos meses, más o menos, a exámenes escritos. En la to-

ma de estos exámenes desempeñan un papel muy importante los instructores y asistentes, o sea los profesores subalternos que trabajan bajo las órdenes del profesor principal. Generalmente son ellos los que, siguiendo las instrucciones del jefe, organizan los exámenes. Esto ocurre sobre todo en los cursos numerosos, que pueden contar con centenares de alumnos, cuyas pruebas tienen que rendirse necesariamente bajo la dirección de un proporcionado número de ayudantes.

Los métodos activos son principalmente experimentales, ya se les practique en laboratorios o en otros campos adecuados. El trabajo individual de los alumnos en los laboratorios se introdujo primeramente en el estudio de la química y de la física, luego en el de las ciencias naturales y en el de algunas ramas de la medicina, y por último se ha extendido a todas las disciplinas con cuya naturaleza es compatible. En el Colegio de la Ciudad de Nueva York encontré a los estudiantes de biología haciendo la disección de pescaditos en sus mesas. En el Instituto de Tecnología de Boston los estudiantes de esta asignatura practican la anatomía de gatos, que matan previamente en cámaras eléctricas. En este mismo instituto cada estudiante dispone de tres microscopios para sus observaciones. En la universidad de Wisconsin hay un amplio departamento, en el que se mantienen perfectamente

cuidados ochocientos ratones por término medio, para hacer experimentos, y en la escuela de medicina de la universidad de Pennsylvania el número de esos animalitos mantenidos con idéntico fin asciende alrededor de sesenta mil. En el fundo de Davis de la universidad de California, se lleva un *record* de cada animal en que se anota el alimento que se le da, su crecimiento y lo que produce. Ahí también se hacen experimentos sobre la influencia de diferentes microbios en la calidad del suelo. En la misma universidad se ha cavado en el suelo una mina artificial, anexa a la escuela de minería, donde los estudiantes pueden ver prácticamente cosas de la profesión antes de visitar minas de verdad. Cabe recordar como un triunfo de los métodos experimentales norteamericanos, que en los laboratorios de química de la universidad de Chicago han sido analizadas las drogas sintéticas y materias tintóreas alemanas y fabricadas de nuevo.

La cooperación de los ayudantes para los alumnos que se inician en los trabajos de laboratorio es indispensable. Ellos deben enseñarles el manejo de los instrumentos y útiles, el uso de los manuales que se recomiendan, la manera de tomar notas etc.; pero se considera necesario que en lo posible el estudiante no se limite a ser un repetidor sistemático de experimentaciones ya hechas, sino que, después de recorrida la ini-

ciación indispensable, tome vías propias y que con su atención, su imaginación y su voluntad enteras se consagre a un trabajo en que ponga el sello de su personalidad.

* * *

En el estudio del derecho encontramos la aplicación de un método muy práctico, que casi podríamos llamar genuinamente norteamericano. Consiste en el empleo de procedimientos casuísticos en el buen sentido del vocablo: por esto se le denomina método de los casos.

Pero digamos primero dos palabras sobre algunos rasgos generales de la enseñanza jurídica estado-unidense y del medio en que se desarrolla.

Los estudios legales duran en las universidades norteamericanas tres años, con la sola excepción de la universidad Northwestern, de Chicago, donde se hacen en cuatro, y probablemente también con la de Harvard, que debe haber elevado no ha mucho sus cursos a este superior desarrollo. Mas estos tres o cuatro años vienen después de los cuatro años del *college*, son exclusivamente consagrados a ramos jurídicos y legales, y no figuran en los planes de

estudio asignaturas de economía política y ciencias sociales, como ocurre entre nosotros. Estas tienen su sitio en otros departamentos.

Que las universidades hayan prestado tanta atención al cultivo de las ciencias jurídicas, aunque sea dándoles una orientación sobre todo práctica, es testimonio de un claro concepto de su misión social y de alto amor a la cultura, porque los grados de las facultades de derecho no conceden ningún privilegio para el ejercicio de la profesión de abogado. Se considera un corolario de la democracia que cada ciudadano pueda ejercer de abogado con la mayor libertad posible. Así, para ingresar al foro no existe el requisito de estudios previos determinados y basta un examen ante una corte o ante un comité designado por el poder judicial. En cuanto a conocimientos generales, suelen exigirse los de la high-school o escuela secundaria. El candidato se prepara para el examen de la manera que más le place o le acomoda: o practicando en el estudio de un abogado (attorney, lawyer) o asistiendo a escuelas de leyes privadas, diurnas y nocturnas, que abundan en los grandes centros. Se comprende que estas escuelas se hallan organizadas sobre una base mercantil y dentro de una noción de la profesión de abogado que la mira ante todo como una vocación comercial y de hombres de negocios.

En el estado de Indiana se ha dado la nota alta en cuanto a facilidades: para ser abogado no se necesita más que probar buen carácter moral. Algo semejante ha ocurrido en Wisconsin.

En los primeros tiempos la enseñanza se hizo en las escuelas de leyes únicamente por medio de conferencias de los profesores y del estudio de libros de textos, procedimientos condenados como hemos visto, por demasiado pasivos y que someten a los estudiantes a un aprendizaje más o menos dogmático, ya que los profesores y los textos comunican todas las ideas, conocimientos y principios completamente hechos.

A modificar este orden de cosas, a revolucionarlo, vino el método ideado e implantado en Harvard en 1871, por el profesor Cristóbal Langdell. La colocación de este último como catedrático de Harvard fué una feliz iniciativa del ilustre presidente Eliot, ya nombrado, quien había conocido a Langdell de estudiante de leyes en la misma Harvard y había podido admirar su carácter y su contracción al estudio. Eliot era estudiante de ciencias físicas. Entonces o más tarde le oyó a Langdell sostener que las leyes debían estudiarse siguiendo métodos inductivos, semejantes a los que se practican en las ciencias del mundo material. A Eliot, como hombre de ciencia, lo entusiasmó esta idea, y

una vez elegido presidente de Harvard, sacó a Langdell de su bufete de oscuro y desconocido abogado de Nueva York para llevarlo a la universidad.

Según el método de Langdell la clase no se hace por medio de un largo discurso del profesor sino que se estudian los casos jurídicos tal como se hallan consignados en los *reports* judiciales, tanto en su exposición como en las decisiones que hayan recaído sobre ellos. En razón de que los reports contienen una balumba de millares de casos ha sido menester formar libros diestramente seleccionados de esta materia. El mismo Langdell dió el ejemplo componiendo una obra modelo sobre casos de contratos. No se trata de que el estudiante vaya en seguida a aprender de memoria estos fárragos, no; procediendo de esta suerte no se habría avanzado mucho. El alumno debe estudiar, preparar privadamente los casos que luego van a ser materia de discusión en la clase. En ésta, cualquiera de los estudiantes expone el análisis que ha hecho, el profesor corrige lo que cree necesario y por medio de preguntas adecuadas, o sea, de un procedimiento socrático, adelanta la investigación hasta que los estudiantes desentrañen los principios y doctrinas que fluyen de los casos, los contemplan a la luz de su desenvolvimiento histórico y los vean en la simen-

tría de una clasificación sistemática. Lo esencial es que el alumno lleve a cabo por si mismo un trabajo individual y personal, que no reciba nada hecho del profesor. Se aspira no a que el joven adquiriera un gran caudal de conocimientos sino a que se ejercite en el arte de razonar jurídicamente, a que practique desde las aulas lo que tendrá que hacer después en el foro como abogado. Sin perjuicio de que en virtud de la excelencia inherente al método de trabajar por si mismo lo que aprenda de esta suerte lo conservará mucho mejor que si lo hubiera aprendido en un libro de texto.

El método de Langdell es científico e inductivo, y sus sostenedores lo han comparado con cierta razón al que se emplea en las ciencias físicas. Corroborando esta manera de sentir ha podido el eminente profesor Roscoe Pound hacer la siguiente observación en una conferencia inaugural de curso en 1903: «Así como los profesores de ciencia, dice, tardaron mucho en poner el microscopio y el escalpelo en manos de los estudiantes y en permitirles estudiar la naturaleza en lugar de libros, así nosotros nos hemos mostrado temerosos de poner en sus manos los *reports* y de permitirles estudiar en ellos la ley viva».

Dentro de esta doctrina el derecho no se basa en principios absolutos e inmutables, metafísicos

o racionalistas. La ciencia del derecho descansa en las decisiones de los tribunales. La ley es concebida en un estado de fluidez, de modificabilidad continua. Constituye la expresión del orden social, pero sujeta siempre a las transformaciones que la hagan sufrir las resoluciones judiciales.

Este modo de concebir el derecho merece sin duda el dictado de empirismo radical y entraña hasta cierto punto una realización, por lo menos en teoría, de aquella renovación constante de todos los valores que formulan como una gran aspiración los espíritus más avanzados del mundo latino.

Como toda innovación, el método de Langdell tuvo que luchar en un principio con varias resistencias; pero ya en los últimos años del siglo pasado sus ventajas fueron universalmente reconocidas y se le adoptó en las principales escuelas y universidades.

Presenta sin duda dificultades la aplicación del método socrático en las clases que suelen ser muy numerosas, y pasan con frecuencia de ciento, ciento veinte o ciento cincuenta alumnos. En estas circunstancias no se realiza fácilmente el fin que se ha perseguido de buscar la colaboración de todos en las disquisiciones que se hacen.

Por otra parte, el examen directo de los casos

de buenas a primeras toma muy de sorpresa a los estudiantes del primer año y los mantiene durante algunos meses desorientados, inseguros, sin saber qué hacer. Por esta razón algunos profesores han preconizado la conveniencia de establecer cursos preliminares por medio de conferencias que servirían de introducción al análisis de los casos y al estudio general del derecho.

Esta y otras reformas semejantes vendrían además a dar a los cursos de derecho una complejión más sistemática y orgánica de la que tienen ahora. Como se puede ver en los apéndices relativos a Harvard y Cornell, hoy se presentan los ramos desarticulados, disgregados, sin ninguna jerarquía lógica entre ellos, sin más trabazón que la que resulta de referirse todos a leyes del país.

Encontramos una de las razones del éxito del método de los casos en la naturaleza misma del derecho anglo-americano. Estados Unidos, como Inglaterra, no es un país regido por códigos sino por la *commou-law*. Esta expresión, fácil de traducir literalmente, no admite sin embargo una versión acertada ni se presta a definiciones claras y precisas. Comprende un conjunto de normas no escritas en el sentido de que no han sido dictadas por ninguna potestad legislativa, normas que se presume vienen sujetando a sus pres-

cripciones desde tiempo inmemorial a los pueblos de raza anglo-sajona y cuyo origen se confunde con el de estos mismos pueblos, normas en fin que, para atender a la solución de cuestiones litigiosas, han llegado a ser fijadas por las decisiones de los jueces en los siglos XVIII y XIX. Pero, como hemos dicho, se hallan sujetas a modificaciones por obra de los mismos magistrados. De aquí la importancia del estudio de los casos y lo acertado del método correspondiente.

El método norteamericano de enseñanza jurídica es pues de franca filiación anglo-sajona. Pero al respecto hay que acusar un señalado progreso de los Estados Unidos sobre Inglaterra. Las universidades inglesas, impedidas o coartadas por corporaciones que gozan de ciertos privilegios en la formación de abogados, no han gastado empeño en dar a los estudios de derecho un carácter científico. En cambio en las norte-americanas se nota, al lado del afán práctico ya mencionado, cierta aspiración a infundir en las disciplinas legales una orientación científica, en un sentido sistemático que no han tenido hasta ahora. Profesores como Roscoe Pound y Juan Wigmore, de la universidad de Northwestern, gozan de la reputación de eminentes maestros de ciencia jurídica. El decano de la facultad de leyes de Wisconsin pide en un in-

forme reciente que en el curso de derecho se dé más importancia al estudio del derecho romano y que se enseñe a los alumnos historia del derecho, economía política y política a fin de que salgan de las aulas con un criterio amplio para interpretar la ley.

Tomando nota de esta actitud de los juristas docentes, el profesor Redlich, de la universidad de Viena, que fué poco antes de la gran guerra a estudiar el método de los casos en el terreno, se lanza en lucubraciones sobre el porvenir. El derecho romano, dice más o menos, fué también en un tiempo *common-law*. No fueron los jurisconsultos del Imperio los que lo sistematizaron sino que correspondió esta obra a sabios italianos, franceses y alemanes que han sido los que han hecho del derecho romano el monumento más grandioso de la humanidad en el orden jurídico. A juzgar por las anunciaciones que se dejan ver, talvez en un futuro no lejano los universitarios norte-americanos empiecen a llevar a cabo un trabajo de organización análogo con la *common-law* y levanten un nuevo gran sistema jurídico, paralelo al del derecho romano.

* * *

Debo mencionar aquí el sistema cooperativo ideado e implantado en la universidad munici-

pal de Cincinnati. Se observa en los diferentes cursos de ingeniería civil, ingeniería química, eléctrica, mecánica y metalúrgica. El colegio de ingeniería ofrece en estas secciones cursos teóricos de cuatro años, como en cualquier otro instituto de educación superior, o cursos cooperativos de cinco años en que los alumnos trabajan alternadamente dos semanas en un taller o fábrica y dos semanas en la universidad, o sea, van pasando alternativamente de estudiantes a obreros y de obreros a estudiantes. La labor universitaria que se lleva a cabo en estos cursos es tan completa como en los teóricos. El estudiante queda sometido en las usinas y talleres exactamente a las mismas condiciones que las compañías imponen a los demás obreros y percibe iguales salarios. Pero los decanos y profesores de la universidad, gracias a la cooperación establecida entre ésta y las compañías, pueden intervenir a fin de que el trabajo que se encomiende a los estudiantes sea organizado sistemáticamente, de suerte que corresponda en cierta forma a los estudios teóricos que están haciendo al mismo tiempo.

Saltan a la vista los fines que han inspirado a los creadores de este plan. Por un lado ofrecer a los estudiantes la oportunidad de ganarse la vida desde que entran a la universidad, y, por otro, colocarlos en una situación favorable a su

más perfecto y armónico desarrollo, corroborando en la práctica inmediata lo que aprenden en teoría y dando vida y alma a ésta a la luz de los recursos y ejemplos que va presentando la práctica.

* * *

Las pruebas se rinden generalmente por escrito.

Después de los cuatro años de estudios correspondientes al *college* se obtiene el primer grado propiamente universitario, el de bachiller en artes o de bachiller en ciencias. El Colegio de la Ciudad de Nueva York confiere también el título de bachiller en ciencias sociales.

Es muy frecuente que este primer grado sea requisito indispensable para ingresar a una escuela profesional; pero no siempre ocurre así. En Columbia no se exige el curso previo del *college* para matricularse en las escuelas de farmacia, periodismo, economía doméstica y artes industriales; y aún puede el estudiante de esta universidad, en virtud del llamado «curso combinado», incorporarse a las demás escuelas profesionales sin haber hecho los cuatro años completos del *college*. Gracias a este sistema se permite al alumno obtener el bachillerato y el grado

profesional en seis años. Después de dos años de *college* se autoriza al candidato al primer grado para que complete los requisitos que le faltan trabajando desde ya en una escuela profesional. Forma una excepción a estas facilidades la escuela de derecho, donde se piden como condición indispensable para ser admitido en ella tres años de *college*.

El bachillerato puede ser igualmente un grado alcanzado en una escuela profesional y así tenemos bachiller en leyes, bachiller en música, bachiller en teología.

Tras un año más de estudio llega para el bachiller la posibilidad de conquistar el segundo grado universitario, el de maestro en artes o de maestro en ciencias, con todos los calificativos particulares a que puedan dar lugar las escuelas especiales.

Por último, al cabo de dos años más de labor universitaria y después de las pruebas y la tesis escrita correspondientes, el maestro llega al doctorado. El título más comprensivo en este grado es el de doctor en filosofía, pero se le otorga asimismo en cuanta especialidad se quiera, como ser de doctor en leyes, en medicina, en teología, en salud pública, etc.

Bryce refiere que algunas instituciones han considerado los títulos de bachiller y maestro impropios de las mujeres, y que para sustituir-

los han ideado otros tan pintorescos y peregrinos como los siguientes: Laureada en Ciencias, Proficiente en Música, Señora de las Bellas Letras, Doncella de la Filosofía, Señora de la Música. Son ocurrencias en verdad. ¡Pero qué de extrañar es que se caiga en algunas denominaciones tan barrocas y extravagantes como éstas donde, al decir del mismo autor, hay más de ochocientos establecimientos que otorgan títulos y grados con toda libertad!

CAPITULO VII.

LAS ACTIVIDADES CIENTÍFICAS.—LA ACCIÓN SOCIAL

Mucho se ha hecho en los últimos treinta años en las universidades norteamericanas para dar a las investigaciones científicas el lugar eminente que les corresponde. Conceptos bien definidos no faltan al respecto. «La investigación es el sistema nervioso de la universidad, decía el profesor Coulter, de Chicago, en un discurso pronunciado en 1916 en un banquete de la *Philosophical Society*. Ella estimula y domina a toda otra función. Forma la atmósfera de la universidad, aún en la sección de los no graduados, y esto es lo que la diferencia del *college*. Afecta toda nuestra actitud en cuanto a la materia de nuestros cursos y a nuestra vida cotidiana. Consagrarse, no tanto a adquirir la ciencia como hacerla progresar en atención a su valor intrínseco cons-

tituye el carácter propio de las universidades. Es menester una determinación cada vez más firme de no permitir a ninguna otra función que venga a perturbar las investigaciones, de no sufrir ningún sistema o detalle de administración que pueda ejercer una influencia deprimente sobre ellas» (1).

En las descripciones hechas en el curso de este mismo estudio hemos ido viendo cómo la labor científica se encuentra favorecida y alentada por la creación de numerosos y bien dotados laboratorios y gabinetes, por el suministro del más amplio material de observación y experimentación y por la existencia de riquísimas bibliotecas generales y especiales. Los fondos para ayudar a los profesores no escasean. Además se han fundado un buen número de institutos de investigación, aparte de las universidades, de los cuales hablaremos en este capítulo más adelante.

Los profesores gozan de todos los fueros de la libertad en su enseñanza, para llevar a cabo investigaciones y dar a luz la cosecha de sus desvelos.

A este respecto son memorables las palabras pronunciadas por el presidente Harper de la

(1) Citado por Maurice Caullery en «Les Universités et la vie scientifique aux Etats-Unis», P. 173.

Universidad de Chicago. Significan la expresión de una actitud que da carácter. Helas aquí: «Cuando por cualquiera razón en una universidad, sea privada o del Estado, se cambia la administración de la institución o se altera la instrucción en alguno de los departamentos debido a influencias de afuera; cuando se trata de remover a un profesor o a un empleado porque se han modificado los sentimientos políticos o religiosos de la mayoría, en esos momentos ha dejado la institución de ser una universidad y no volverá a ocupar su rango de tal mientras subsista en cualquier grado la obra de la coerción. Ningún individuo, ni el Estado, ni la Iglesia, tienen derecho a perturbar la investigación de la verdad o su publicación, cualquiera que sea una vez encontrada. Los individuos, el Estado y la Iglesia pueden fundar escuelas para la difusión de cierta especie de enseñanza, pero esas escuelas no son universidades, no merecen jamás ser denominadas así».

«Un profesor universitario goza del derecho absoluto de expresar su opinión. Si un profesor nombrado por dos, tres o cuatro años, ejercita ese derecho de una manera perjudicial para la universidad y para él mismo, claro es que la universidad usa un legítimo poder no renovando su nombramiento al término del plazo. Pero si el profesor que abusa goza como propietario de

un nombramiento permanente, a la universidad no le queda más que sufrirlo. Y es natural que sufra: es la consecuencia de la falta de previsión y sabiduría con que se hizo la designación en un principio. El daño que puede recaer así sobre la universidad es mucho menos serio que el que resultaría de pedir la renuncia a un profesor propietario por el hecho de manifestar opiniones contrarias a los de la mayoría de una facultad, a las del consejo de regentes o a las del presidente. La libertad de expresión hay que concederla a los miembros de una universidad aunque abusen de ella, porque, como se ha dicho, el abuso no envuelve un mal tan grande como la restricción de dicha libertad». (1)

Por otra parte, no faltan tropiezos para el buen desarrollo de las labores científicas. He oído quejas de que el *college*, con su carácter de instituto de educación general, pesa demasiado sobre la universidad. Los profesores estarían recargados de atenciones y minucias pedagógicas. De aquí que siendo muy buenas las instalaciones y rico el material disponible, fuera el personal de investigadores el que dejaría aún mucho que desear.

Sin embargo, así y todo, M. J. Mc-Cattell, profesor de psicología en Columbia, tomó como

(1) Goodspeed. «A History of the University of Chicago». P. 456.

asunto de una encuesta determinar cuáles serían los mil sabios más distinguidos de los Estados Unidos. Para el caso efectuó un plebiscito en que especialistas debían pronunciarse sobre dos mil cuatrocientos ochenta y un nombres que presentó. Ya es algo para un país: contar con mil sabios distinguidos y con cerca de mil quinientos más que lo sean en un grado inferior.

De los mil nombres favorecidos solo ciento veintiséis correspondían a personas nacidas fuera de los Estados Unidos. De las universidades privadas resultaron tener el mayor número de eminencias: Harvard, Columbia, Chicago, Yale, John Hopkins y Cornell; y de las del Estado: Wisconsin, California y Michigan.

No es dado negar que en las universidades se lleva a cabo obra científica abundante, mucha de ella al parecer de mérito y sólida. Las más importantes de ellas publican de seis a diez revistas mensuales, bimestrales o trimestrales, sobre materias científicas, históricas y filosóficas. Creemos haber mencionado algunas en las páginas anteriores de este estudio. Los nombres de otras se pueden ver en uno de los apéndices. En 1917 los profesores de la universidad de Chicago emprendieron, dejando terminadas muchas de ellas, alrededor de trescientas ochenta investigaciones sobre diversos problemas concretos y tópicos nuevos. Hicieron al mismo tiempo

más o menos doscientas cincuenta publicaciones, entre libros y artículos de revistas, sin contar las informaciones críticas de obras. En el año mencionado el personal docente de Leland Stanford Junior dió a luz doscientas veinte publicaciones, entre libros y artículos.

Según Caullery (1), los trabajos de M. Ed. Wilson sobre citología son de primer orden. La embriogenia comparada ha sido objeto de investigaciones extremadamente precisas, entre las cuales es menester citar en primer lugar las de M. E. Couklin, de Princeton. Se deben a M. R. G. Harrison, de Yale, trabajos de embriología experimental muy notables y que, en particular, han conducido a la cultura de los tejidos *in vitro*. Las investigaciones de M. T. H. Morgan, de Columbia, sobre la herencia mendeliana y las imitaciones en los drosófilos son a la fecha de un interés capital. M. M. Calkins, de Columbia, y Woodruff, de Yale, han hecho realizar importantes progresos a la biología de los infusorios.

El profesor Michelson, de Chicago, inventó un aparato para evitar el daño causado a los oídos por las descargas de artillería; y M. Kyes, de la misma universidad, ha encontrado una vacuna contra la neumonia.

Entre los institutos de investigación debemos

(1) Obra citada. P. 181.

nombrar en primer lugar a la *Institución Carnegie de Washington*. Su creación data de 1902; en 1912 había recibido de M. Carnegie veintidós millones de dólares, y su presupuesto anual asciende a un millón de dólares más o menos. Tiene por objeto alentar de la manera más abierta y liberal los descubrimientos científicos y su aplicación al mejoramiento de las condiciones humanas. Su medio de acción consiste en «descubrir los hombres excepcionalmente dotados en todas las especialidades, cualquiera que sea su origen, ya se encuentren en las escuelas o fuera de ellas, y en facilitarles la ayuda financiera necesaria a fin de que puedan realizar la obra para que parecen especialmente designados». La Institución comprende a la fecha los diez siguientes departamentos especiales: 1.º De investigaciones botánicas; 2.º Estación experimental de investigaciones sobre la evolución; 3.º Laboratorio de geofísica; 4.º Estación de biología marina (Islas de las Tortugas); 5.º Departamento de astronomía meridiana; 6.º Laboratorio de la nutrición; 7.º Observatorio solar del Monte Wilson (California); 8.º Departamento del magnetismo terrestre; 9.º Departamento de ciencias económicas y sociológicas; y 10.º Departamento de investigaciones históricas.

Los otros principales establecimientos de investigación son los siguientes:

El Instituto Rockefeller de Nueva York, dotado con más de doce millones de dólares, destinado a las investigaciones médicas y conocido por los trabajos de Flexner, Carrel y Loeb.

El Instituto Mellon, en Pittsburg, consagrado al estudio de problemas científicos relacionados con la industria.

El Instituto Wistar, en Filadelfia, dedicado a la anatomía y embriología.

El Laboratorio de Biología Marina de Wood's Hole, situado cerca de la punta de Nantucket.

Y la Institución Smithsonian, de Washington, que, además de las investigaciones originales, trabaja al mismo tiempo por la difusión del saber.

Por lo que a mí respecta, he podido apreciar particularmente mejor la eficiencia de los departamentos de educación, de psicología y de sociología. No me imagino dónde pueda haber en la hora actual otros superiores en el mundo. Por lo menos deben figurar entre los más adelantados y a nadie que se dedique al estudio de esas disciplinas le es dado prescindir del rico caudal aportado a ellas por la ciencia estadounidense.

He mencionado ya en algunas universidades las escuelas de educación que han alcanzado un alto valor representativo en todo el país.

¡Las más de las universidades importantes dis-

ponen de excelentes gabinetes y laboratorios de psicología.

De fama universal fué el psicólogo William James, de Harvard, fallecido hace catorce años. En la época presente deben mencionarse como los principales psicólogos a Juan Dewey, de Columbia, quien es al mismo tiempo un eminente pedagogo; a James Rowland Angell, de Chicago, y a José Jastrow, de Wisconsin.

Pero me parece que es sobre todo en la sociología donde los norteamericanos ocupan un lugar directivo indiscutible. Fué un sociólogo de proyecciones geniales Lester F. Ward, de la universidad Brown, fallecido hace pocos años. (1) Aunque de menos notoriedad que Ward, merece el dictado de haber sido un sociólogo ilustre William Graham Sumner, de Yale. Entre los vivos debo mencionar a Edward Alsworth Ross, de Wisconsin, a Franklin H. Giddings, de Columbia, a Albion W. Small, de Chicago, y a Charles Horton Cooley, de Michigan.

En esta mera enumeración me he limitado a enunciar los nombres de los profesores que he conocido personalmente y los de uno que otro de cuyas obras y significación he tenido fidedignas informaciones. Por lo incompleto y las

(1) Un estudio sobre Ward se encuentra en mi libro *Filosofía Americana*.

omisiones injustificadas en que pueda haber incurrido, pido excusas y que se me tome en cuenta que en estas páginas no se trata de hacer la historia o una descripción acabada de las actividades intelectuales estado-unidenses, sino tan sólo de señalar caracteres generales de la universidad norteamericana.

Por lo mismo no cabría que entrara a estudiar detalladamente aquí la actual filosofía norteamericana. Me propongo hacerlo por separado en un nuevo volumen. Me limitaré por ahora a dar algunas indicaciones sumarias. Hasta hace unos veinte años, predominó en la filosofía americana una tendencia idealista, de la cual fué la expresión más perfecta la obra de Josiah Royce, de Harvard, intitulada «El Mundo y el Individuo». Después se han manifestado diferentes corrientes contrarias, todas más o menos naturalistas, aunque decoradas con diversos nombres. Así tenemos el empirismo pragmatista de William James; el pragmatismo reformado, dentro del cual figuran Juan Dewey y James H. Tufts, de Chicago, y cuyas doctrinas han sido expuestas recientemente en el libro «La Inteligencia Creadora», escrito en colaboración por los dos profesores nombrados y otros autores; el naturalismo de Jorge Santayana, ex-profesor de Harvard; el neo-realismo de Ralph Barton Perry, también de Harvard; y la actitud simplemente histórica, expositiva, de la escuela de Cornell.

*
* *

Es divisa de la universidad norteamericana prestar servicios directos a la sociedad en que actúa, interesarse por los problemas palpitantes de la comunidad y coadyuvar a su más acertada solución. En las páginas anteriores hemos visto algo de lo que se ha hecho en este sentido. Columbia pone lo que tiene donde pueda ser más útil al público: su herbario en el Jardín Botánico; algunos de sus fósiles en el Museo de Historia Natural, y libros españoles raros en la Sociedad Hispánica. Durante la guerra europea los laboratorios y en general los edificios universitarios fueron puestos a disposición del gobierno, y el personal docente y estudiantil acudió en masa al llamado de la nación.

El interés de los universitarios americanos traspasa también las fronteras de su país y su afán de servicio social se convierte en anhelo de servicio humano. Yale mantiene escuelas en la China. Una comisión, encabezada por el presidente Judson, de Chicago, fué a estudiar la condición de los hospitales y de la educación médica en ese mismo país, a fin de introducir mejoras, por medio de la Fundación Rockefe-

ller. Otras comisiones han ido a investigar las condiciones sociales, educacionales y religiosas de la India, del Japón y también de la China.

Pero la manifestación más organizada y sistemática del servicio social la encontramos en la *Extensión Universitaria*, que consideran un deber llevar a cabo principalmente las universidades del Estado. Ya hemos hablado de los departamentos que sostienen para cumplir con esta misión California y Wisconsin. Solo dentro del recinto de la universidad de California se dieron en 1917 más de cuatrocientas cincuenta conferencias sobre todos los tópicos del saber humano.

Es reconocida como una de las Extensiones mejor organizadas la de Michigan. Comprende trece diferentes secciones. Ahí encontramos el servicio de conferencias aisladas o en series; la instrucción visual por medio de proyecciones y vistas cinematográficas; el servicio extensivo de la biblioteca y de los museos, la oficina de informaciones municipales para facilitar documentos y datos relativos a la administración y gobierno de ciudades y villas; servicio de informaciones sobre selvas y bosques; oficina del progreso arquitectónico y general de la ciudad, que trabaja por medio de conferencias y atendiendo consultas privadas; oficina de ingeniería en que se reciben consultas y se dan consejos respecto

de caminos, obras de sanitación y otras análogas; y oficina de salud pública que además de organizar conferencias y cursos sobre todas las ramas de la higiene, sirve al público por medio de sus laboratorios, hospitales, un Instituto Pasteur y una clínica dental. En una palabra, se trata de que la universidad no sólo instruya a la juventud matriculada en sus aulas y lleve a cabo investigaciones científicas sino que llene los vacíos educacionales que las pobreza y demás dificultades de la vida han ido dejando en la población del Estado; que lleve la conferencia, el libro, el folleto, la información hasta cada individuo que los necesite; y que contribuya con todos los recursos de que disponga, con los elementos de servicios eficientes bien organizados, al progreso cultural y estético, al bienestar higiénico y social de la colectividad.

CAPITULO VIII

LA VIDA ESTUDIANTIL

Haber puesto la atención en conocer las universidades y no detenerse en seguida a mirar el alma de sus estudiantes ni los graduados que ellas producen sería practicar observaciones incompletas, examinar el tronco y las ramas de un árbol, prescindiendo de sus flores y frutos. El estudiante es el más preciado fruto de la universidad. Veremos modo, pues, de discernir las cualidades características del estudiante norteamericano, lo compararemos con el nuestro y trataremos de desgajar todas las consecuencias y enseñanzas que de la investigación puedan desprenderse.

A los estudiantes los distinguen perfiles propios de los tiempos, países y razas a que pertenecen. El de las universidades medioevales, envuelto en oscura opalanda y con el espíritu do-

minado por sombrío encogimiento y temores místicos, tenía una textura eclesiástica y monacal, como correspondía al morador de aquellos claustros escolásticos. Pero no deben haber sido del todo extraños a excursiones atrevidas por campos ilícitos y vedados ya que queda el recuerdo de que solían dar bastante que hacer a la autoridad civil, la que en ocasiones llegó al salvaje y macabro extremo de ahorcar a algunos de ellos. El del siglo XVII era mezcla de caballero andante y de pícaro; la levadura del Renacimiento había puesto en sus venas el ansia inquieta de aventuras, la temeridad de retar a la vida en sus peligros, llevaba espadín al cinto y se batía.

En la pasada centuria ningún estudiante ha poseído una individualidad más destacada que el alemán, sobre todo que el incorporado en asociaciones estudiantiles particulares. Tiene una facha inconfundible de personaje de opereta. Con su uniforme semi-militar, de colores vistosos, que le ciñe el talle, su gorrito diminuto que parece más cajita de confites o conservas antes que sombrero de cualquiera especie, y las cicatrices que le cruzan el rostro, huellas dejadas por los duelos artificiales en que se ha medido con sus compañeros, es un compendio de restos sobrevivientes del huno bárbaro y del caballero medioeval, paladín del santo imperio germánico;

pero es justicia reconocer que de ese estudiante han salido los grandes profesionales, los grandes sabios y los grandes técnicos que han sido el orgullo de las eminentes universidades alemanas en la época contemporánea.

Nada de ese empaque resaltante distingue en su exterior al estudiante norteamericano. Este se nos presenta en dos clases de figuras. Ya como un muchacho burgués indiferenciado, vulgar, descuidado en el vestir, o como un *sportman*. Lo que de fijo no encontramos allá es el tipo del estudiante español petimetre, pendiente de la última moda de París, de que habla Eloy Luis André (1), ni nuestro *pije* que exhibe sus primores de indumentaria en los portales y calles céntricas de la capital o en algún monótono paseo de ciudad provinciana. Para el estudiante norteamericano el sastre y el zapatero son personajes secundarios y la elegancia no constituye un factor del valor personal. Cómo recuerdo la vestimenta de los estudiantes de Wisconsin en invierno: zapatos toscos, a propósito para andar muy a menudo sobre el hielo y la escarcha, pantalones que no conservan ni el recuerdo de que una vez al hacerlos fueron planchados, anchos, sueltos, informes, una pieza para cubrir las piernas solamente; de sobretodo un paltó corto que

(1) «La Mentalidad Alemana».—Cap. IV.—El estudiante alemán.

cae hasta los muslos, al parecer de cuero, generalmente de color cáscara, forrado en pieles ordinarias, sin cintura, sin armonía de líneas: su misión es abrigar a cuerpos ágiles y cumple con ella; en la cabeza un yockey o un gorro de pieles sumido hasta las orejas. Y tan dichosos.

Tampoco encontramos allá el joven melenudo, de faz pálida y romántica, atormentado por ensueños quiméricos y amarguras precoces, para el cual el mundo no pasa de ser una charca incapaz de satisfacer su sed de infinito, muchacho que suele entre nosotros ser un artista, pero que también suele ser un abúllico y nada más.

Las universidades norteamericanas no dejan a los estudiantes entregados a su suerte en la suposición de que ellos han de saber ya cuanto les conviene, sino que cuidan de todos los detalles que conduzcan a su mejor desarrollo y a sostenerlos mientras hacen su carrera. Los jóvenes son sometidos al incorporarse a un examen médico y a mediciones antropométricas, que se repiten por lo regular cada dos años. En Wisconsin funcionan cursos de educación física y de ejercicios a que deben asistir todos los estudiantes de primero y segundo años, cuya salud y cuyo desenvolvimiento corporal no sean satisfactorios. Hay en la misma universidad un comité de la facultad, presidido por el Decano de los Hombres, encargado de atender a todo lo

relativo a la vida e intereses de los estudiantes, que oye consultas, o por correspondencia está siempre a la disposición de los jóvenes y de sus padres.

Todas las universidades disponen de un buen número de becas y de premios en dinero, generalmente fundados por particulares, para favorecer y estimular a los alumnos más aventajados.

Como, por otra parte, no se trata de formar niños mimados sino hombres activos y de iniciativas, en cada instituto se ha organizado una oficina encargada de proporcionar empleos y ocupaciones a los estudiantes que los necesiten. Las memorias de la de Columbia muestran que los estudiantes atendidos por ella han sido capaces de ganar mucho más de un millón de dólares en diez años. Alrededor de una cuarta parte de los estudiantes de Yale (más de 600) se mantienen trabajando. Son mozos de clubs, pasantes, escribientes, repórteres, conductores, motoristas, estenógrafos, mecanógrafos, cuidan de las chimeneas en el invierno y de jardines en el verano, organizan clubs para comer y hasta se alquilan como coristas y músicos en las iglesias. Las estudiantas en Wisconsin y otras universidades donde existe la coeducación se emplean de sirvientas de mano, preceptoras, niñeras, costureras, estenógrafas, mecanógrafas, etc.

Según cálculos de 1914 y 1915 un estudiante necesitaba en Wisconsin para sus gastos de cuatrocientos cincuenta a quinientos cincuenta dólares anuales, sin tomar en cuenta lo que invertiría en vestirse y los desembolsos de laboratorio. Esa cantidad tiene que ser más elevada en las universidades del Este y en todas partes ha debido experimentar alzas notables en los últimos tiempos.

Los jóvenes corresponden con amor y como hijos agradecidos a los desvelos de su *alma mater*. En todas partes las sociedades de ex-alumnos alcanzan una importancia enorme e influyen poderosamente en la marcha de los respectivos institutos. Ya hemos visto la acción que ejercen en algunas de las corporaciones directivas de Harvard. Los lazos que unen a los ex-alumnos con su *alma mater* no se rompen jamás. Es costumbre en Harvard que al enterar veinticinco años de graduados, los ex-alumnos de una misma clase hagan un obsequio de consideración a la universidad, obsequio que sube por lo común a cien mil dólares o más. A las festividades con que se celebra el vigésimo quinto y el quincuagésimo aniversario de la salida de una clase de Harvard, concurren no solo los graduados de entonces sino sus mujeres, hijos y nietos.

En Yale los ex-alumnos corren con la prensa de la universidad y mantienen la *Yale Review*;

en Chicago publican el University of Chicago Magazine; y en Harvard tienen a su cargo el Departamento de Bellas Artes y publican el Magazine de los Graduados, periódico trimestral, la Gaceta Oficial y un Boletín que aparecen semanalmente.

Algunos estudiantes viven como en otros países en casas de pensión o juntos en reducido número en una *garconnière*; pero los más ocupan departamentos en los *dormitorios* que las mismas universidades mantienen o son miembros de alguna hermandad que, como hemos visto en otro capítulo, se llama *fraternity* si la forman jóvenes, y *sororite* si la forman niñas. Estas últimas maneras de vivir, que significan al mismo tiempo un modo de asociarse al referirse a las *fraternities*, constituyen organizaciones características de la vida universitaria norteamericana.

Ya hemos hablado de los *dormitorios* de Leland Stanford Junior, Cornell y Harvard. En la primera y la última de estas universidades es obligatoria la residencia en ellos por lo menos durante el primer año. Se pretende con esto mantener al principio al estudiante más en contacto con la universidad y su disciplina y que él se penetre de cierto buen espíritu democrático.

Las *fraternities* no son instituciones transitorias destinadas a formarse y disolverse en cada

generación de estudiantes, y que se mantengan circunscritas a determinadas universidades. Algunas datan de fines del siglo XVIII y todas cuentan con capítulos o secciones en la mayoría de los institutos del Centro y del Este del país. Se distinguen por un nombre formado con letras griegas y así se llaman Phi Beta Kappa, Sigma Xi, Delta Upsilon, Chi Gamma Pi, o de otra manera semejante. En cada universidad poseen casa propia que sirve de residencia, club y restaurant a los asociados. Los jóvenes viven ahí muy confortablemente, pero como de todos los modos de existencia estudiantil este es el más dispendioso, sólo los hijos de familias acaudaladas pueden por lo general llevarlo. No es extraña talvez a esta circunstancia la acusación de estar teñidas de aristocratismo que se ha hecho a veces a las *fraternities*. Cada una tiene sus tradiciones propias, su *que*, y sus miembros se reclutan ordinariamente entre jóvenes que siguen una misma carrera. Ha solido rodearlas cierta aura de misterio que ha dado lugar a la propagación de rumores adversos a ellas; pero ateniéndose a las opiniones de presidentes y profesores, parece que no revisten en verdad más inconveniente que el del tiempo que hacen perder a los estudiantes a causa del mucho reclamo de la vida social.

Las *fraternities* cuentan en conjunto con no

menos de trescientos mil miembros y su fortuna en tierras, edificios y otros valores puede avaluarse en doce millones de dólares.

* * *

Subsiste todavía la tradicional rivalidad entre *freshmen* y *sophomores*, que se manifiesta lo más a menudo en bromas e imposiciones pesadas de parte de los últimos sobre los primeros. En Princeton los estudiantes del segundo año prohíben a los del primero tomar helados o refrescos en determinados salones a que pueden concurrir solo ellos; los obligan a usar únicamente calcetines negros y les prohíben andar con sombreros en los días de la semana. Salvo los domingos, en que se les permite el sombrero, no pueden llevar otra cosa que un casquete que apenas les cubre la coronilla. Una vez al año deben los *freshmen* sentarse en las gradas de uno de los edificios universitarios; los *sophomores*, desde la corniza, les arrojan harina y agua, y, en la pintoresca facha que quedan, los retratan.

En Cornell se conserva de esta rivalidad el *mud-rush* o «refriega en el barro» que se veri-

fica todos los años en primavera. ¡Qué espectáculo más ingénuo y lleno de colorido! Tiene lugar en una planicie bastante espaciosa, después de días de lluvia, de suerte que el suelo esté cubierto de espesa capa de barro. Nosotros que íbamos como simples espectadores y avanzamos solo lo necesario para ver bien, nos hundimos en él hasta más arriba de los tobillos. Luchan doscientos o trescientos *sophomores* contra otros tantos *freshmen*. Forman al principio como dos abigarrados ejércitos frente a frente. Están en camisa y tanto esta como el resto de la indumentaria son de lo más usado e inútil. Los estudiantes avanzan por grupos más o menos iguales en columnas de uno y otro lado. Al fin se acercan, se acechan, y se lanzan unos contra otros en lucha cuerpo a cuerpo. El propósito perseguido es tomarse prisioneros y conducir estos al campo contrario. En la refriega caen luego al suelo y se embarran hasta las cejas. En su afán por arrastrarse se desgarran la ropa; los brazos, espaldas y pechos quedan al aire, sonrosados; las camisas vuelan al viento en girones y tiras de ellas flamean en manos de los combatientes. En cada campo tienen dispuestos diversos tarros de pintura al agua y pintan a los prisioneros desde la cabeza hasta los pies de verde, rojo, azul y amarillo.

Terminado el combate, se van, tal como que-

dan a dar un paseo por el pueblo. Al bajar de la meseta universitaria encontré a los estudiantes que volvían. Imaginaos partidas de payasos, disfrazados de oficiales de albañil o de pintor, sucios, rotos, embarrados, los cabellos y los rostros embadurnados de todos colores. La gente los miraba con simpatía y tras las manchas de la pintura brillaban las risas alegres y los ojos inteligentes de una juventud sana y contenta.

Esta clase de juegos nos parecen a los hispanoamericanos poco delicados. Revolcarse en el barro, quedar hecho un astroso y desfigurarse de una manera *clownesca* nos choca, vaya. Estamos inclinados a hacer siempre la vida en posturas correctas y estiradas. Sin embargo hay que reconocer que ese desprecio por lo externo de la personalidad y las vestimentas, esa despreocupación de las formalidades y apariencias llevan consigo sus ventajas en la formación de la verdadera individualidad y en las luchas de la existencia.

En cambio no creo que sea una buena escuela sojuzgar a los alumnos de los cursos inferiores de cualquier manera. Envuelven estas prácticas abusos de grupos sociales privilegiados y es de temer que arraiguen en el carácter de los beneficiados con tales desigualdades, gérmenes de do-

minación que no se avengan más tarde con lo que reclama la solidaridad social.

Pero la verdad es que los abusos pasan algo en broma y los estudiantes de los diferentes cursos no son extraños a lazos de solidaridad entre ellos. El Consejo de los Cursos Superiores (Senior Council) suele designar a algunos estudiantes de entre los más antiguos para que guíen a los nuevos. El candidato ya admitido en el Instituto de Tecnología de Boston recibe en el verano una carta de un joven del cual probablemente nunca ha oído hablar, carta cuya autenticidad va confirmada por la firma de un decano. Es de algún alumno de los años superiores y en ella se le pide que anuncie a la persona que se le indica el día de su llegada a Cambridge. Esta le va a servir de mentor o guía. Lo ayudará en los detalles de la matrícula, a escoger pieza y le dará informaciones sobre las sociedades de no graduados y demás actividades y detalles que pueda convenirle conocer.

*
* *

No poseen los estudiantes norteamericanos el don de la gracia en el sentido en que la entendemos nosotros. Son alegres, bulliciosos, aficio-

nados al canto; pero, al mismo tiempo, son desmañados y algo toscos. No me tocó ver allí nada parecido a nuestra simpática fiesta de la primavera. Asistí en cambio en California a una mojiganga celebrada tradicionalmente por los estudiantes la noche antes del torneo anual de *foot-ball* en que compiten con los de Leland Stanford Junior. Se la puede dar cierto carácter representativo. Es como un aquelarre que tiene por objeto levantar el espíritu de los luchadores del día siguiente. La denominan *Pajamarino Rally* (Concentración en pijama) porque todos los jóvenes concurren en traje de dormir.

Esperábamos con viva curiosidad la hora de la fiesta. Era una noche de fines de Noviembre. Cuando llegamos al Teatro Griego, lugar del espectáculo, todas las graderías se hallaban enteramente ocupadas: había muchos hombres, mujeres y niños, pero la gente joven predominaba. No le habían temido ni le temían a la lluvia, que desde la entrada de la noche caía incesantemente. A todo cielo se defendían con sus paraguas como podían. Poderosos focos eléctricos, formando una corona de luz en los altos bordes del anfiteatro, proyectaban sus rayos principalmente hacia el proscenio. Más lo que dominaba todo era una enorme hoguera que ardía en el centro. Sus lenguas de fuego subían hasta el nivel de las más altas murallas del Teatro. Un

resplandor rojizo iluminaba todo el ámbito de las tribunas, destacando la aglomerada muchedumbre de paraguas como una tupida floración de colosales callampas negras. Las llamas no se inquietaban tampoco por la lluvia. La desvanecían antes de que lograra acercarse a ellas. El calor se hacía sentir hasta en las más retiradas localidades.

Arribaron por fin los estudiantes en número de más de mil, en columnas de a dos, vestidos de pijamas blancos, de gorros de dormir y con palatorias con velas encendidas en la mano. Grandes aplausos del público.

Se fueron colocando alrededor de la pirámide de fuego como apiñados demonios blancos, y luego entonaron sus acostumbrados y entusiasmados *yells* o cantos corales, por secciones, en competencia unas con otras, o todas en conjunto.

La música estuvo a cargo de ejecutantes estudiantiles que formaban una banda de sonidos estridentes y una orquesta como de cabaret.

No se notaba en el desarrollo de la fiesta el orden de un programa y parecía algo improvisada.

Los jóvenes representaron varios sainetes. En todos figuraban borrachos. En algunos hacían papeles de mujer, y hubo bailes, galanteos y supuestas riñas. Un número simbólico consistió en que trajeran a la escena la efigie de un estu-

dian­te de Stan­ford, le cor­ta­ron la cabe­za sobre un gran tarro de lata y arrojaron al fue­go la cabe­za y el cuer­po.

Tam­bién tuvo la ve­lada sus par­tes que po­drían lla­marse serias; estas fue­ron los dis­cur­sos, aunque a la oratoria nor­teame­ri­cana le re­pugna en­fun­darse por com­pleto en una se­riedad in­al­terable. Hu­bo por lo me­nos cin­co, en­tre ellos uno del pre­si­den­te de la uni­ver­si­dad. Los ora­dores ha­blaban ba­jo la lluvia, a cabe­za des­cubierta, como si es­tuvieran en el más con­for­table de los sa­lones, y en la mis­ma forma es­cu­chaban los mu­chachos, sen­tados con las pi­ernas cru­zadas, en las gra­das de pie­dra al­re­dedor de la in­men­sa fo­gata. Las pa­labras sa­lían car­gadas de en­tu­si­asmo para alen­tar a los lu­chadores. Ha­bría que ob­te­ner el triun­fo de los co­lores de Cali­for­nia el pró­xi­mo día.

Hacia el final se prendieron magníficos fue­gos arti­ficiales.

Ya ha­bían tran­scu­rrido tres ho­ras. Nos reti­ramos. El cielo, siem­pre in­dife­ren­te a los de­seos de los hom­bres, con­ti­nuaba azo­tán­do­nos im­per­tur­bable con sus fle­cos de agua. Iba­mos pen­san­do: que poco grie­ga la fiesta para un teatro grie­go.



Las asociaciones culturales abundan entre los estudiantes. Cada universidad cuenta con numerosos clubs musicales, corales, dramáticos y literarios. En estos últimos predominan los ejercicios oratorios y se da mucha importancia a la práctica del arte de debatir. También encontramos clubs de economía, de historia, de filosofía, de ciencia política, de geología y hasta de matemáticas. Las sociedades dramáticas representan piezas en inglés, francés, español, italiano, alemán y griego antiguo.

Publican asimismo los estudiantes gran número de revistas y diarios. En Chicago dan a luz *Cap and Gown*, *The University of Chicago Weekly*, *Daily Marson* y *The Chicago Literary Monthly*. En Yale *Record*, *Courant*, *Yale Daily News*, *Yale Literary Magazine* y *Sheffield Monthly*. En Wisconsin *The Daily Cardinal*, *The Wisconsin Literary Magazine*, *The Wisconsin Engineer*, *The Wisconsin Country Magazine* y *The Commerce*. Y así por este tenor en las principales universidades.

Pero las recreaciones dilectas de los estudiantes son el baile, los deportes y el atletismo. Un

decano de Wisconsin decía en una memoria reciente que los estudiantes, con motivo de la guerra, habían abandonado sus diversiones habituales, menos el baile, del cual no se cansaban nunca. Según las impresiones de Keppel las conversaciones más frecuentes de los estudiantes versan sobre atletismo, muchachas y planes para derrocar a algún rival. También, al decir del mismo, las niñas ocuparían un lugar demasiado grande en las preocupaciones estudiantiles, aún en los institutos refractarios a la coeducación, porque en este caso los estudiantes invitan al colegio a sus amigas de fuera.

El atletismo ha dado mucho que cabilar a los universitarios de aquel país. James Bryce ha sintetizado la gravedad del caso expresando que en las universidades norteamericanas raya más alto la estimación de un atleta de fama que la de un intelectual de gran valía. Interrogado por mí al respecto el presidente de la universidad de California rechazó tal afirmación; para él en ningún centro estado-unidense se desconocía el valor de la inteligencia.

Se critica al atletismo que fomenta las prácticas y hábitos de brutalidad, y que no constituye siquiera un órgano de cultura física para el mayor número sino solo para algunos pocos individuos excepcionales.

El presidente Butler estima que el atletismo ha

pasado a ser un mal académico, un factor de separación entre los estudiantes y la facultad, y causa de que algunas cosas hayan vuelto al inconveniente estado en que se encontraban hace cuarenta años.

En cuanto a su moralidad, me han parecido los estudiantes por término medio buenos, sobrios y puros, lo cual no quita que, según el doctor Exner, tengan mucho que luchar con las obsesiones sexuales y que para la mayoría de ellos la higiene de la imaginación sea el problema capital.

Es sin duda el estudiante norteamericano más muchacho, más sanote y más ingenuo que un hispano-americano de la misma edad. Asistí en Princeton a una velada de biógrafo en que la concurrencia la formaban casi en su totalidad estudiantes universitarios. Era de ver cómo se interesaban y tomaban parte en el espectáculo. Aplaudían, se reían; comentaban y celebraban los incidentes felices cual si fueran cosa viva; les advertían en alta voz a los personajes de su simpatía los peligros que corrían: parecían chiquillos que asistieran por primera vez a algo semejante y saborearan con todo su ser los encantos de la novedad.

Entre los factores de la moralidad de los estudiantes, y también de su religiosidad, hay que citar a la Asociación de los Jóvenes Cris-

tianos (Y. M. C. A.), extendida por todo el país y que en muchas universidades cuenta con amplios departamentos. Por supuesto que la religiosidad estudiantil no es dogmática, ni sujeta a contentarse con prácticas rituales, sino que pone su ahinco en servicios sociales de diversos géneros.

Ya sabemos que los estudiantes forman corporaciones a que se les concede cierta intervención en algunos puntos de la administración de las universidades y en materias de disciplina. Hemos mencionado anteriormente el *Senior Council*. Funciones análogas desempeña entre los no graduados el que en Chicago se llama *Undergraduate Student Council*. En Wisconsin toda niña estudiante en el acto de ingresar a la universidad, pasa a ser *ipso facto* miembro de la Asociación de Gobierno Propio (*Self Government Association*), cuyo objeto es «regular los asuntos relativos a la vida estudiantil de sus miembros cuando no caigan dentro de la jurisdicción de la Facultad, fomentar en todo sentido el espíritu de unión entre las niñas, desarrollar los sentimientos de responsabilidad mutua y ser un medio de elevar y mantener en un alto nivel la vida social universitaria».



Los rasgos que hemos venido señalando del ambiente en que viven los estudiantes perfilan un medio favorable al estímulo de la iniciativa, a las construcciones internas de la responsabilidad y a las virtudes del gobierno propio. Pero creo que pocas circunstancias han de obrar de un modo más poderoso en este proceso del alma estudiantil, que es en suma un proceso reflexivo, que los hechos de que la enseñanza universitaria sea por lo general pagada y que los jóvenes hagan sus estudios dentro de la amplitud y elasticidad que permite el sistema electivo, que he analizado antes.

De estos antecedentes, y agregando a ellos la educación refleja que la sociedad infunde, fluye el característico individualismo de los estudiantes. No es este un individualismo egoísta, extraño a toda cooperación social; pero los estudiantes no se arrojan demasiado temprano en el turbión de las luchas políticas. En ese país de oportunidades aguardan el porvenir alegremente, resueltos a encarar la vida, disipar sus sombras y construir en ella blandiendo ante todo las energías de la eficiencia personal.

CAPITULO IX

NUESTROS ESTUDIANTES.—LA REFORMA SOCIAL Y UNIVERSITARIA

Veamos entre nosotros.

¡Ah! nuestros estudiantes, nuestros pobres estudiantes! Cómo son zarandeados, traídos y llevados, criticados, difamados; cómo expían sus escasas culpas y que poco se hace por ellos.

—¿Hay algo, desde un punto de vista nacional y humano en toda su integridad, hay algo qué pueda golpear más hondo en nuestro interés que la juventud? Seguramente no. Ella es uno de los campos abiertos del espíritu en que cada edad va volcando los gérmenes que han de brotar después; es el futuro; es quizás la única forma que podemos coger realmente cuando con manos crispadas tratamos de asir el misterioso «más allá».

Pongamos, pues, el oído atento al corazón de nuestra juventud estudiantil; pongámoslo con la serenidad del observador imparcial, pero con amor, con mucho amor. No reproduzcamos en nosotros la actitud de dómínes de antaño y de gentes ineptas y estrechas que en todo acto que las contraría de un muchacho ven una manifestación de maldad y no discurren más que arremeter a golpes contra el supuesto delincuente.

¡Oh! hermanos, la actitud de Jesús.

Aunque nuestros estudiantes gustan del baile como los norteamericanos, no practican este grato ejercicio tanto como ellos, y menos aún que ellos practican los deportes. Mucho se ha hecho sin duda en los años que van corridos del presente siglo en favor de la educación física y del desarrollo del vigor corporal; pero esta ha sido primordialmente obra de sociedades particulares. Desde un punto de vista universitario queda casi todo por hacer. Cada universidad de los Estados Unidos cuenta por lo menos con un estadio, un campo de juegos, un gimnasio, y ocho, diez, doce o quince canchas de tennis. Entre nosotros no hay nada de esto.

Deténganse a pensar por un momento los que declaman en contra de los extravíos de los estudiantes sobre las modificaciones que podría traer en los gustos y en el empleo del tiempo de éstos

el abrirles al lado de cada instituto superior locales de ejercicios como los de que disfrutaban en abundancia lo estudiantes estadounidense.

Pero, ¿cuáles son los rasgos con que se presentan los estudiantes ante el común de las gentes?

Se dice de ellos que se mezclan demasiado en cuestiones políticas y sustentan ideas muy avanzadas y revolucionarias. Con estos cargos, se les estigmatiza y se despierta el pavor de las gentes timoratas, que forman la mayoría. Pero tales imputaciones no son ciertas, sino en cuanto se refieren a una parte de los miembros de la Federación.

Hay muchos jóvenes del gremio estudiantil que no se interesan por nada fuera tal vez de su bienestar y de sus placeres; no se hallan federados ni estudian en verdad tampoco; el arado de su inteligencia no ha rasgado la corteza de las cosas y son frívolos. El tiempo y las amarguras de la vida suelen alumbrar en estos espíritus despertares notables. Queda todavía entre los no federados, el estudiante apartado de bullas, que cumple con sus deberes silenciosamente, y goza de los dones de la juventud con la placidez de un árbol, de un ave, de todo lo que se renueva en primavera, y eleva a las alturas los himnos de su exuberancia.

Los que impugnan a los grupos estudiantiles

proceden como si estudiantes de estos tipos no existieran.

Entre los mismo federados, encontramos muchos que son a la vez buenos estudiantes y pequeños redentores, que quisieran blandir la tea revolucionaria; y otros que, sin convicciones ni estudios, se inclinan del lado de la rebelión por falta de lastre y ponderación, por obra de una inquietud indisciplinada de sus almas.

* * *

Entremos a considerar la oposición que con fulgores de encono ahonda una sima entre los elementos estudiantiles avanzados y las fuerzas conservadoras de la sociedad.

Es muy difícil de encontrar una perfecta comprensión mutua entre los hombres. Por esto, alguien ha dicho, con razón, que cada ser es un misterio para los demás. Ni entre padres e hijos, entre hermanos, entre amigos, entre asociados, entre marido y mujer, entre amantes asienta su suave imperio una completa inteligencia recíproca. El mismo amor, la misma simpatía, no hacen más que extender un velo sobre las des-inteligencias; pero no las borran. Los que se aman se atraen, se abrazan, se olvidan de todo,

se pierden el uno en el otro; más no siempre se entienden.

Con mayor relieve se presenta tal oposición de un grupo social a otro grupo, de una edad de la vida a otra edad. Cuando la educación no ha conducido a un conveniente desarrollo de los sentimientos de solidaridad, estos diversos elementos se alzan violentamente los unos contra los otros, y no cooperan en la labor social sino unidos al yugo triste o vil de la necesidad o del interés.

La incomprensión de viejos y jóvenes no representa más que un caso de esta ley general. Los viejos se asustan y escandalizan de las cosas que piensan y dicen los jóvenes, pero no discurren sobre ellas con esa dulce serenidad filosófica que debiera ser el fecundo limo dejado en sus almas por el pasar de los años. «Todo es posible, dice Ingenieros, menos convencer a los viejos; su ceguera es debida a cataratas inoperables». Los jóvenes hacen mofa de los prejuicios que, como pájaros sombríos, anidan siempre en los cerebros viejos, y no se salvan de esa suerte algunas buenas ideas, residuos de sabiduría, que viven amalgamadas con ellos. Los jóvenes se burlan de esas cosas con la confiada insolencia con que, al amanecer, debe reirse el sol de los faroles lívidos, y agonizantes, que, sin embargo, han servido para velar sobre las almas

dormidas en la noche reciente. Se repite sin cesar, como una antinomia eterna, el breve diálogo de que habla Stendhal: el viejo, dice, «continuemos» y el joven responde «examinemos». El joven se alza en tribunal ante el proceso de la vida y cita a nueva revisión a los valores aceptados. En este juicio suele no ser un magistrado imparcial y ecuánime. Romain Rolland, habla en la Rebelión de Juan Cristóbal, de la impudicia con que los jóvenes desconocen todo lo que se ha hecho antes de ellos. Yo diría más bien la ignorancia con que lo desconocen. Para ellos, el pasado no existe, o es sólo un peso muerto, y no la antelación necesaria, explicativa y preparatoria del presente y del porvenir.

La vida principia con ellos; nada se habría llevado a cabo antes de ellos; todo estaría por hacerse o por rehacerse! ¡Bendita e ingenua pretensión! Un orador de la juventud protestaba cierta vez en términos airados de que no se efectuara una labor intelectual que él consideraba con razón muy provechosa para los estudiantes. Pues bien, esa labor se había realizado seis o siete años atrás; pero él la ignoraba: era un pretérito demasiado remoto para sus lecturas.

¡Examen y renovación de valores! proclaman los jóvenes y en esta actitud resuelta de interrogación ante la esfinge de la existencia y de afirmación de la personalidad, van acompaña-

dos en nuestros días por una legión de espíritus eminentes, entre los cuales cabe nombrar a Anatolio France y Enrique Barbusse en Francia; Ortega y Gasset y Azorín, en España; José Ingenieros, en la Argentina. «Queremos un impulso lírico, ha dicho Azorín, una libertad intelectual, una independencia estética, una rebelión a toda regla y a todo canon» (1).

Por este camino han llegado unos pocos jóvenes a abrazar ideas francamente revolucionarias, el maximalismo con toda su secuela: piden la dictadura del proletariado y la socialización de las grandes empresas, de los medios de producción y de los latifundios.

Han ido demasiado lejos.

Dejando para el final del capítulo el estudio del problema social en sí mismo, preguntémosnos desde luego:

¿En qué posiciones han recibido los «señores graves» y los elementos conservadores en general esta y otras irrupciones de la muchachada?

Sólo en las de la intolerancia y de la más agresiva intransigencia. Es verdad que tal actitud podría encontrar justificación como respuesta casi instintiva a una propaganda extremadamente revolucionaria; pero lo cierto es que no

(1) Los valores literarios. P. 210.

únicamente en este caso sino que casi en todos, se ha mirado con desconfianza, suspicacia y hostilidad a las actividades e iniciativas estudiantiles. No se ha tenido la calma suficiente para ver en lo que ocurre un nuevo problema social y educacional, cuyas raíces deben desentrañarse con la tranquilidad de hombres de estudio y cuyos remedios deben buscarse con la amplitud de hombres de corazón.

Todos sabemos lo ocurrido en 1920. Al recordarlo, no se trata de avivar rencores o malas pasiones, sino de tomar un dato para el análisis que estamos efectuando. La justicia se hace a este precio. Los estudiantes pidieron entonces las razones de la movilización ordenada por el Gobierno. Querer conocer los antecedentes de una medida, no significa renunciar a los derechos de la patria y menos puede envolver esa actitud un acto de traición. No olvidemos que, según el muy repetido principio constitucional, sólo la fuerza armada no puede deliberar. Como por otra parte, todo el mundo guardara el más dócil silencio, el gesto de los estudiantes entrañaba cierto valor moral. ¿Hubo tal vez indiscreción? Quién sabe. En todo caso suponiendo que hubiera sido así, esta circunstancia no justificaría lo ocurrido. Los estudiantes fueron víctimas de un vandálico atentado: vieron, para baldón de nuestra cultura, asaltada y saqueada su casa,

destrozados sus muebles, echadas al viento las hojas de su biblioteca, y desgarrados sus cuadros por una turba apasionada y ciega, azuzada en contra de ellos como jauría de canes hambrientos sobre una madriguera. Algunos de los estudiantes rindieron todavía, en las cárceles, el sumo tributo de su salud y de su vida. Se llegó al escarnio de castigar a las víctimas. La juventud universitaria, que ya contaba en su santoral con mártires de las epidemias y del heroísmo social, podía inscribir ahora sus mártires de la persecución. Se dijo que los estudiantes eran traidores vendidos al oro de un enemigo extranjero y algunas pobres gentes creían esta burda especie sinceramente. ¡Cuánta ingenuidad! Pero cuando se trata de la reputación de alguien, la ligereza para aceptar la calumnia y gastar celo en propagarla voluntariamente pasa a ser infamia. Y de tal cabe denostarla en este caso: infamia de parte de los ingenuos y mayor infamia aún de parte de los que a sabiendas propalaban el engaño a fin de paliar la persecución. No ha discurrido entre nosotros el sectarismo político un ardid más despreciable y ruín que el de suponer la existencia en nuestro país de traidores captados por el oro extranjero.

Estos acontecimientos han quedado registrados en el alma plástica de la juventud con rasgaduras ahondadas a sangre y fuego y son de

aquellas cosas que los pueblos tardan mucho en expiar por completo. Consecuencias de la ausencia de serenidad y del histerismo político.

Esos «señores graves», —no encuentro otra manera más propia de designarlos, porque los hay en todos los partidos y en todas las agrupaciones sociales, —desconocen al mismo tiempo la obra cultural que llevan a cabo los estudiantes y nada saben, por ejemplo, de las escuelas para obreros y proletarios que sostiene cada uno de los centros estudiantiles. Esos señores parecen empeñados en probar que ignoran que «reformarse es vivir» y que vida bien entendida es aquella encarada con el afán de no concluir nunca de aprender. Mas, lo peor consiste, a juzgar por los síntomas, en que ellos quisieran que los demás tampoco aprendieran. Lo dicho pone de relieve virtudes de la intolerancia en que talvez no se ha reparado lo bastante. Libra a la vez de dos trabajos: por un lado, del esfuerzo de pensar, del ahinco a veces doloroso de hacer del espíritu un surtidero de luz siempre renovada para volcarlo sin cesar sobre el cambiante desenvolvimiento de las cosas; y por otro, de la necesidad de gastar nada, ni interés moral, ni dinero, en enseñar a pensar a los demás.

¡Oh la intolerancia y la incomprensión! «La lucha con un enemigo a quien se comprende, dice a este respecto Ortega y Gasset, es la ver-

dadera tolerancia, la actitud propia de toda alma robusta. ¿Por qué en nuestra raza tan poco frecuente? José de Campos, pensador del siglo XVIII, escribía «Las virtudes de condescendencia son escasas en los pueblos pobres». «Es decir, en los pueblos débiles», termina el filósofo español de nuestros días.

¡Oh! tristes palabras, como convenís a nuestros defectos, habéis atravesado el océano para caer como un haz de fuego sobre nosotros.

* * *

El caso de los estudiantes ha de ser examinado con calma. «Los estudiantes en Alemania, dice Paulsen, se mezclaron en política junto con los profesores universitarios en el período comprendido entre las guerras napoleónicas y las revoluciones de 1848. Cuando el patriotismo alemán era oficialmente perseguido como alta traición, ellos despertaron y mantuvieron vivo el espíritu de la unidad nacional. Cuando los príncipes y hombres de estado alemanes, sea por incompetencia o en virtud de un porfiado particularismo, rechazaban la unidad, los profesores y los estudiantes se arrojaron a la brecha....

«Ahora que el gran problema nacional ha al-

canzado una solución por lo menos provisoria, el estudiante no desempeña un papel conspicuo en nuestra vida pública. Esta debe ser la condición normal. En otros países, en Rusia, Italia, Grecia y también en Austria-Hungría es diferente. Cabe decir que constituye un síntoma de malestar político que el estudiante desempeñe un papel activo en la vida pública. Significa ese hecho una indicación de que el Estado y los hombres que lo guían no satisfacen los instintivos anhelos del espíritu nacional, sea en las relaciones interiores o en las exteriores» (1).

No estará demás agregar que Federico Paulsen no ha sido ni un revolucionario ni un agitador, sino un gran profesor de filosofía en la Universidad de Berlín.

Al claror hecho por las palabras de Paulsen se presentan los jóvenes estudiantes tomando el lugar que les tocaría a los hombres. No es en verdad el papel que les corresponde; entraña un mal que los jóvenes lleven demasiado temprano sobre sus hombros las responsabilidades y angustias de la virilidad. ¿Pero qué hacer si no hay hombres o si los hombres fallan? También es contrario a todas las reglas de la humanidad que los niños y las mujeres empuñen las armas en el duro trance de la guerra; sin embargo, así

(1) Las universidades alemanas.—Lib. IV, Cap. V.

han debido hacerlo no pocas veces para ocupar a falta de hombres, el sitio dejado por los guerreros caídos.

En este caso se ponen de manifiesto las virtudes heroicas de una raza; pero no es posible negar que hay también reverberaciones de heroísmo en las irrupciones de la juventud. Se hará tal vez la pregunta de qué analogía es dado establecer entre una y otra situación; y a esto se responderá que ambas emergencias tienen de común que aspiran a colmar un vacío con la distinción de que la falta de hombres en los campos de batalla es un hecho físico y su falta en las lides cívicas es un hecho de carácter ético.

Cada nueva generación humana es como una *poussé*, un envite de la vida en la lucha de lo espiritual contra la materialidad. Al despuntar la adolescencia y por un buen número de años agujijonean a la mente juvenil, al lado de las tiernas inquietudes del amor, las interrogaciones sobre los sentidos que es dado señalar a la existencia. Estas son las horas de los grandes ideales. Desde esa altura ideológica miden los jóvenes a los hombres y suelen encontrarlos pequeños. Decidnos, vosotros mismos, señores graves, señores representativos, si no hay motivo para ello. ¿No es verdad que los jóvenes no pueden dejar de ver que el decantado buen juicio, sino y discreción de los hombres maduros, no

pasa frecuentemente de ser más que cobardía moral, resignación, mísero cálculo, complicidad abyecta con los intereses creados, sumisión despreciable a las sugerencias de los poderosos? Los hombres que han descendido a este estado, han visto esfumarse sus ideales; hacen la vida al día; se hallan interiormente descoyuntados y sólo son como los portadores de su propio cadáver. Uno de esos hombres me decía, en un instante de confesión dolorosa, que lo único que sabía de cierto era que no debía suicidarse... todavía; y otro que se acostaba todos los días pensando con deleite cuán feliz sería si no despertara más del sueño de esa noche. No se puede negar que este es un caso de felicidad de ultratumba.

En esos momentos de desolación, los ideales, como aves fugitivas de un campo batido y arrasado por los hombres, van a buscar un refugio en el pecho de los jóvenes. «Lo más interesante y de mayor valor en un hombre son sus ideales y supercreencias, ha dicho William James. Lo mismo cabe decir de las naciones y de las épocas históricas».

Bendigamos, pues, la hora en que los jóvenes dan calurosa hospitalidad a los ideales y se alzan en guardadores de un tesoro del alma humana. No es raro que el joven en este caso, llevando el corazón henchido, cual de hidalgo manchego, incurra en desmanes y tropelías: en me-

dio de lo que se le presenta como claudicación general se arroja a proclamar lo que él estima la verdad desnuda y ansía sacrificarse por la justicia. La savia nueva, antes de encauzarse, o ¡ay! de agotarse, estalla a veces de manera violenta y desatentada. Pero aún en esta forma podemos decir, completando las palabras del filósofo norteamericano recién citado, que «los excesos en que caen (por causa de los ideales) los individuos y las colectividades, resultan a la larga compensados y provechosos en definitiva para la humanidad».

Luego hay que tomar en cuenta la acción de nuestro ambiente social, saturado de política. Todo invita en nosotros a la actividad política. El tinglado de los políticos es el que se destaca más alto en nuestro pequeño mundo. El tipo del hombre más representativo es por ahora entre nosotros el parlamentario, sobre todo si reside en la capital y tiene fortuna. En este caso no cabe pedir más; ese favorito de los dioses significa una conjunción de los valores supremos. El sabio, el artista, el cientista, el hombre de letras se nos presentan como seres incompletos, espíritus mutilados, sombras que han pasado por la superficie de la tierra sin haber sabido exprimir el jugo de la realidad. Los órganos de publicidad y de opinión se conjuran inconscientemente para mantener esta tabla

artificial de valores. La prensa proclama entre nosotros que un hombre *ha llegado* cuando ocupa un sillón en la Cámara o se le confía una cartera ministerial. Si se trata de una persona de origen modesto, se le consagra un *self made man*. Poco importa que hayan transcurrido antes sus años más eficientes, los gastados en la mejor formación de su individualidad, en la labor más proficua de su vida; nó, aún no había llegado; para ser hombre de valía propia le faltaba el nimbo efímero de la exhibición en el escenario político. Parece increíble; sin embargo es así. El *arribista* se forma pronto su concepto de la vida; quiere ser diputado y ministro.

¿Qué de extraño entonces que los jóvenes se sientan arrastrados por esta corriente y coloquen en el primer plano de su interés a los problemas políticos?

Estamos de acuerdo en que sería conveniente que esto no sucediera; pero para conseguirlo es menester cambiar nuestro ambiente en general y el ambiente que rodea a los estudiantes. Con lo que indicamos una labor social y una labor universitaria por desarrollar.

Antes de entrar a elucidar estos puntos digamos que buen número de cosas de los estudiantes deben ser tomadas en broma o sometidas a la reacción del ridículo y no levantar gran bulla sobre ellas. Suelen carecer los estudiantes de ló-

gica integral. La fuerza intelectual despierta en ellos con exuberancia. Así como el exceso de elasticidad muscular se manifiesta en los muchachos de pocos años en un andar desordenado que no va nunca derecho a su fin sino que avanza saltando, retrocediendo, corriendo a los lados, de igual suerte los jóvenes necesitan ejercitar su inteligencia y lo hacen sin sujetarse ni poco ni mucho a métodos y objetos determinados. Abordan los problemas de mayor complejidad con ligereza, con cierto diletantismo deportivo. Se les puede comparar todavía a los niños: como estos a jugar con fuego son ellos aficionados a jugar con las ideas. Una observación análoga ha hecho Keppel, de la Universidad de Columbia a propósito de los estudiantes norteamericanos. No ha faltado quien diga allá también que los colegios son antros de ideas subversivas y Keppel ha contestado en pocas palabras que efectivamente los jóvenes suelen divertirse en jugar a ser socialistas.

Las algaradas de los hombres graves recuerdan lo que hacen las ayas nerviosas cuando sacan niños a paseo. Van reconviniendo sin cesar a los chicos, gritan al menor salto que dan y si por casualidad alguno tropieza y cae, en lugar de dejar la cosa en lo que es, casi nada, la echan a perder por completo dándole de golpes al pequeño culpable. Con un poco de

calma y otro poco de risa, todo se habría arreglado. ¡Cuántas veces podría haber ocurrido lo mismo en algunos conflictos estudiantiles! Mas, hay que convenir en que la psicología de los hombres graves es un tantico más complicada que la de las ayas: debemos agregarles a ellos el ponzoñoso *virus* político. Por otra parte, la ironía, la divina y eficaz ironía no es todavía un instrumento de uso nacional. Aún se prefiere la penca. Falta de cultura intelectual.

* * *

Decíamos que la modificación de la situación general de los estudiantes requiere una labor universitaria y una labor social. Establezcamos desde luego qué entendemos esta última principalmente como cooperación a la universidad.

Ocupémonos de nuestra universidad en la totalidad de lo que es y de lo que debiera ser. O si se quiere, ocupémonos de nuestras universidades.

En realidad, no tenemos ninguna completa en el sentido moderno de la palabra. La de Chile, la mejor de todas, la Universidad por antonomasia, no forma más que un conjunto

de escuelas profesionales, algunas de ellas muy buenas y enaltecidas por merecido prestigio. A la Católica no la distingue ningún carácter más; al contrario, cuenta con un número menor de escuelas que la del Estado y lleva como principio orgánico fines reñidos con el verdadero espíritu universitario, fines de proselitismo. La de Concepción, que registra apenas tres años de funcionamiento, planeada con muy buenos propósitos, algunas valiosas iniciativas y un criterio amplio es más pequeña aún y no ha pasado tampoco del grado profesional en su desarrollo.

En las observaciones que siguen tendremos ante todo en vista a la Universidad del Estado.

Grande ha sido su obra en favor de nuestro progreso educacional; más no se trata ahora de efectuar el balance de lo que se ha hecho sino de la menos grata, pero necesaria tarea de hablar de lo que queda por hacer.

Nuestra Universidad no constituye todavía un centro de investigación científica, función fundamental en todo instituto de esta clase. No cuenta ni con los elementos y medios de investigación ni con investigadores. No está organizada aún la carrera del profesorado universitario. Por excepción en algunas escuelas uno que otro maestro llevan a las aulas los destellos de su vocación, de su dedicación al estu-

dio, y de su renuncia abnegada a ambiciones extrañas al magisterio.

De Extensión Universitaria no hay nada. Como hemos visto en capítulos anteriores, esta función representa un grupo de las actividades más importantes de las universidades norteamericanas. Por medio de ella se mantiene la universidad en contacto íntimo con la sociedad que la rodea, atiende con interés a la satisfacción de sus necesidades culturales, y, por gratitud y reconocimiento, consigue en cambio fácilmente los recursos que ha menester para su desarrollo (1).

Llegamos al tercero y último punto deficiente: el trato y educación de los estudiantes.

Siguiendo el ejemplo de las universidades alemanas y francesas, entre nosotros a los estudiantes después de la matrícula se les abandona a su suerte. Se presume que a esas alturas de la vida han alcanzado la madurez necesaria para saber manejarse por sí mismos. Muchas veces no pasa de ser ésta una presunción gratuita y los pobres muchachos se hallan sumidos

(1) En Santiago ha funcionado desde varios años una Extensión Universitaria, sostenida por la Asociación de Educación Nacional. Ha sido una laudable iniciativa y que ha exigido sacrificios; pero ha consistido sólo en la parte mínima de una verdadera Extensión, porque se ha reducido a unas pocas conferencias públicas repartidas en el curso del año.

en una desorientación abrumadora. En los Estados Unidos, reaccionando contra el *laissez-faire* de los institutos europeos, se hace objeto a los estudiantes, como hemos observado, de una atención minuciosa, llena de afecto, y muy atinada. Ya hemos conocido el importante papel que desempeñan allá los decanos de los hombres y las decanas de las mujeres. La universidad se preocupa desde el primer momento de la salud de los estudiantes, de sus habitaciones, de su moralidad, ejercicios y entretenimientos. Nada de esto ocurre aún en nuestro país. Se agrava esta situación de aislamiento en que queda el estudiante con el hecho de que por lo general los profesores se mantienen muy alejados de él. Se comprende que esto suceda así con profesores que no son universitarios de profesión. Están ahí sólo para hacer sus clases y nó para ser psicagogos, conductores de almas.

Cuando el jóven va de un hogar ordenado y le es dado vivir en una casa bien acomodada, no son tan sensibles las malas consecuencias del abandono; pero cuando tal no acontece, ya es distinto. Los graves censores de los estudiantes debieran conocer las duras condiciones en que tienen que vivir muchos de ellos y talvez llegaran a calcular con qué facilidad pueden germinar en el desamparo ideas extremas. Entonces entrañaría un gran bien que el jóven se

sintiera en el seno de un *alma mater* solícita y bajo el calor de los consejos sostenedores de profesores amigos.

También hay algo que decir de los métodos y planes de estudio.

No es aventurado atribuir al no empleo de métodos activos y experimentales en nuestros estudios superiores gran parte de las falsas ideologías que prenden en los cerebros juveniles. La actitud pasiva en que se mantiene a los estudiantes en las clases, la poca o ninguna participación que toman en trabajos de laboratorio o seminario y la falta de contacto con la realidad, hacen que su ilustración sea principalmente libresca y que carezcan de la ponderación necesaria para rechazar proposiciones quiméricas que los halagan.

Para estimular la iniciativa y mayor actividad de los estudiantes sería igualmente conveniente introducir el sistema electivo en los planes de estudio. Esta innovación permitiría exigir mayor suma de trabajo de los jóvenes que elegido a gusto de ellos, no podría ser sino provechoso. Y a fin de dar más oportunidades al ejercicio de su responsabilidad debería favorecerse la formación de Consejos de Estudiantes de los cursos superiores a los cuales se acordaría cierta intervención en la marcha y disciplina de las escuelas.

Se dice que los estudiantes son ingratos con el pasado, no respetan la tradición y niegan la patria.

Ellos han declarado que sus palabras respecto de la patria han sido objeto de torcidas interpretaciones. No la niegan. La patria es una triple realidad, geográfica, histórica y de raza. ¿Cómo negar estos hechos? En ellos viven encarnados los afectos que suscitan y cuya expresión condensada es el amor patrio. Lo que ha ocurrido es que al frente de las exageraciones patrioterías de los *chauvinistas*, ellos han subrayado el concepto de humanidad, pero entendiendo que ambos términos no se excluyen sino que armonizan entre sí. Amor a la humanidad no puede significar disolución de la patria en el conglomerado informe del total de los hombres sino sencillamente amor a la justicia y horror a la guerra. No son otras las connotaciones del término. ¿Habría alguien de cacumen tan estrecho que sostenga que el amor patrio excluye el amor a la justicia y el horror a la guerra?

Para hacer querer el pasado y la tradición no se conocen otros procedimientos, aunque parezca un truismo, que presentarlos bajo una luz interesante que, con crítica imparcial dé realce al verdadero valor que tengan. Es verdad que nuestros jóvenes leen sólo autores contempo-

râneos; de primera fila sí; pero casi siempre revolucionarios o exclusivamente artistas que alardean de no respetar ni la moral ni la ciencia. Los autores nacionales ocupan un lugar muy reducido en sus devociones.

Habría, pues, que proporcionarles distinto alimento para sus inteligencias o, por lo menos, hacer que esta nutrición sólida la tomaran junto con las golosinas que ellos prefieren.

Es esta una tarea muy delicada que, a mi entender, sólo de dos maneras se puede llevar a cabo en buenas condiciones: por el trato continuo de los profesores con los estudiantes y por la erección de cursos extraordinarios. Al lado de los cursos regularmente profesionales podrían funcionar otros de carácter más definitivamente cultural y científico, de duración de un año, seis meses o menos. Estos los aprovecharían los estudiantes sea libremente, o haciendo uso de las facilidades que ofreciera el sistema electivo para que el tiempo empleado en ellos se les tomara en cuenta al momento de graduarse.

Tales cursos se dan por centenares en las universidades norteamericanas. Todas las ramas de la filosofía, de la historia, de la política, de las ciencias sociales y de las bellas artes figuran en ellos.

Entre nosotros, para los fines que se persi-

guen, ocúrreseme la fundación de algunos como los siguientes: Las utopías y las ciencias sociales. Los valores morales. La evolución política de Chile. Ensayo sobre los pensadores chilenos más representativos. Las revoluciones y la sociología. La filosofía griega. La filosofía del Renacimiento, de los tiempos modernos y de la época contemporánea. Psicología social. Psicología de los pueblos hispano-americanos. Historia de la literatura chilena; y cuántos más.

—¿Por qué éstas y otras reformas de que hemos hablado no se llevan a cabo en nuestra Universidad?

Fuera de algunas ideas que pudieran encontrar resistencia,—tal como la del sistema electivo quizás,—principalmente por falta de recursos. Las actividades indicadas demandan ingentes gastos y la universidad vive únicamente de las mezquinas sumas que le asigna el presupuesto del Estado, lo que no le permite pasar más allá de atender en forma modesta a sus escuelas profesionales.

En los Estados Unidos los millonarios hacen caer sin cesar una verdadera lluvia de oro sobre los institutos de educación. La mayor parte de las cátedras y cursos extraordinarios a que se ha aludido antes se mantienen con los intereses de capitales donados por particulares. Entre nosotros no acaece todavía proporcionalmente

nada semejante. ¿Se les ha ocurrido a algunos de esos señores acaudalados que declaman en contra de los estudiantes y de la Universidad, fundar algún curso permanente por el estilo? Jamás. ¿Se les ha ocurrido levantar un estadio o un gimnasio o abrir una biblioteca? Jamás. Sólo declaman; parecen ignorar que obras son amores. Es menester no engañarse al respecto: mientras la Universidad no reciba una cooperación efectiva y generosa de los particulares y viva atada a los solos dineros del Estado le será imposible llenar la amplia misión social que se debe esperar de ella.

Piensen nuestros ricos en enmendar rumbos si quieren que ciertos elementos sociales y la juventud los enmiende. Fuera de la erección de algunas obras piadosas, han sabido tener clubs sociales y clubs hípicas que figuran entre los mejores del mundo; pero no se han mostrado capaces de sostener universidades ni institutos de cultura. Falta de necesidades y orientaciones espirituales. Y en virtud de una contradicción curiosa no es raro oír de esas mismas personas denuestos en contra del ruin materialismo que todo lo invade y degrada (1).

(1) Debemos mencionar aquí en términos de elogio y gratitud y como una excepción a lo que afirmamos en el texto, el cuantioso legado dejado por el señor Belisario Torres para una casa de estudiantes, el que hizo don Pedro Montt de su biblioteca al Instituto Nacional, y algunos pequeños legados hechos por don Marcial Martínez en favor de la Universidad y de dos Liceos.

*
* *

Ha llegado el momento de hablar del problema que tanto nos interesa y tanto agita a los jóvenes: del problema social.

Hagámoslo en forma de amistosa charla y sin otra pretensión que la de proyectar luz sobre algunas fases de esta compleja cuestión.

Sabemos a través de qué prismas la contempláis, prismas colocados a veces por la misma desorientación de que hemos hablado, sabemos con qué premisas y sentimientos caldeados por la pasión de vuestros años la encaráis, vosotros jóvenes. La dolorosa miseria de los desvalidos que tanto abundan en las capas bajas de la sociedad os conmueve; sentís como un *presabor* de hastío al ver la monótona existencia de la innumerable gente que apenas tiene para comer, los derroches de las clases afortunadas os sublevan, y os indigna el histrionismo de algunos políticos. Luego habéis hecho fácilmente vuestros los evangeliós revolucionarios, las teorías redentoras que trastornan al mundo occidental. Es natural, es un alivio entregarse con toda el alma a principios tan hermosos como aquellos del maximalismo que dicen: «El que no trabaja,

no come», (salvo incapacidad justificada, se entiende) y «El que no trabaja, no vota». ¿Hay nada más simplemente justo y humano?

Mas en seguida, para implantarlos se preconizan la revolución, el comunismo violento, la dictadura del proletariado.

Tras esta disposición revolucionaria, no cuesta descubrir que obra, como resorte escondido un sofisma de la pereza, de una doble pereza, intelectual y de la voluntad. Es más cómodo exclamar: «Todo está podrido, vamos a derribarlo y cambiarlo de raíz» o «venga el caos antes que lo que existe», que ponerse a hacer concienzudamente el diagnóstico de una situación, valorizar sus detalles, calcular lo que conviene hacer y prever hasta donde sea posible, sus consecuencias. Es más cómodo y requiere menos esfuerzo arrojarse a transformar bruscamente de un golpe la sociedad, como por ensalmo, que concentrar un bien meditado programa de reformas y perseguir su realización con perseverancia tenaz e infatigable. Es más fácil hacer brillar las facetas de una crítica negativa, en lo que se destacan con facultad característica los espíritus jóvenes, que llevar a cabo obra de construcción positiva.

Las razas meridionales se han manifestado siempre muy predispuestas a caer en estos sofismas e inclinadas, no a la perseverancia del

reformador, sino a los movimientos violentos e impulsivos del revolucionario. Nosotros podemos figurar con buenos títulos, entre los pocos pueblos pacienzudos de la América Latina; pero no faltan en nuestro seno cerebros meridionales. Además, siempre existen edades meridionales. En el transcurso de mi no muy larga experiencia, he conocido buen número de inteligentes jóvenes que de los 20 a los 25 años eran furibundos revolucionarios, y que después, sin ser víctimas de ninguna medida de represión, por la sola acción sedante del tiempo y del medio social, se convirtieron en demasiado adaptados y sonrientes burgueses.

—¿Significa lo dicho que todo movimiento revolucionario haya de ser condenable? De ninguna manera. La revolución es santa y justa cuando se cierran las salvadoras puertas de la reforma, o la situación es tal que no admite más salida que la ruptura, como aconteció en la revolución de nuestra independencia.

Son propias de la actitud revolucionaria la intransigencia y la intolerancia. Como lo son de la actitud reaccionaria. Por donde se confirma que los extremos se tocan.

La Tercera Internacional de Moscú dice en la duodécima de las condiciones señaladas a los partidos socialistas: «En la época actual, de

encarnizada guerra civil, el Partido Comunista no puede cumplir su misión si no está organizado de la manera más centralizada, si no es admitida en él una disciplina de hierro, rayana en la disciplina militar, y si su organismo central no está provisto de amplios poderes, no ejerce una autoridad indiscutible ni goza de la confianza unánime de los militantes». Afirma todavía la Internacional que «como todo Estado, el Estado proletario es un instrumento de represión». Es ostensible en estas palabras un programa de intransigencia no inferior en dureza al de ninguna de las iglesias que han oprimido hasta ahora a los hombres. ¿Qué habría avanzado entonces, oh cruel destino insaciable, qué habría avanzado la humanidad después de todos los sacrificios que con esperanzada resignación de mártir ha sobrellevado por la libertad?

José Ingenieros va más lejos aún. Con arrebatado, con calor de iluminado proclama la intolerancia del dogma revolucionario. «Se cree o no se cree en la revolución rusa, dice; adherir a ella es un acto de fe en el porvenir, en la justicia, en el progreso moral de la humanidad. La actitud crítica durante la lucha demuestra falta de fe y es obra de enemigos. Los distingos y las reservas equivalen a negaciones, son más nocivos que la traición franca y desembozada. Se mar-

cha o no se marcha; se cree en el pasado o en el porvenir» (1).

Confieso que estas palabras me han producido estupor, pero ha sido un estupor sonriente. Ingenieros, el escritor avezado y pensador eminente, se ha desgañitado en declamaciones diti-rámbricas dignas de un colegial ingenuo. Ingenieros, hombre de ciencia, psicólogo, sociólogo y filósofo, renuncia a la «actitud crítica»; mas no sólo renuncia él, sino que conmina a los demás a que renuncien o reciban sobre sus cabezas el rayo que se fulmina contra los traidores y renegados. Es verdad que completa su pensamiento agregando «durante la lucha»; pero aún así queda algo de inexplicable en esto. Comprendo un sabio maximalista; pero no un sabio intransigente. La actitud crítica es el ejercicio de la noble libertad de pensar, entraña uno de los más altos ministerios de la inteligencia, significa flor suprema de la cultura humana que permite que en medio de las turbulencias de las masas sociales, haya guías espirituales, de no perturbada serenidad, que conserven la facultad de decir la verdad, simplemente la verdad. ¿Cómo despojarse de este precioso tesoro, la más cara conquista del progreso, que constituye el superior atributo de todo hombre y en particular del

(1) «Los Tiempos Nuevos».

hombre de estudio? El pensador que voluntariamente lo hace, cercena de su personalidad su poder distintivo y pasa a ser un creyente. «Se marcha o no se marcha, ha dicho el escritor argentino; se cree en el pasado o en el porvenir». No hay entonces más porvenir concebible que el planeado por los bolcheviques? ¿O no se presenta otro modo de llegar a un gran porvenir, semejante si se quiere, al soñado por los mismos maximalistas, que por medios bolcheviques? No lo creo. Está visto que lo que los creyentes ganan en fe, lo pierden en lucidez de espíritu.

Se complacen los revolucionarios en afirmar que el movimiento maximalista, por su fuerza, su inspiración y la redención que lleva de lema en sus banderas, tiene caracteres que lo asemejan al cristianismo y a la revolución francesa. Sin dificultad convendría yo en que por sus pretensiones y proporciones, representa el maximalismo una corriente aún más poderosa que la de la gran revolución; pero esta circunstancia no probaría nada ni respecto de su justicia ni de lo acertado de sus medios de acción.

Aquella comparación, por otra parte, en vez de hacernos perder la claridad del espíritu y de que vayamos tras del nuevo evangelio, como seres sin albedrío, arrastrados por un torrente, debe invitarnos a meditar. No es improbable que de todos modos algún torrente nos arrastre,

pero pensemos. Si el maximalismo asegura que su imperio va a traer la felicidad entre los hombres, se ha equivocado al ir a buscar un amparo en los ejemplos del Cristianismo y de la Revolución, porque ambos representan en conjunto el fracaso de las más caras ilusiones desde el punto de vista de la dicha completa de la humanidad.

—¿No prueba ésto la situación actual?

Es cierto que el Cristianismo empezó por decir que su reino no era de este mundo, con lo cual trasladó toda esperanza de dicha a las regiones de ultratumba; pero también es verdad que al cabo de tres siglos, cuando tuvo el poder, tomó con muchísimo celo los intereses terrenales en sus manos, para ordenar conforme a su ideal y conveniencia las cosas de esta vida. Todo estuvo a su disposición para ejercer el más incontestable imperio sobre los hombres. A fin de mantenerlo y extenderlo, las obras de la educación y de la persuasión se insinuaron en las almas, el cilicio de la penitencia mordió las carnes pecadoras, el tormento enmudeció y enloqueció las inteligencias, y azotados por el huracán de la intolerancia, el fuego redujo a cenizas a los herejes por millares, y corrieron ríos de sangre para extirpar a los enemigos de la religión y de la fe. ¿A dónde hemos llegado después de tan cruentos sacrificios? ¿A dónde hemos llegado

después que el Cristianismo, ha dirigido casi exclusivamente durante quince siglos, los destinos del mundo occidental? A que la humanidad en general, desengañada, busca y quiere la felicidad en esta tierra, sin cuidarse de dogmas, y a que los mismos cristianos, concedores de las ineludibles tendencias nuevas, han venido a dar a la religión un sentido de servicio social, como ocurre en los Estados Unidos, dejando los dogmas relegados a segundo término.

Las anteriores palabras no deben entenderse como una negación de las valiosas aportaciones de detalles con que el cristianismo ha enriquecido la civilización occidental ni tampoco en el sentido de que él no pueda ser tenido como un poderoso cooperador en la solución de los problemas sociales, siempre que ponga su fuerza espiritual al servicio de estos objetivos y deje los dogmas en el santuario de las venerandas cosas del pasado.

La Gran Revolución es la manifestación ostensible, el estallido de la crisis que se venía preparando en la sociedad cristiana desde el Renacimiento, en lo que se refiere a las creencias religiosas, y desde fines del siglo XVII en Francia, en lo relativo a la crítica del organismo social y político. La Revolución barrió momentáneamente con el antiguo régimen sostenido y amparado por la Iglesia, que era uno de sus po-

cos beneficiarios. Digo «barrió momentáneamente», porque después fué restablecido en parte; pero en lo esencial quedó abolido para siempre.

Sobre las ruinas se levantó el imponente monumento de un nuevo derecho en cuya eficacia, para hacer la felicidad de los hombres, abrigan fe apostólica sus autores. A fin de que el evangelio revolucionario recibiera la implantación plena que necesitaba, no se reparó en medios: persecuciones implacables, prisiones, confiscaciones de bienes cayeron sobre los ciudadanos, y su sangre ahogó a París en sollozos trágicos en los días del Terror.

Sin negar tampoco que la Revolución significa el principio de una nueva era y que la civilización del siglo XIX ha sido en los rasgos fundamentales su obra, ¿cabría afirmar que los acontecimientos han correspondido al ensueño de los revolucionarios? Las agitaciones de las masas populares en contra de los burgueses, principales usufructuarios del nuevo régimen, y todas las demás atormentadas perturbaciones de la pasada centuria y de nuestros días sostendrían lo contrario.

Sin embargo, Ingenieros, buscando puntales para su intransigencia, dice: «Análogo conflicto espiritual planteó en el mundo civilizado la Revolución Francesa; hubo que optar entonces entre el absolutismo por Derecho Divino y el Cons-

titucionalismo por Soberanía Popular. Durante la lucha no hubo estados de conciencia intermedios. Se estaba con Francia o contra Francia, sin entrar en distingos jesuíticos. Hoy, como entonces, hay que optar entre el privilegio que defienden los improductivos capitalistas y la justicia que anhelan los productivos trabajadores. No es posible engañarse: se está con Rusia o contra Rusia».

Esto es, por un lado se va a la regeneración y al progreso y por el otro a la estagnación, al retroceso, a la ruina. No obstante, la historia muestra cómo ha sido posible tomar casi todo lo bueno de la Revolución sin sus horrores ni violencias. Inglaterra estuvo en aquellos momentos en contra de Francia; pero esta circunstancia no fué un estorbo para que en las primeras décadas del siglo XIX entrara por una senda de reformas democráticas que pronto, sin revoluciones, por obra de luchas cívicas sostenidas en un proceso evolutivo admirable, la condujo al punto de ser una de las primeras democracias del mundo, antes que la Francia alcanzara este ideal y más avanzada que la misma Francia.

En el Cristianismo y la Revolución hemos encontrado de común análoga ilusión: hacer la felicidad de los hombres y para conseguirlo en el futuro de un modo definitivo perseguir mien-

tras tanto a los disidentes y concluir con ellos; a fin de que imperen un día con soberana luz la justicia, la libertad y el derecho, declarar entre tanto a la humanidad en «estado de sitio» y suspender las garantías de la justicia, la libertad y el derecho.

Que de todos los ideales que caldearon el alma de los apóstoles de la fe cristiana y de los corifeos de la Revolución sólo una parte haya logrado incorporarse en la realidad, es natural. También lo es que la sociedad, después de cada uno de estos parciales fracasos, haya seguido dando tumbos en busca de nuevos asideros, de nuevas soluciones para sus tribulaciones y angustias.

Lo contrario habría sido sobrehumano. Una solución definitiva sería la paralización de la vida.

Lo ocurrido nos pone asimismo de manifiesto el principio sociológico de que la sociedad humana, por su naturaleza, no admite cambios que la modifiquen de raíz, *de fond en comble*, y que las reformas que resultan son aquellas que se insinúan, se infartan en lo existente. «La razón es una divina línea recta», ha dicho Barbusse; más la historia nos prueba que en materias sociales la divina línea recta es un augurio de fracaso, es la más ingenua sinrazón.

Pero la ilusión, Proteo inagotable mientras haya vida, es inmortal y ahora se nos presenta

con los relieves del maximalismo. Sus apóstoles repiten los mismos gestos que los de movimientos anteriores, anuncian a los hombres que ha llegado por fin la hora de la verdadera felicidad sobre la tierra, felicidad que se hará con el tratamiento que ellōs aplicarán a la humanidad doliente.

Es lo de antes: proceder con los hombres como con niños recién nacidos y agarrotarlos, mantenerlos empalados, mientras se les reconoce la capacidad de andar por sí mismos. Y a los que resistan, muerte con ellos.

¿Vamos a abdicar de nuestro don de pensar y a comulgar inocentemente con este ensueño quimérico? ¿Vamos a olvidar las experiencias anteriores y figurar en las comparsas de una nueva dictadura como si no supiéramos cuánto desengaño inevitable trae este proceso? ¿Vamos a creer siquiera que este haya de ser el último tributo de sacrificios, el último ensayo de mejoramiento que tiene la humanidad cuando se le abren millares de siglos por delante? ¿Podríamos decir razonablemente: «Vengan la sangre y el fuego a purificarnos, ya que éste será el postrer holocausto de nuestra peregrinación?» No sería conforme a los más elementales dictados de la cordura y de la ciencia.

La cuestión social, no obstante sus caracteres comunes en todas partes, va a ir recibiendo

soluciones variables de acuerdo con la idiosincrasia y preparación de los diferentes pueblos. No serán soluciones de una vez por todas. La evolución irá acarreado incesantes modificaciones y a los sueños «sobre la piedra inmaculada» no se le señalan límites. Hasta el colectivismo cabe dentro de ellos.

Dediquemos dos palabras al asunto de la revolución y de la dictadura del proletariado en nuestro país.

Podemos estar contentos o descontentos de nuestro progreso. Esto es relativo y nuestro sentir dependerá del punto en que nos coloquemos para mirarnos a nosotros mismos. Poned un conjunto de naves en alta mar. Se nota entre ellas variada diversidad de dimensiones y de tonelaje, de poder en las máquinas y de gallardía y color en las tripulaciones. Todas van con rumbo hacia el norte, hacia el norte de sus ideales o de sus destinos; pero avanzan con diferente celeridad, como una bandada en desorden. Algunas se han adelantado tanto que no se divisa ni el humo de sus chimeneas; otras marchan más o menos hermanadas en el andar y no pocas han quedado rezagadas atrás. En esas condiciones, de una nave comparada con otra se dirá que ha progresado o nó según sea la rapidez relativa de las dos; pero si los de la nave se limitan a contemplar la estela que va dejando, po-

drán sentir la satisfacción de haber avanzado sin cesar.

Tal ocurre con los países. Si dirigimos los ojos a nuestra historia, no nos será negado el regocijo de afirmar que hemos realizado muchos apreciables progresos. Aun nos es posible mantener la afirmación comparándonos con buen número de pueblos de nuestra raza y otros continentes; mas no podemos librarnos de la angustia de nuestras inferioridades si queremos extender el parangón hasta las naciones que llevan la antorcha de la más alta civilización. En ciertos casos nos sirve de excusa la mayor antigüedad de algunas de ellas, pero en otros no nos es dado tomar ni ese lenitivo. Sobre todo en el orden demográfico y económico debemos consignar la existencia de fracasos manifiestos. Nuestra población en su cifra total, apenas alcanza a la mitad de la de Nueva York y de Londres. El país, en lo que se refiere a su acertada explotación, me parece la Bella Durmiente del Bosque, que espera al príncipe que con su amor la ha de despertar y hacer fecunda. Al príncipe, el pueblo en su integridad, lo encontramos desorientado, adormilado, principalmente en las ciudades, a la sombra de valores aparentes y convencionales, o ignorante y no educado, o ¡ay! a veces descoyuntado por los vicios. Perdonadme una frase digna de cualquier orador po-

lítico: necesitamos, pues, despertar, crecer, progresar.

Ahora cabe preguntarles a los maximalistas: ¿Queréis el desarrollo y el bien del país en su acepción integral? ¿O vais tras la dictadura del proletariado para que los proletarios se repartan como amos y disfruten en provecho propio el botín de la victoria? En este caso no vendría bien acusaros de falta de lógica, pero sí de falta de justicia. Comprendo que pueda haber gentes para perseguir este fin, pero se resiste a quedarse en mi pecho la idea de que estudiantes figuren conscientemente, reflexivamente entre ellos. Siempre ha estado pronta a brotar de mis labios una defensa para los jóvenes, porque los considero abrazados por el más puro amor a la justicia, a una justicia social completa y nó mutilada por pasiones, odios, mezquinos intereses y sectarismos.

¿Entonces la verdad estaría en que los maximalistas y los jóvenes que hay entre ellos identifican la dictadura del proletariado con el bien general?

En este caso habría que acusarlos ante todo de falta de lógica, de falta de apreciación de la realidad, de error. Estamos de acuerdo en nuestros atrasos y desaciertos. Agreguemos aún que ha habido en nuestro país explotación de las clases bajas, que han sido tratadas hasta los

últimos años con suma negligencia y abandono. Casi todos los obreros han vivido miserablemente, en habitaciones sórdidas, sin la menor educación, contando el pasar de su triste existencia entre las horas del duro trabajo y las del tedio abrumador, sin otras distracciones que el alcohol y las riñas.

¡Cuánta injusticia! ¿Pero creéis vosotros que el remedio de esta situación, la clave de la prosperidad nacional se halla en la dictadura del proletariado y en la socialización de los medios de producción? Ah! nó; nunca en lo que se refiere a la dictadura de una clase. Una mayor o menor socialización dependerá de la eficiencia y perfección de los individuos, y quién sabe qué dirá sobre esto todavía un porvenir lejano.

Aquí radica una de las principales complicaciones de nuestros problemas sociales. Las clases obreras se han levantado altivas a reclamar una nueva situación; pero en virtud del mismo abandono en que se les ha mantenido y de su falta de cultura, carecen de la preparación necesaria, para asumir una posición directiva, y, lo que es peor, han mostrado muchas veces que no han sabido ni aprovechar los mejoramientos de que han sido objeto. Los mineros de un establecimiento carbonífero decían hace poco a un delegado del Gobierno: «Somos muy ignorantes para comprender el seguro obrero y desconfia-

mos de ésta y otras medidas parecidas. Queremos aumento de salario». Y las compañías carboníferas han experimentado que cada elevación en los salarios ha ido acompañada de disminución de la producción, porque los obreros, ganando más, han trabajado menor número de días.

En busca de las causas de nuestros males, podríais decir que ha habido incompetencia en las clases que han tenido en sus manos el poder: sí, incompetencia, indisciplina y egoísmo. No se trata de negar que hayan actuado en nuestra vida pública hombres bien intencionados, algunos eminentes, abnegados y patriotas; se trata de un juicio de conjunto. Pero salta a la vista que entregar el timón del Estado a los proletarios sería sustituir esos defectos por otros de la misma calidad y de mayor intensidad, por más incompetencia, más indisciplina y más egoísmo. ¿No estamos observando cómo los partidos avanzados, que dirigen la nación en estos momentos, sea por las incompatibilidades parlamentarias o por otra causa, no tienen exceso de hombres para hacer gobierno? ¿Dónde irían los obreros como Pompeyo, a golpear para obtenerlos? ¿Dónde irían a improvisarles la preparación que habrían menester? La misma duda cabe apuntar sobre su falta de educación téc-

nica y de disciplina del carácter para tomar la dirección de grandes empresas industriales.

Simpatizo ardientemente con todo el que trabaja, con los que sufren, con los humildes que, en repetida labor diaria, se ganan el sustento; pero creo que la dictadura del proletariado sería además de un trastorno general de proyecciones incalculables, un desastre para los proletarios mismos, que verían alejarse la hora del logro de sus más justas aspiraciones.

No queda otra senda que la de la educación y de las reformas. Ella es la señalada implícitamente en las mismas declaraciones de los estudiantes cuando proclaman la renovación constante de todos los valores y que no nos es dado alcanzar soluciones definitivas en los problemas sociales. Pero es menester tomar por esa senda de buena fe, de todo corazón, sin reservas, sin la inercia de las resistencias interiores. La resistencia a las reformas impostergables conduce a los cataclismos. A Luis XVI le costó la cabeza hacer traición a las medidas que él mismo aparentemente sancionaba. No corresponde a este libro, por su índole, entrar en los detalles de tales reformas.

Muy conveniente sería la organización en todos los centros industriales de departamentos, no sólo de bienestar, como existen en los establecimientos norteamericanos, sino de bienestar

y educación. Instalados con bastante amplitud de medios y de propósitos, prepararían con seguridad el advenimiento de mejores días. Por lo demás, baste decir que las reformas deben referirse tanto al cuerpo como al corazón y al entendimiento del proletario, que deben ser dirigidas, no a quien se teme como «roto alzado» sino a quien se ama como hermano, y que deben ser hechas con la abnegación y fe de quien aspira a traer sobre la tierra el reinado de la verdadera solidaridad social.

* * *

Al concluir este capítulo que ha estado dedicado a vosotros, jóvenes, permitidme la transcripción de unas líneas que he encontrado en un viejo libro religioso del Oriente. A pesar del tiempo transcurrido no dejan de tener, por rara coincidencia, aplicación en nuestros días. Es un libro algo ateo, pero vosotros sabéis que en el Oriente hay religiones ateas. Así no es de extrañar que en el relato aparezcan algunas vagas reverberaciones metafísicas. En esa obra, como en otras de su género, la sabiduría secular ha sido destilada en parábolas, narraciones y pequeñas historias. Trátase en este caso de las

palabras de un padre dirigidas a un hijo que, según los términos de los cuentos levantinos, salía a rodar tierras.

«El que ama, habló el padre, no desea más que la felicidad del ser amado. Por este motivo pueden resultar mis palabras en algún sentido incompletas, pero van empapadas en la potencialidad suprema de la vida, que es el amor.

«Conozco que tu corazón es generoso y claro tu entendimiento. Los dolores del mundo te van a atraer a los más nobles apostolados; pero no olvides que siempre hay que empezar por emprender la reforma de sí mismo antes de tentar la reforma de los demás.

«No olvides tampoco, como deber primordial, enriquecer en todo sentido la eficiencia de tu personalidad. No me digas que es este un credo egoísta. Hacer de la personalidad un centro de goces es egoísmo; pero no lo es constituir la en centro de perfeccionamiento continuo.

«Estos son principios de una sabiduría tan elemental como sólida, la única sólida quizás condiderada la vida en su totalidad.

«La hora en que el murciélago de la duda bata con sus alas las entrañas de tu espíritu ha de llegar. Procura alejarla; pero es una hora peligrosa con la que hay que contar. Solemos pagar muy caro nuestra superioridad sobre el insecto que cumple con su imperativo de amor

y muere. Cuando se ha deshecho en lluvia de lágrimas o se convirtió en hielo la nube rosada en que el amor nos conducía sobre la tierra y cuando no se encuentra en los repliegues del alma la seguridad, encanto de la juventud, de que el amor vendrá, negamos, hasta la luz y los ámbitos del universo se tornan en antros para nosotros. Viene el momento de las interrogaciones desesperadas; vano afán; las tinieblas implacables nos contestan solo con el eco sombrío de nuestras voces transformadas, sonando huecamente y diciendo: «nada», «nada», «nada».

«Nuestro espíritu desengañado se vuelve sobre los hombres y los encuentra malos, los encuentra míseros. El desconsuelo seca el alma y nos hace injustos.

«Aquí del ancla salvadora, la única talvez antes del nirvana. Riega en tu alma marchita la planta del sentimiento. Si el amor es dicha, es por lo que tiene de abnegación; si el amor es dicha es por lo que tiene de creación o de promesa de crear. Acuérdate de tu norma de perfeccionamiento interior; toma una actividad creadora,—no importa que sea humilde, no importa,—sé creador en la medida de tus fuerzas, y te sentirás colaborador en la indefinida creación espiritual en que están empeñados los hombres, te sentirás hermano de ellos y colaborador de

la divinidad. Nosotros no somos la última palabra de la vida».

El padre tomó con ternura entre sus manos la cabeza del joven, hundió los dedos con fruición en su cabellera fresca, lo abrazó y, tristemente lo vió alejarse y perderse en la luz de la mañana.

CONCLUSION

Hemos llegado al fin de la jornada. Haciéndome desenvolver la tela de mi memoria, retocar y reanimar las imágenes ahí guardadas, ella ha sido para mí como una renovación de mi viaje anterior, y mi alma, entregada a la delectación de admirar, siente la nostalgia de un peregrinaje de ensueño, de un país de maravillas.

En tiempos bárbaros o semi-bárbaros los monasterios fueron los únicos asilos con que contara la humanidad; ahora que el espíritu humano ha cobrado amplitud y se siente libre y en perpetua evolución ha ungido como sus santuarios y verdaderos asilos a las universidades. Todo ser humano no embotado por vulgar sensualidad necesita un hogar donde rendir culto a sus valores espirituales predilectos: quién va a ofrecer su adoración a la naturaleza; quién lo encuentra en los templos; quién lo erige en su taller, su laboratorio o su biblioteca; quién está

en el instante feliz en que basta con el seno de una mujer amada; pero el hogar común de todos los valores pueden ser hoy sólo las universidades.

Entre estos monumentos de la cultura los institutos norteamericanos ocupan un lugar eminente y pueden soportar sin desventajas el parangón con los mejores del mundo. El viajero que no haya conocido las universidades de los Estados Unidos se quedará ignorando una de las fases más interesantes del alma americana. Podrá hablar de Broadway, de cabarets, de rascacielos, de almacenes gigantescos, de ajetreo comercial, de la caza del dólar; pero no de honduras ideales y espirituales que habrán pasado tan desconocidas para él como tiene que serlo el corazón de una mujer para quien mira sólo su traje.

Evocan aquellas universidades la grandeza, religiosidad y poesía de catedrales góticas. En éstas quedaron petrificadas la fe, los sueños de belleza y las tribulaciones de los pueblos medievales. Aquellas son también la obra de otra fe que busca al realizarse la consagración de la belleza. Es verdad que las universidades americanas deben principalmente su ser a los millones de los poderosos; pero este hecho constituye ante todo un testimonio del carácter profundamente social que les da realce, las informa

y anima. Cuando se sabe además cómo la renta de las universidades se ha elevado de diecisiete millones de dólares, que era en 1892, a ciento veinte millones en 1915, el dinero pierde su índole material y se presenta como una especie de savia espiritual que da pruebas de que palpita en el pecho de los millonarios y son rasgos del alma americana el idealismo social y la fe en la educación.

Fuera de esto, hemos logrado, como ocurre siempre en los viajes, ahuyentar con el actual algunas ideas falsas.

Uno de nuestros más reputados sabios, — y que lo es de verdad, — le decía no ha mucho a un distinguido profesor de la Escuela de Derecho de Santiago, que se dirigía a los Estados Unidos: «No vaya allá, hombre, que no hay nada que ver». En este punto nuestro sabio ha dormido en la almohada de la más comfortable ignorancia y ha probado otra vez la necesidad de entender la vida cual aprendizaje incesante.

De la creencia del aludido señor, en lo que se refiere al punto de vista artístico e intelectual, participan en nuestro país y en nuestro continente meridional legiones de personas que pueden figurar con suficiente motivo entre la gente culta. Es una creencia que nos halaga y nos venga de ciertas inferioridades y heridas

de amor propio. Los norteamericanos, se dice, son en verdad poderosos, ricos, esforzados, progresistas; pero esto es en el orden material. Por lo demás, carecen de gusto, de finura, del sentido de la belleza que son dones ingénitos de los hispano-americanos, herederos del genio latino y de la divina chispa del arte y que llevan en la sangre los secretos de la forma, de la euritmia y de la espiritualidad.

El ilustre Rodó comulgaba también con tales ideas y en su inspirado *Ariel*, se levanta contra «la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte».

Deslatinizada por su propia voluntad, sí; pero no por imitación del arquetipo del Norte, según nuestras observaciones.

«Tenemos los americanos latinos, continúa Rodó, una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener».

Pero si no las conservamos mejor no es seguramente por culpa de los norteamericanos, ni siquiera por seguir su ejemplo en lo relativo a la organización de universidades.

Me parece que corresponden a nuestra situación respecto de los norteamericanos las reflexiones hechas por Ortega y Gasset sobre la cultura de los españoles y alemanes. «Es ello bastante

curioso, dice; pero acontece que los españoles creen que su carácter se halla más próximo al helénico que el de los germanos.... Yo también he pecado una vez, y a la sabiduría conceptual de los germanos oponía la sabiduría meridional de mi corazón, que es,—decía yo,— un canto rodado del Mediterráneo, pulido durante treinta siglos por el riente mar y que se sintió una vez rozado por la quilla llena de ovas de la barca de Ulises.... Ahora veo que yo no tengo el menor parentesco con Ulises, el semejante a los dioses... Los griegos mismos vieron pronto que no constituía su valor histórico la comunidad étnica, la condicionalidad de su clima y de sus cráneos. Griegos son, dice poco más o menos Isócrates, no los que vienen de una familia, sino los que participan de la cultura helénica. En este sentido, que es el verdadero, un alemán se halla más cerca de Grecia que cualquiera de nosotros, con nuestro brillante *pathos* meridional».

—¿Qué se designa con este término?

«Vivacidad en los movimientos; propensión a esteriorizar un erotismo hiperbólico, cierta espontaneidad de la retina para recibir sistematizadas las formas corporales de las cosas; gestos gráciles, expresivos y rápidos; la aptitud para la mentira; la jacarandosidad, el ocio: éstas notas y otras por este orden que no tras-

cienden de lo fisiológico, constituyen el *pathos* del Sur, el mediterránismo». (1)

También llevamos los hispanoamericanos nuestro *pathos del Sur*.

Las universidades norteamericanas, aparte de tantas otras cosas, nos enseñan que no hemos sido ecuanímenes, que nos hemos dejado arrastrar fácilmente por un prejuicio al juzgar a los Estados Unidos como sin capacidad ni interés para las actividades de la alta cultura; nos enseñan también que no debemos adormecernos con demasiada delectación en la confianza de nuestra espiritualidad latina.

No hemos cuidado mucho de la herencia de nuestra estirpe racial. Hemos borrado de nuestros planes de estudio el latín y el griego. Al revés, los norteamericanos, a pesar de su más remoto entronque con helenos y romanos, se hallan en verdad, gracias a sus universidades, muchísimo más cerca de ellos que nosotros. Mientras para nosotros Homero, Platón, Aristóteles y Esquilo, Virgilio, Cicerón y Tácito son sólo nombres, brillantes por un nimbo de gloria, ellos estudian y profundizan sus obras en gran número de cursos especiales.

Es resorte precioso de la voluntad no desconfiar del porvenir; no desconfiemos de él,

(1) Personas, obras, cosas. Pág. 195 y siguientes.

pues; más sí del *pathos* de los meridionales, de la superficialidad, de la frivolidad, de la vivacidad verbal que es la simulación y parodia de la inteligencia. Sin esfuerzo no se abre el camino de perfección ni hay verdadera espiritualidad, aunque sea don de apetecible maestría que el esfuerzo no se note y quede encubierto por formas de belleza, como el dolor bajo la serenidad del héroe, como la musculatura en el ágil y hermoso cuerpo de Diana.

APÉNDICES

APÉNDICE N.º 1.

CURSOS DE LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA EN EL AÑO
1918-1919

Química agrícola (5).—Educación agrícola (9).—Agro-
nomía (11).—Economía animal (Animal husbandry) (8).—
Citricultura (8).—Lechería (6).—Entomología (20).—Mecá-
nica de los fundos (4).—Bosques (16).—Genética (2).—
Práctica de irrigación (2).—Jardines (Landscape garde-
ning) y floricultura (15).—Nutrición (13).—Olericultura
(2).—Patología de las plantas (5).—Pomología (9).—Aves
(Poultry husbandry) (4).—Instituciones rurales (3).—Suelos
y abonos (4).—Tecnología del suelo (5).—Veterinaria (3).
—Viticultura y enología (6).

Anatomía (11).—Antropología (18).—Arquitectura (16).
—Astronomía (19).—Bioquímica-Botánica (18).
Céltico (5).

Química (20).—Ingeniería Civil (33). — Dibujo y arte,
geometría descriptiva (9).—Artes gráficas (14).

Economía (Economies), Economía política, social, finan-
zas, estadística, organización y manejo de negocios (68).
—Educación (35).

Inglés e historia del lenguaje (26).

Historia de la literatura inglesa y americana (34).

Francés (22).

Geografía (18).— Geografía y Mineralogía (24).—Ale
mán (21).—Filología germánica (3).— Griego (26).—His
toria (50).—Economía doméstica (Home economies), (22).
— Higiene (13).—Irrigación (12).—Italiano (7).

Jurisprudencia (47).

Latín (38).

Ciencia de las bibliotecas (4).—Lingüística (2).—Mate
máticas (45).—Ingeniería mecánica y eléctrica (36).—Inge
nería y arquitectura navales (3). — Medicina, Ciencia
militar y táctica.—Minas y metalurgia (32). — Música
(10).—Lenguas orientales, (chino, japonés) (26).—Paleon
tología (9).— Patología y bacteriología (12).— Filosofía y
psicología (42).—Educación física (para hombres y mu
jeres) (39).—Física (25).—Fisiología (12).—Ciencias políti
cas (26).—Arte de hablar en público (16).—Sánscrito (5).
—Lenguas semíticas (árabe, hebreo, siríaco) (8).—Lenguas
eslavas (ruso, polaco, bohemio, servio-croata) (22). —
Español (14).—Zoología (22).—Salud pública.

NOTA.—Las cifras entre paréntesis indican el número
de cursos.

APÉNDICE N.º 2

CURSOS DADOS EN LA UNIVERSIDAD DE LELAND STANFORD JUNIOR (1918-1919)

Anatomía (10).—Matemáticas aplicadas (7).—Astronomía y Geodesia (5).—Bacteriología y patología experimental (8).—Historia y literatura bíblica (3).—Botánica (10).—Química (19).—Economía y ciencias políticas (49).—Educación (45).—Artes gráficas (14).—Ingeniería (8).—Ingeniería Civil (3).—Ingeniería Económica (2).—Ingeniería de Ferrocarriles (3).—Ingeniería estructural (7).—Ingeniería hidráulica (6).—Ingeniería eléctrica (8).—Ingeniería mecánica (29).—Inglés (84).—(comprende también periodismo).—Entomología y bionómica (17).—Geología y minas (28).—Paleontología (10).—Metalurgia (10).—Lenguas germánicas (48).—Griego (24).—Historia (56).—Latín (29).—Leyes (40).—Matemáticas (17).—Medicina (38).—(fuera de los ofrecidos en Anatomía, Química, Bacteriología, Patología Experimental, Higiene y Salud pública (2).—Gineología y obstetricia (15).—Farmacología (3).—Fisiología (7).—Cirugía (24).—Preparación militar, Filosofía (11).—Educación física, Física (25).—Psicología (14).—Francés (24).—Español (18).—Italiano (3).—Portugués (1).—Provenzal (1).—Ruso (4).—Zoología (17).

APÉNDICE N.º 3

CURSOS QUE OFRECE LA UNIVERSIDAD DE WISCONSIN (1917-1918)

Anatomía (10 cursos).—Astronomía (7 cursos).—Biología.—Botánica (26).—Química (43).—Griego (14).—Latín (24).—Literaturas comparadas (18).—Economía política y social (36).—Administración comercial (9).—Sociología (10).—Estadística (3).—Educación (22).—Lengua y Literatura Inglesas (de 45 a 50).—Bellas Artes, Bosques, Geología (15).—Extratigrafía y Paleontología (2).—Mineralogía y Petrología (8).—Fisiografía y geografía (12).—Alemán (12).—Literatura alemana (20 a 25).—Filología germánica (8).—Historia (25 a 30).—Filología indo-europea comparada (9).—Periodismo (14 a 18).—Artes Manuales y Dibujo (30).—Matemáticas (35 a 43).—Metereología (4).—Música (25 a 30).—Patología y Bacteriología médicas (9).—Farmacología y Toxicología (4).—Farmacia (9).—Psicología y Filosofía (20 a 25).—Educación física (17). Física (30 a 35).—Fisiología y Química Fisiológica (12).—Leyes y Ciencias Políticas (30 a 35).—Arte de hablar en público (16).—Francés (15).—Literatura Francesa (12).—Italiano y Literatura italiana (4).—Español y Literatura española (15).—Lenguas escandinavas (15 a 20).—Lenguas semíticas (16).—Zoología (27).

APÉNDICE N.º 4

CURSOS DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD EN LOS DEPARTAMENTOS O ESCUELAS QUE SE INDICAN (1918-1919).

Cursos de la Facultad de Artes y Ciencias

I. Lenguas e historia semíticas.—Hebreo.—El Antiguo Testamento.—Hébreo post-bíblico.—Literatura y vida judías desde el siglo segundo hasta nuestro tiempo.—Introducción a la filosofía judía medioeval.—Historia de Israel.—La Religión de Israel.—Asirie.—Historia de Babilonia y Asiria.—Arábigo.—Historia política y social de los mahometanos hasta la conquista de Egipto por Selim. —Judío araneo.—Siriaco.—Etiópico.—Spinoza y la filosofía judía medioeval.

II. Filología india.—Sánscrito en su relación con el inglés, el latín y el griego.—Sánscrito superior.—Pali.—Sánscrito filosófico.

III. Clásicos.—*Griego.*—Curso para principiantes.—Homero y Heródoto.—Platón, la poesía lírica y Eurípides.—Platón y Aristóteles.—Heródoto, Esquilo y Plutarco.—Tucídides, Aristófanes, Esquilo, Sófocles y Eurípides.—Composición en prosa griega.—La civilización griega.—Historia de la tragedia griega.

Latín.—Cicerón y Virgilio.—Tito Livio, Terencio, Horacio y otros poetas latinos.—Catulo, Horacio y Tácito.—Desarrollo general de la poesía latina.—Composición latina en prosa.—Suetonio, Plinio, Juvenal y Marcial.—Historia de la civilización romana.—Historia de la literatura latina.

IV. Filología clásica.—Introducción a la interpretación y criticismo de los autores clásicos.—Esquilo.—Teoría política griega.—(Aristóteles.—Política).—Píndaro y algunos poemas de Baquílides.—Platón y la religión griega.—Las comedias de Terencio.—La oratoria romana.—Religión y culto de los romanos.—Gramática griega.—Sentencias y parábolas en los Evangelios de S. Mateo y S. Lucas.

V. Arqueología clásica.—Arqueología griega.—Arqueología etrusca y romana.—La reseña de Plinio el Viejo sobre la Historia del Arte Antiguo.—Numismática griega.—Vasos griegos.

VI. Inglés.—Retórica y composición inglesa (10 cursos).—Fundamentos del arte de hablar en público.—Arte de hablar en público.—Interpretación vocal de la prosa y de la poesía inglesas.—Obras maestras de oratoria (Public Adress).—Formas de oratoria (Public Adress).—Debates.—Técnica del drama.—Historia general del desarrollo de la literatura inglesa.—Historia de la literatura inglesa desde los tiempos de Isabel hasta nuestros días.—Vidas y caracteres de hombres de letras ingleses y americanos y sus épocas.—La leyenda del Rey Arturo.—Anglosajón.—Chaucer.—Spencer.—La Biblia inglesa: el Antiguo Testamento.—Literatura inglesa, excluyendo el drama, desde los comienzos del siglo XVI hasta la Restaura-

ción.—Shakespeare.—Bacón.—Milton.—Pope.—Swift y su época.—Periódicos del siglo XVIII.—Johnson y su círculo.—Historiadores ingleses y americanos.—La novela inglesa desde Richardson hasta Scott.—La novela inglesa desde Dickens hasta nuestros días.—Los poetas ingleses románticos.—Literatura americana.—Historia y principios de la versificación inglesa.—Literatura contemporánea, inglesa y americana.—Gramática histórica del inglés.—Poesía anglo-sajona.—La prosa del siglo XVIII.—El puritanismo en la literatura inglesa y americana.—Dryden y su tiempo.—Los ensayos críticos ingleses.—Carlyle-Emerson.

VII. Lenguas y literaturas germánicas.—*Alemán.*—Curso elemental.—Prosa y poesía alemanas.—Prosa científica alemana.—Práctica en hablar y escribir alemán (2 cursos).—Introducción a la literatura alemana de los siglos XVIII y XIX.—Schiller.—Goethe.—Historia general de la literatura alemana.—Gramática alemana y práctica en escribir alemán.—Literatura alemana de los siglos XII y XIII.—Literatura alemana del siglo XVIII hasta la muerte de Lessing.—Literatura alemana del período clásico después de Lessing.—El Fausto de Goethe en relación con dramas afines en la literatura europea.—Influencia de la literatura inglesa en la alemana en el siglo XVIII.—Literatura alemana en la primera mitad del siglo XIX.—Literatura alemana de la segunda mitad del siglo XIX.—Literatura alemana del siglo XVI.—Las obras dramáticas de Grillpazer consideradas en sus relaciones con la literatura europea.—Las obras dramáticas de Federico Hebbel.—La poesía lírica alemana desde 1870.—Gótico.—Introducción al estudio de la filología germánica.—Sajón antiguo.—Introducción a la métrica germánica.—Alto alemán antiguo.—Historia de la lengua alemana.

Idiomas escandinavos.—Danés.—Noruego.—Dramaturgos daneses y noruegos y sus relaciones con la literatura europea.—Islandés.

VIII. Lenguas y literaturas romances Francés.—Curso elemental.—Prosa y poesías francesas.—Composición francesa.—Ojeada general sobre la literatura francesa.—Literatura francesa del siglo XIX.—Literatura francesa del siglo XVIII.—Literatura francesa del siglo XVII.—El fundamento social de la literatura francesa.—Historia del cuento y de la novela en Francia desde el siglo quince hasta el diecinueve.—El desarrollo del drama francés en el siglo XIX.—Pascal y Port-Royal-Chateaubriand y el principio del movimiento romántico francés.—Rousseau y su influencia.—Literatura francesa antigua.—Historia de la literatura francesa anterior al siglo XIV.—Literatura francesa en los siglos XIV y XV.—Críticismo literario en Francia.—Sintaxis francesa histórica.—Literatura francesa del siglo XVI.—Origen del clacisismo francés.—La prosa francesa del siglo XVI.—El drama francés del siglo XVII.—Métodos y prácticas en la historia de la literatura.—La Fontaine y la fábula en Francia.

Italiano.—Gramática italiana, lectura y composición.—Vista general de la literatura italiana.—Literatura italiana moderna.—Literatura italiana de los siglos XV y XVI.—Las obras de Dante Aligieri.

Español.—Gramática castellana, lectura y composición.—Composición y conversación en español (3 cursos).—Vista general de la literatura española.—La prosa y la poesía españolas de los siglos XVIII y XIX.—Literatura española de los siglos XVI y XVII.

Filología romance.—Francés antiguo.—Provenzal.—Latín vulgar.—Portugués.—Anglo-francés y el elemento francés en el inglés.—Problemas de sintaxis de las lenguas romances.

Céltico.—Irlandés antiguo.—Irlandés medio.—Galés' antiguo y medio.—Investigación de asuntos especiales de filología céltica.

IX. Lenguas eslávicas.—Ruso (2 cursos).—Polaco (2 cursos).—Introducción a la historia de la literatura rusa.—Tolstoy y su tiempo.—La antigua iglesia eslávica.—Estudio general de la filología eslávica.

X. Literatura comparada.—La historia literaria de Inglaterra y sus relaciones con la del continente desde sus orígenes hasta Chaucer.—La historia literaria de Inglaterra y sus relaciones con la del continente desde Chaucer hasta Isabel.—Las relaciones literarias de Francia e Inglaterra en los siglos XVI y XVII.—El movimiento romántico en el siglo XIX.—Tipos de novela (fiction) en los siglos XVIII y XIX. — Poesía lírica. — Las formas del drama.—Historia de la cultura clásica en la edad media.—La literatura del Renacimiento con especial referencia a Inglaterra.—Historia de la literatura pastoral.—Historia de la novela y del cuento en Italia y en España desde los comienzos del período medioeval hasta el siglo XVIII.—Crucismo literario desde el siglo XVI.—La sátira política en Europa desde el Renacimiento.—Las baladas populares inglesas y escocesas.—Los primitivos romances ingleses métricos.—Vida de la edad media, ilustrada por la literatura coetánea.—Introducción general a la ciencia lingüística (2 cursos).

XI. Bellas Artes.—Principios de dibujo y pintura y teoría del diseño.—Arte griego.—Arte del Renacimiento.—Historia del arte antiguo.—Historia del arte medioeval, del Renacimiento y de los tiempos modernos.—Principios de arquitectura del paisaje.—Dibujo a mano libre (2 cursos).—Dibujo y pintura.—Perspectiva.—Las formas de la arquitectura antigua y de la medioeval primitiva con especial referencia a los estilos clásicos.—Historia de la escultura griega.—Historia de la arquitectura gótica.—Historia de la arquitectura renacentista y moderna.

La escultura europea desde los principios del Renacimiento hasta nuestros días.—Los principales pintores italianos del Renacimiento.—Historia del libro impreso.—Historia y principios del grabado.—Métodos y procedimientos de la pintura italiana.—Historia de la pintura florentina.—Historia de la pintura flamenca.—Maestros alemanes y holandeses del Renacimiento.—Historia de la pintura francesa.—Grabados florentinos.—Arte y cultura de Italia en la edad media y en el Renacimiento.—Arte y cultura de España.—Principios del diseño arquitectónicos y su aplicación.—Historia del planeamiento de ciudades.

Música (12 cursos).

XII. Ciencias naturales y matemáticas.—Historia de las ciencias físicas y biológicas.

Ciencias físicas (33 cursos).—Ingeniería (10 cursos).—Astronomía (12 cursos).—Química (35 cursos).—Botánica (21 cursos).—Zoología (22 cursos).—Paleontología (4 cursos).—Higiene y sanición (5 cursos).—Geología y Geografía (19 cursos).—Geología económica (7 cursos).—Meteorología, climatología y aerografía (8 cursos).—Mineralogía y petrografía (7 cursos).

En cada ramo cuatro o cinco cursos son de investigación.

XIII. Historia.—Historia de Europa desde la caída del Imperio romano hasta nuestros días.

Historia Antigua (7 cursos).—Historia de la Edad Media (12 cursos).—Historia moderna (25 cursos).—Historia de América (18 cursos).—Entre estos figura uno llamado «Historia de Argentina y Chile».—Historia económica (5 cursos).—Historia de las religiones y de la iglesia (12 cursos).

Cada sección cuenta con varios cursos especiales de investigación.

XIV. Derecho, teoría política y diplomacia.—Gobiernos modernos, gobierno constitucional, gobierno municipal (13 cursos).—Teoría política y derecho internacional (11 cursos).

Varios cursos de investigación.

XV. Economía y ciencias sociales.—Economía (16 cursos).—Teoría y método económico (6 cursos).—Historia económica (6 cursos).—Ciencias sociales (13 cursos).

Varios cursos de seminario y de investigación.

XVI. Educación (29 cursos).

Siete seminarios.

XVII. Antropología (14 cursos).

XVIII. Filosofía y psicología.—Filosofía (38 cursos).

Nueve seminarios.

Psicología (13 cursos).

Cinco cursos de investigación y seminarios.

Ética social (9 cursos).

Tres seminarios.

XIX. *Matemáticas*.—(44 cursos).

Seis cursos de investigación.

XX. *Ciencia Militar y Táctica*.—(4 cursos).

XXI. Ciencias médicas.—Anatomía (6 cursos).—Fisiología (4 cursos).—Fisiología comparada.—Bioquímica (3 cursos).—Patología (3 cursos).—Patología comparada (2 cursos).—Farmacología (2 cursos).—Neuropatología (3 cursos).—Bacteriología (2 cursos).—Medicina preventiva e higiene (3 cursos).

Cada ramo cuenta con cursos de investigación.

EN LA ESCUELA DE LEYES

Primer año

Procedimiento Civil y Ley común.—Contratos.—Derecho penal.—Principios de la responsabilidad.—Propiedad.—Daños.

Segundo año

Mandatos (Agency).—Equidad.—Evidencia.—Propiedad.—Utilidades públicas.—Ventas de propiedad personal.—Trusts.—Seguros (Marítimos, contra incendio y de vida).—Derecho personal.—Letras de cambio y pagarés.

Tercer año

Conflicto de leyes (Conflict of laws).—Derecho constitucional.—Corporaciones.—Equidad.—Sociedades.—Propiedad.—Fianza e hipoteca.—Del almirantazgo.—Quiebras.—Contratos y combinaciones restrictivas del comercio.—Corporaciones municipales.—Cuasi contratos.

Cursos para graduados

Derecho administrativo.—Derecho internacional establecido por las cortes.—Jurisprudencia: Teoría del derecho y de la legislación; derecho escrito y no escrito; problemas de la reforma del derecho en América.—Derecho romano y principios del Derecho Civil y de los códigos modernos, en cuanto derivados de aquel: introducción al derecho comparado.—Historia de la ley común (Common law).—Problemas de derecho internacional.—Desarrollos modernos en el derecho procesal.—Derecho internacional privado.—Derecho público.

APÉNDICE N.º 5

CURSOS DE LA UNIVERSIDAD DE CORNELL (1918-1919)

*En el Colegio de Artes y Ciencias, en la Escuela de Graduados
y en la Escuela de Leyes*

En el Colegio de Artes y Ciencias.—Lenguas y literaturas semíticas (13).—Griego (14).—Arte y antigüedades griegas (9).—Latín (21).—Alemán (26).—Francés (17).—Italiano (4).—Español (11).—Filología romance (2).—Inglés (45).—Arte de hablar en público (8).—Filosofía (30).—Psicología (9).—Educación (10).—Historia (31).—Ciencia Política y Económica (38).—Bibliografía (2).—Música (10).—Matemáticas (21).—Física (49).—Química Analítica (13).—Química orgánica (9).—Química inorgánica (4).—Química física (8).—Microscopía química (2).—Química sanitaria (6).—Química agrícola (12).—Botánica (12).—Biología (2).—Entomología y limnología (18).—Zoología (14).—Fisiología y bioquímica (11).—Anatomía (3).—Histología y embriología (6).—Geología general (1).—Geografía física (6).—Mineralogía y Petrografía (9).—Paleontología y Geología estratigráfica (5).

Geología Económica (9).—Ciencia Militar y Táctica (2).—Educación Física (5).

EN LA ESCUELA DE GRADUADOS

Lenguas y literaturas semíticas.—Hebreo superior.—Neohebraico.—Etiópico. — Asirio. — Súmerico.—Arameo.—Arabe.—Egipto.—Cóptico.—Filología semítica comparada.—Epigrafía semítica.—Literatura hebrea.

Griego.—Los mitos del ciclo épico.—Composición griega.—Las tragedias orestianas de Esquilo, Sófocles y Eurípides.—Jeonofonte.—Selecciones de Platón y de la Odissea.—Heródoto.—Demóstenes.—Tucidides.—El Nuevo Testamento.—La poesía lírica.—Gramática comparada e histórica.

Arté y antigüedades griegas.—Historia de la Escultura griega.—Arqueología. — Numismática.—Arquitectura.—Epigrafía.—Pausanias y la topografía de Grecia.—Griego moderno, escrito y hablado.

Latín.—Historia, objeto y extensión de los estudios latinos.—Sintaxis latina histórica.—Gramática histórica de la lengua latina.—Latín escrito.—Latín vulgar.—Cicerón.—Epigrafía latina.

Alemán.—Vida y obras de Schiller.—Vida y obras de Goethe.—El Fausto de Goethe.—Historia de la literatura alemana.—Literatura alemana contemporánea.—Vida y obras de Lessing.—Sintaxis alemana histórica.—Alto alemán medio.—Gótico.—Alto alemán antiguo.—Principios de filosofía germánica.—Irlandés antiguo.—Las sagas irlandesas.—La antigua mitología nórdica,

Lenguas y literaturas romances.—Literatura francesa medioeval.—Literatura francesa del siglo XVI.—Literatura francesa del siglo XVII.—Literatura francesa del siglo XVIII.—Literatura francesa del siglo XIX.—Fonética romance.—Filología francesa.—Italiano antiguo.—Literatura española del siglo XIX.—Literatura clásica española.—Historia de la literatura española.—Bajo latín.—Textos de francés antiguo.—Español antiguo.—Provenzal antiguo.—Gramática y lectura portuguesas.

Inglés.—Inglés antiguo.—Beowulf.—Tipos de la literatura inglesa primitiva.—Chaucer y sus contemporáneos.—Shakespeare.—Las tragedias de Shakespeare.—El drama inglés hasta 1642.—Milton y Spencer.—Dante en inglés.—Literatura de la época de Victoria.—Métodos y materiales en el estudio del inglés.—Chaucer.—Estructura dramática.—Literatura no dramática de la época de Isabel.—Las leyendas arturianas.—Poesía pastoral.—Principios de criticismo literario —Relaciones entre la literatura inglesa y la americana.—Wordsworth y sus contemporáneos.—El estudio comparativo de la literatura.

Arte de hablar en público

Filosofía.—Historia de la filosofía.—Lectura rápida de filosofía alemana.—Historia de la filosofía antigua y medioeval.—Tipos de teorías metafísicas.—Aplicaciones filosóficas y resultados.—Historia de la Ética en la antigüedad, edad media y en el renacimiento.—Historia de la Ética moderna.—Ética política y social.—La ética del utilitarismo.—Las teorías idealistas de la Ética moderna.—La República de Platón (texto griego).—La Ética de Aristóteles (texto griego).—Tomás de Aquino.—Empirismo y racionalismo en los siglos XVII y XVIII.—La filosofía crítica de

Kant.—El racionalismo de Spinoza y Leibnitz.—El pesimismo alemán con especial referencia a Schopenhauer.—Problemas y métodos en la filosofía reciente.—Teoría lógica.—Conceptos fundamentales de la Etica.

Psicología.—Psicología elemental.—Psicología experimental, cualitativa y cuantitativa.—Psicología sistemática: Sensaciones e imágenes.—Psicología sistemática: sentimientos, atención y acción.—Lecturas de psicología alemana.—Lecturas de psicología francesa.—Aparatos y métodos (técnica de laboratorio).—Problemas psicológicos (historia y experimentos).

Educación.—Psicología de la educación.—Filosofía de la educación.—Métodos experimentales y sus resultados en la educación.—*Tests* mentales.—Investigación experimental.—Lecturas de psicología pedagógica alemana.

Historia.—Historia griega.—Historia romana.—La Edad Media.—Renacimiento y Reforma.—Historia moderna de la Europa.—Historia inglesa.—Historia americana.—Historia económica de los Estados Unidos.—Historia de Asia.—Historia de Africa.—El advenimiento de la tolerancia.—Vida medioeval.—Derecho canónico.—La revolución francesa y Napoleón.—Historia constitucional inglesa hasta el siglo XVI.—Historia de Inglaterra durante los Tudores.—Historia constitucional de las colonias y de los estados hasta 1870.—Relaciones exteriores de los Estados Unidos en la primera centuria.—Historia constitucional de los Estados Unidos desde 1860.—La ocupación del Middle West.—Historia de los Estados Unidos (1860-1865).—Historia de la civilización.—Las ciencias auxiliares de la historia.—Geografía histórica.—Paleografía y diplomá-

tica.—Método histórico.—La enseñanza de la historia.—
Introducción a la literatura de la historia.

Ciencia política.—Ciencia social elemental.—Instituciones políticas.—Política comparada.—Elementos de Contabilidad (Accounting).—Historia general de la industria.—Demografía o estadística de la población.—Estadística industrial y económica.—Finanzas de las corporaciones.—Monopolio y competencia.—Monedas y bancos.—Administración del Estado.—Elementos de Derecho Comercial (Business Law).—Sistema de los partidos americanos.—Gobierno constitucional.—Principios de Economía.—Rentas públicas.—Principios de contabilidad (Accounting).—Administración municipal.—Problemas municipales.—Derecho internacional y diplomacia.—Historia de las doctrinas políticas.—Doctrinas políticas modernas.—Naturaleza del Estado.—Problemas sociales e industriales en Inglaterra en el siglo XIX.—Política comercial e imperialismo.—Historia de la factura de los precios y crecimiento del intercambio de productos.—Finanzas públicas.—Investigaciones en estadística.—Economía matemática.—Investigaciones en Finanzas.—Investigaciones en contabilidad.—Investigaciones en política.—Contralor del gobierno sobre la industria.—Valor y distribución.—Problemas de Contabilidad.—Problemas selectos de historia económica.—Economía rural.—Organización industrial.

Matemáticas.

Física.

Química.

Geología.

Metereología

Botánica.

Botánica y fisiología de las plantas.
Crianza de las plantas (Plant breeding).
Patología de las plantas.
Pomología.
Floricultura.
Zoología.
Entomología y limnología.
Histología y embriología.
Fisiología y bioquímica.
Anatomía.
Patología comparada y bacteriología.
Fisiología veterinaria.
Cirugía veterinaria.
Obstetricia veterinaria.
Tecnología del suelo.
Economía rural.
Educación rural.
Organización rural.
De las cosechas.
Manejo de una hacienda (farm).
Crianza de animales (Animal husbandry).
Crianza de aves.
Industria de la lechería.
Arte del paisaje.
Selvas y bosques.
Ingeniería rural.
Ingeniería experimental.
Ingeniería eléctrica.
Dibujo de máquinas.
Ingeniería de la fuerza (Power engineering).
Ingeniería (industrial, mecánica e hidráulica).
Construcción de máquinas.
Geodesia y astronomía.

Mecánica aplicada.
Ingeniería sanitaria.
Ingeniería de ferrocarriles.
Arquitectura.
Anatomía.
Fisiología.
Fisiología química y química patológica.
Patología.
Farmacología.

EN LA ESCUELA DE LEYES

Primer año (Freshman year)

Economía Elemental—Historia de Inglaterra hasta 1509.—Historia Constitucional de Inglaterra hasta el siglo XVI.

Hay ramos electivos que deben ser tomados en el Colegio de Artes y Ciencias y sometidos a la aprobación del Decano.

Segundo año (Sophomore year)

Contratos.—De los agentes.—Ley y procedimiento criminales.—De la propiedad.—Alegatos dentro de la ley común (Common law pleading).—Factura de alegatos y escritos.

Hay ramos electivos como en el año anterior.

Tercer año (Junior year)

De la propiedad.—Ventas.—Papeles negociables.—Derecho testamentario. — Jurisdicción de la equidad. —

Seguros.—Relaciones domésticas y derechos de las personas.—Evidencia.—Procedimiento civil (and Code Pleading).

Ramos electivos como en los años anteriores.

Cuarto año (Senior year)

Hipotecas.—Fianzas.—Derecho de asociación.—Cuasi-contratos.—Servicios públicos y transportes.—Práctica de los tribunales (Practice court).—Derecho constitucional.—Procedimiento Civil.—De la propiedad.—Truts.—Funcionarios públicos y corporaciones municipales.—Ventas.

APÉNDICE N.º 6.

UNIVERSIDAD DE PENNSYLVANIA

*Cursos ofrecidos por el Colegio, la Escuela Científica Towne,
La Escuela Wharton y la Escuela de Educación.*

Antropología (11).—Arquitectura (49).—Astronomía (7).
—Bacteriología (6).—La Biblia (8).—Botánica (12).—
Derecho comercial (5).—Química (22).—Ingeniería Ci-
vil. (44).—Comercio y transportes (9).—Economía (7).
—Educación (27).—Ingeniería Eléctrica (21).—Inglés
(11).—Arte de hablar en público y debates (7).—
Literatura inglesa (28).—Finanzas y contabilidad (21).
—Bellas Artes (5).—Francés y literatura francesa (20).
—Geografía e industria (13).—Geología (10).—Mi-
neralogía (5).—Metalurgia (2).—Alemán y literatura
alemana (27).—Griego y literatura griega (25).—Hebreo
(6).—Historia (30).—Higiene (5).—Seguros (7).—Italia-
no (3).—Latín y literatura latina (23).—Lingüística (1).—
Matemáticas (10).—Música (5).—Filosofía (18).—Educa-
ción física (4).—Física (22).—Ciencia política (23).—Psi-
cología (26).—Ruso (1).—Sánscrito (3).—Sociología (6).—
Español y literatura española (5).—Zoología (10).

Cursos ofrecidos en la Escuela de Graduados

Antropología (11).—Asirio (4).—Hebreo (5).—Arameo (1).—Filosofía judía (1).—Sirio (1).—Epigrafía semítica (1).—Arabe (7).—Etiópico (2).—Egiptología (4).—Lenguas y literaturas indúes (12).—Iráneó (4).—Armenio (1).—Lituanó (1).—Ruso (1).—Filología clásica (10).—Lengua, literatura y arqueología griegas (21).—Lengua, literatura y arqueología latinas (33).—Lengua y literatura inglesas (34).—Alemán y literatura alemana (21).—Lenguas y literaturas escandinavas (5).—Lenguas y literaturas romances (31).—Bellas Artes (18).—Historia (31).—Historia de las religiones (28).—Ciencia política (16).—Economía (15).—Comercio y transportes (7).—Geografía económica e industria (10).—Sociología (7).—Filosofía y ética (24).—Educación (19).—Psicología (40).—Matemáticas (26).—Astronomía (10).—Física (21).—Química (13).—Geología (8).—Mineralogía (3).—Botánica (13).—Zoolo-
gía (13).—Ciencias médicas (10).

En este Apéndice no se hallan comprendidos los cursos de las Escuelas de Derecho; Medicina, Dentística y Veterinaria.

APÉNDICE N.º 7

CURSOS DE LA UNIVERSIDAD DE PRINCETON (1918-1919)

A. División de filosofía

I. Departamento de filosofía y psicología.—Introducción a la filosofía: filosofía general, psicología y ética.

Historia de la filosofía.—Filosofía griega y medioeval.—Filosofía moderna.

Curso superior de filosofía.

Lógica.

Psicología general.

Psicología genética.

Problemas fundamentales de la filosofía.

Tendencias filosóficas de la época actual.

Psicología experimental

Historia de la filosofía griega.

Platonismo y la teología cristiana.

II. Departamento de historia y política.—Historia medioeval.

Historia de Europa desde el siglo XVIII hasta el siglo XX.

Gobierno constitucional, con especial referencia a las instituciones políticas de Inglaterra, Francia, Suiza, Alemania y Estados Unidos.

Elementos de jurisprudencia.

Historia griega.

Historia romana.

Historia constitucional de Inglaterra.

Historia de los Estados Unidos.—Gobierno municipal en los Estados Unidos y en otros países.—Gobierno federal y de los Estados.—Derecho internacional y diplomática.

Política.—Interpretación constitucional y derecho administrativo.

Derecho romano.

III. Departamento de Economía y de instituciones sociales.—Elementos de economía.

Economía histórica y descriptiva.

Elementos de contabilidad.

Métodos estadísticos.

Monedas y bancos.

Finanzas públicas.

Política económica de la Europa en el siglo XIX.

Economía social.

Finanzas de las corporaciones.

Principios de contabilidad.

IV. Departamento de arte y arqueología.—Arte antiguo.

Arte medioeval.

Arquitectura antigua.

Arquitectura medioeval.

Dibujo arquitectónico.

El Renacimiento y la escultura moderna.

Escultura griega.
El renacimiento de la pintura en Italia.
Pintura del Norte.
Arquitectura clásica.

B. División de lenguas y literaturas

I. Departamento de los clásicos.—Platón.—La apología,
Crito y selección de otros diálogos.

Poesía griega.
Selecciones de la literatura latina histórica.
Tácito, Plinio.
La tragedia griega.
La Odisea.
La comedia romana.
Horacio y Catulo.
Literatura latina de la república.
Literatura latina del imperio.
Historia romana hasta el año 400 D. J. C.
La sátira romana.
Ensayos filosóficos latinos.
Historia griega.
La comedia griega.
La tragedia griega.
Teócrito.
Platón.
Lucrecio.
Los poetas romanos elegíacos.
Escritos políticos de Cicerón.
Poetas líricos griegos.
Aristóteles.—Ética.
Tucídides.

Poesía épica griega.

Virgilio.

Derecho romano.

Influencia de los clásicos en la literatura inglesa.

II. Departamento de inglés.—Autores ingleses selectos para estudio especial y para lectura general.

Arte de hablar en público y debates.

Curso general de literatura inglesa.

Literatura inglesa del siglo XVI.

Literatura inglesa: Shakespeare.

Elementos de poética.

La lengua inglesa.—Estudio de los principios generales de lingüística con especial aplicación al inglés.

Literatura del siglo XVIII.

Literatura del siglo XVII.

Romanticismo inglés.

Literatura inglesa del período de la reina Victoria.

Inglés antiguo elemental.

Inglés antiguo (curso avanzado).

Chaucer y sus contemporáneos.

III. Departamentos de lenguas modernas.—*Sección germánica.*—Cuatro cursos para el estudio de la lengua alemana.

Las instituciones alemanas.

La literatura alemana desde 1748.

La literatura alemana desde Opitz hasta Schiller.

Vida y obras de Goethe.

La escuela romántica en Alemania y la literatura alemana desde la muerte de Goethe.

Alto alemán de la edad media.

Sección romance.—Cinco cursos para el estudio del francés.

Historia de Francia, de sus instituciones y literatura (7 cursos).

Español (3 cursos).

Italiano (4 cursos).

Además:

Sánscrito.

C. División de matemáticas y ciencias

I. Departamento de matemáticas.—18 cursos.

Departamento de física.—15 cursos.

Departamento de química.—18 cursos.

Departamento de geología.—12 cursos.

Departamento de biología.—26 cursos.

Departamento de astronomía.—4 cursos.

Departamento de higiene y educación física.—3 cursos.

Departamento de ingeniería civil

Primer año.—Inglés.—Física.—Álgebra.—Geometría coordinada y cálculo.—Mecánica analítica.—Química.—Dibujo para ingenieros.—Geodesia.

Segundo año.—Física.—Cálculo.—Mecánica analítica.—Gráficos (*Graphics*).—Geodesia.—Geología.—Mecánica de materiales.—Fuerza y elasticidad.—Trabajo de laboratorio sobre resistencia de materiales.—Estructuras.—Hidráulica.—Dibujo de máquinas.

Tercer año.—Concreto reforzado.—Hidráulica.—Estructuras.—Dibujo de máquinas.—Poder del calor (*Heat power*

engineering).— Dibujo de puentes. — Poder del agua. — Elementos de economía.—Ingeniería eléctrica.—La electricidad aplicada.—Geodesia.—Inglés.—Trabajos de laboratorio.

Cursos electivos

Subministración de agua.

Alcantarillados.

Construcciones de concreto.

Economía de los ferrocarriles.

Técnica y práctica de las máquinas de gas.

Escuela de Ingeniería Eléctrica

Primer año.—Teoría matemática de la electricidad y el magnetismo.—Principios de ingeniería y mensuras (Engineering Principles and Measurement).—Teoría y dibujo de maquinarias de corriente directa.

Segundo año.—La teoría de las corrientes alternativas (alternating currents).—Maquinarias de corrientes alternativas.—Ingeniería de ferrocarriles.—Electro-química. Trabajos de laboratorio.

La Sección de Graduados. (The Graduate School)

Todos los departamentos ofrecen en esta sección cursos superiores para los que aspiren a graduarse de Maestro en Artes y Doctor en Filosofía.

APÉNDICE N.º 8

PUBLICACIONES PERIÓDICAS QUE EDITA LA IMPRENTA DE
LA UNIVERSIDAD DE CHICAGO

Astrophysical Journal.

Botanical Gazette.

Journal of Geology.

School Review.

Elementary School Journal.

Classical Philology.

Modern Philology.

American Journal of Semitic Languages and Literatures.

Biblical World.

American Journal of Theology.

American Journal of Sociology.

Journal of Political Economy.

APÉNDICE N.º 9

PUBLICACIONES PERIÓDICAS DE LA UNIVERSIDAD DE
CORNELL

Cornel Studies in Classical Philology.

Cornell Sstudies in History.

Cornell Studies in History and Political Science.

Cornell Studies in Philosophy.

Journal of Physical Chemintry.

Islandica.

Philosophical Review.

Physical Review.

APÉNDICE N.º 10

PRESUPUESTO ANUAL DE ALGUNAS UNIVERSIDADES

UNIVERSIDADES	Presupuesto en dólares	Año
Wisconsin.....	2.845,281.74	1916-1917
California.....	4.566,815.09	1916-1917
Chicago.....	1.990,413.30	1917-1918
Leland Stanford Junior....	1.509,817.72	1917-1918
Cornell.....	3.106,084.53	1916-1917
Yale.....	1.846,143.31	1917-1918
Columbia.....	3.247,417.10	1917-1918

APÉNDICE N.º II

NÚMERO DE PROFESORES DE LAS UNIVERSIDADES

UNIVERSIDADES	Profesores	Años
Chicago.....	450	1918
Wisconsin.....	419	1917
California.....	523	1918
Leland Stanford Junior....	245	1918
Cornell.....	605	1917-1918
Harward.....	922	1916-1917
Pennsylvania.....	630	1917-1918
Columbia.....	1045	1918

APÉNDICE N.º 12

SUELDOS DEL PROFESORADO

	Amhert	Chicago	Columbia	Cornell	Harvard	Princeton	Yale	Wisconsin
Instructores:								
Primer año....	\$ 1,200	\$ 1,200	\$ 1,200	\$ 800	\$ 1,000	\$ 1,200	\$ 1,250	\$ 1,357
Segundo año...	\$ 1,500	1,400	1,300	1,000	1,200	1,200	1,500	..
Tercer año.....	..	1,600	1,400	1,200	1,500	1,300	1,750	..
Cuarto año.....	..	1,800	1,500	1,400	2,000	..
			1,600					
Profesores asis-								
tentes:								
1.º término.....	..	\$ 2,000	\$ 2,000	\$ 1,500	\$ 2,500	\$ 2,000	\$ 2,500	\$ 2,000
2.º término.....	..	2,500	3,000	2,000	3,000	..	3,000	..

Profesores asociados.....	\$ 1,600 3,000	\$ 2,500 3,000	\$ 3,000 3,600	\$ 3,500 4,000 4,500	\$ 3,500 ..	\$ 2,618 ..
Propietarios (Full professors)	\$ 3,000 5,000	\$ 3,000 4,500	\$ 4,000 ..	\$ 2,500 4,000	\$ 4,000 5,500	\$ 3,600 ..	\$ 4,000 4,500 5,000	\$ 3,520 ..

NOTA.—El universitario que me suministró estos datos (Abril 1919) agregó que la necesidad de elevar los sueldos era un asunto que se estaba considerando en muchas partes.

APÉNDICE N.º 13

NÚMERO DE ESTUDIANTES DE ALGUNAS UNIVERSIDADES

UNIVERSIDADES	Estudiantes	Año
Chicago.....	11,895	1918-1919
Wisconsin.....	8,121 (1)	1917-1918
Leland Stanford Junior....	2,221	1917-1918
Cornell.....	5,297	1918-1919
Harvard.....	5,000 (2)	1918-1919
Yale.....	2,860	1917-1918
Princeton.....	1,500	1918-1919
Pennsylvania.....	9,342	1917
Columbia.....	12,732	1917-1918

(1) Incluyendo los de la Summer Session.

(2) Esta es una cifra aproximada.

APÉNDICE N.º 14

ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE CHICAGO 1916-1917

ESCUELAS Y COLEGIOS	Hombres	Mujeres	Totales
Las Escuelas de Graduados...	1,526	1,153	2,679
Los Colegios de Seniors.....	660	617	1,277
Los Colegios de Juniors.....	885	707	1,592
Estudiantes no clasificados...	377	514	891
El Colegio de la Universidad	375	1,322	1,697
La Escuela de Teología (Pfs).	472	71	543
Los Cursos de Medicina.....	319	27	346
La Escuela de Leyes.....	402	17	419
El Colegio de Educación.....	224	1,513	1,737
La Escuela de Comercio y Administración.....	211	74	285
	5,451	6,015	11,466

APÉNDICE N.º 15

ESTUDIANTES DE WISCONSIN EN LOS DIFERENTES CURSOS Y EN LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

COLEGIO	1915-1916	1917-1918
Letras y Ciencia.....	3,519	2,914
Agricultura.....	743	357
Economía Doméstica.....	274	263
Ingeniería.....	677	552
Medicina.....	103	126
Leyes.....	184	82
Escuela de Graduados.....	484	353
Música.....	92	97
Extensión	1,543	9,388
	13,619	14,32

OBRAS CONSULTADAS

James Bryce.—The American Commonwealth.—New York Macmillan.

Samuel P. Capen.—Facilidades ofrecidas a los estudiantes extranjeros en los colegios y universidades de los Estados Unidos de la América del Norte.—Washington D. C.—Imprenta del Gobierno.

Maurice Caullery.—Les Universités et la vie scientifique aux Etats Unis.—Paris.—Armand Colin.

Varnum Lansing Collins.—Princeton.—New York.—Oxford University Press.

Charles W. Eliot.—University Administration.—Boston and New York.—Houghton Mifflin.

O. D. von Engeln.—Concerning Cornell.—Ithaca.—(N. Y.) 1917.

Goodspeed.—A. History of the University of Chicago.—The University of Chicago Press.

Frederick Paul Keppel.—Columbia.—New York Oxford University Press.

Frederick Paul Keppel.—The Undergraduate and his college.

Memorias de los Presidentes (Reports) y Catálogos de todas las Universidades mencionadas en el texto.

George E. Nitzsche.—University of Pennsylvania.—Philadelphia International Printing Company.

Official Guide to Harvard University.

José Redlich.—The Common Law and the case method in American Universities Law School.—(The Carnegie Foundation for the advancement of teaching.—Bulletin number eight).

Slosson.—The Great American Universities.—Macmillan.—New York.

Charles F. Thwing.—A. History of higher education in America New York Appleton and Company.

INDICE

	Págs.
<i>Prólogo.</i> —Antecedentes históricos generales de las universidades norte-americanas.....	8

CAPITULO I

UNIVERSIDADES DEL OESTE

<i>California.</i> —Berkeley.—Situación de la Universidad.—Sus edificios.—El campanil.—El teatro griego.—Una característica de las universidades del Estado.—Amplitud de los cursos ofrecidos en California.—Algunos profesores.—Estudios hispánicos e hispano-americanos.—Profesores de otras universidades: Dewey.—Holborn.—La guerra.—Los estudiantes.....	23
---	----

CAPITULO II

UNIVERSIDADES DEL OESTE. (Continuación).

<i>Leland Stanford Junior.</i> —Florenca.—Nuremberg y Stanford University.—Lugares de recogimiento espiritual.—Los museos de la univer-	
---	--

—Los <i>dormitorios</i> .—La gente de Stanford. —Actividades universitarias.—Investigaciones científicas.—Biblioteca.—Estudios espiritistas. —En el templo de la universidad.	41
---	----

CAPITULO III

UNIVERSIDADES DEL CENTRO

<i>Chicago</i> .—Chicago en invierno y su grandeza.— Fundación de la Universidad.—Las donacio- nes de J. D. Rockefeller y otros.—Los edifi- cios.—Los principales departamentos.—El jefe del Departamento de Educación Carlos H. Judd.—Otros profesores.—Biblioteca y mu- seos.—La prensa.—Clubs de los estudiantes.— El Mandell-Hall.....	61
<i>Wisconsin</i> .—Madison.—Fundación de la Universi- dad.—El presidente Carlos R. Van Hise.— Vida social de los profesores: smoker, Satur- day Club.—El Estado y la Universidad.—Los principales colegios.—La Extensión Universi- taria.—Bibliotecas.....	71

CAPITULO IV

UNIVERSIDADES DEL ESTE

I. The Three Bigs

1.º <i>Harvard</i> .—Su alto rango.—Biblioteca.—Prin- cipales departamentos.—Museos.—Profesores ilustres.....	87
---	----

	Págs.
2. ^o <i>Yale</i> .—Ambiente, fundación y principales departamentos.....	94
3. ^o <i>Princeton</i> .—Ambiente.—Biblioteca.—Arquitectura original.—Woodrow Wilson.—Fundación.— <i>Self-government</i> de los estudiantes.—Deficiencias en materia de cursos.—El método <i>preceptorial</i>	96

II. Universidades de metrópolis

<i>Pennsylvania</i> .—Fundación.—Variedad y riqueza de sus cursos.—Museo de antigüedades.....	103
<i>Columbia</i> .—Fundación.—Su gran desarrollo.—Su ubicación en medio de una gran ciudad. La biblioteca.—Facultades y cursos.....	107

III. Una gran universidad pintoresca

<i>Cornell</i> .—Ithaca.—La región de los «lagos dedos».—Ambiente pintoresco.—El fundador.—Su lema.—Departamentos.—«El realismo de América y el idealismo de Atenas».—En la Escuela de Filosofía.—Residencias de los estudiantes.—En el Club Universitario.....	113
---	-----

CAPITULO V

ADMINISTRACIÓN DE LAS UNIVERSIDADES

Los consejos directivos.—Consejos de Regentes y de Trustees.—Los presidentes.—Otros empleados.—Gobierno más autocrático que democrático.—Los consejos o senados universitarios.—

Las facultades.—Los departamentos. — Los colegios.—Los decanos.—Confusión de términos y clasificaciones desordenadas.—Los profesores y su situación.....	131
--	-----

CAPITULO VI

ORGANIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS.— SISTEMAS Y MÉTODOS

Abuso de los títulos.—Charlatanismo.—Universidades serias.—Asociación de las universidades americanas.—Requisitos de admisión.—Coeducación.—Sistema electivo.—Los cuatro trimestres.—Cursos de verano.—Métodos activos y experimentales.—El método de los casos en el estudio del derecho.—El sistema cooperativo de Cincinnati.—Títulos y grados.....	147
--	-----

CAPITULO VII

LAS ACTIVIDADES CIENTÍFICAS.—LA ACCIÓN SOCIAL

Importancia dada a las investigaciones.—Excelencia de los materiales y laboratorios.—Dificultades que se oponen a la labor de los profesores.—Publicaciones y lo que se ha hecho en diferentes ramas de la ciencia.—Institutos particulares de investigación.—La Extensión Universitaria.....	177
---	-----

CAPITULO VIII

LA VIDA ESTUDIANTIL

Págs.

Los estudiantes de otros tiempos.—Aspecto de los estudiantes norte-americanos.—Cuidados que gastan las universidades con los estudiantes.—Empleos y ocupaciones de éstos.—Las oficinas de empleos.—Sociedades de ex-alumnos.— <i>Fraternities</i> .—Rivalidades entre <i>freshmen</i> y <i>sophomores</i> .—El <i>mud-rush</i> en Cornell.—Muestras de solidaridad entre los estudiantes.—El <i>Pajamarino-Rally</i> en California.—Publicaciones.—Baile.—Deportes.—Atletismo.—Moralidad.—Ambiente de iniciativa, responsabilidad e individualismo.....	191
---	-----

CAPITULO IX

NUESTROS ESTUDIANTES.—LA REFORMA SOCIAL Y UNIVERSITARIA

Comparación con los norte-americanos.—Menos deportes.—Participación en cuestiones políticas y sociales.—Desinteligencia entre viejos y jóvenes.—Intransigencia e intolerancia en contra de los estudiantes.—Los estudiantes de otros países.—Heroísmo de la juventud.—Ella mantiene los ideales.—Nuestro ambiente saturado de política.—La ironía y el ridículo como armas.—Nuestras universidades.—Sus defectos.

—Las reformas necesarias.—El problema social.	
—El maximalismo, el Cristianismo y la Revolución Francesa.—Sofismas de los revolucionarios.—Lo que se debe hacer entre nosotros.—Palabras finales.....	211

CONCLUSION

APÉNDICES

<i>Apéndice</i> N.º 1.—Cursos de la Universidad de California (1918-1919).....	269
<i>Apéndice</i> N.º 2.—Cursos dados en la Universidad de Leland Stanford Junior (1918-1919).....	271
<i>Apéndice</i> N.º 3.—Cursos que ofrece la Universidad de Wisconsin (1917-1918).....	272
<i>Apéndice</i> N.º 4.—Cursos de la Universidad de Harvard en los departamentos o escuelas que se indican (1918-1919).....	273
<i>Apéndice</i> N.º 5.—Cursos de la Universidad de Cornell (1918-1919).....	282
<i>Apéndice</i> N.º 6.—Cursos de la Universidad de Pennsylvania.....	290
<i>Apéndice</i> N.º 7.—Cursos de la Universidad de Princeton (1918-1919).....	292
<i>Apéndice</i> N.º 8.—Publicaciones periódicas que edita la Imprenta de la Universidad de Chicago....	298
<i>Apéndice</i> N.º 9.—Publicaciones periódicas de la Universidad de Cornell.....	299
<i>Apéndice</i> N.º 10.—Presupuesto anual de algunas universidades.....	300

	Págs.
<i>Apéndice N.º 11.</i> —Número de profesores de las Universidades.....	301
<i>Apéndice N.º 12.</i> —Sueldos del profesorado.....	302
<i>Apéndice N.º 13.</i> —Número de estudiantes de algunas universidades.....	304
<i>Apéndice N.º 14.</i> —Estudiantes de la Universidad de Chicago.....	305
<i>Apéndice N.º 15.</i> —Estudiantes de la Universidad de Wisconsin en los diferentes cursos y en la Extensión Universitaria.....	306
Obras consultadas.....	307

